AGATHA CHRISTIE

EL TEMPLETE DE NASSE HOUSE

Selecciones de Biblioteca Oro

El matrimonio Folliat, encargado de organizar la fiesta del pueblo, decide encomendarle a su amiga y escritora de libros de misterio Ariadne Oliver la planificación de un falso asesinato, para entretenimiento de los presentes. Ella acepta encantada, y se pone manos a la obra. Tras varias semanas de planificación, Ariadne acude en el último momento a su amigo Hércules Poirot para obtener su valiosa ayuda, ya que sus instintos le dicen que algo siniestro se incuba detrás del divertimento. Efectivamente, Poirot no tardará en descubrir que nada ni nadie es lo que aparenta… ni siquiera el falso asesinato.

Agatha Christie

El templete de Nasse House

Hércules Poirot - 33

ePub r1.1
Titivillus 02.08.16

Título original: *Dead Man's Folly*
Agatha Christie, 1956
Traducción: Stella de Cal
Retoque de cubierta: Poe

Editor digital: Titivillus
Primer editor: LittleAngel (EPG r1.1) & Poe (EPL r1.0)
ePub base r1.2

Para Peggy y Humphrey Trevelyan

Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

BALDWIN: Superintendente de policía de Helmmouth.

BLAND: Inspector de policía.

BREWIS: Amanda: Solterona, una mezcla de secretaria y ama de llaves de *sir* George Stubbs.

COTTRELL, Frank: Sargento de policía.

FOLLIAT, Amy: Anciana, primitiva dueña de Nasse House y que ahora vive en lo que fue la caseta del guarda.

GEORGE: Fiel criado de Poirot.

HENDEN: Mayordomo de los Stubbs.

HOSKINS, Robert: Agente de la policía local.

LEGGE, lec y Sally: Matrimonio joven que habitan un hotelito vecino a Nasse House.

MASTERTON: Diputado por el distrito en que se desarrollan los sucesos de este relato.

MASTERTON, Connie: Esposa del anterior y excelente organizadora.

MERDELL: Viejo batelero, abuelo de Marlene.

OLIVER, Ariadne: Notable autora de novelas policíacas.

POIROT, Hércules: Famoso detective belga.

SOUSA, Étienne de: Acaudalado joven, primo lejano de Hattie.

STUBBS, George: Dueño de la finca Nasse House, rico y listo para

negocios, pero vulgar como persona.

STUBBS, Hattie: Joven y bellísima esposa del anterior.

TUCKER, Marlene: Una muchachita de 14 años, nieta de Merdell.

WARBURTON, Tim: Capitán y agente de los Masterton.

WEYMAN, Michael: Arquitecto joven y guapo.

Capítulo I

1

La señorita Lemon, eficiente secretaria de Poirot, atendió la llamada telefónica. Dejando a un lado su cuaderno de taquigrafía, levantó el microteléfono y dijo con voz falta de animación: «Trafalgar, 8137».

Hércules Poirot se recostó en su butaca vertical y cerró los ojos. Con expresión meditativa, se puso a golpear suavemente con los dedos el borde de la mesa. En su cabeza siguió dando forma a los pulidos párrafos de la carta que estaba dictando.

Colocando la mano sobre la boca del teléfono la señorita Lemon preguntó en voz baja:

—¿Quiere usted ponerse? Conferencia de Nassecombe, Devon.

Poirot frunció el ceño. El lugar no significaba nada para Hércules Poirot.

—¿El nombre del que llama? —preguntó con cautela.

La señorita Lemon preguntó:

—¿Cómo dice? ¡Ah, sí! Por favor, ¿me dice otra vez el apellido?

Se volvió de nuevo hacia Hércules Poirot.

—La señorita Ariadne Oliver.

Hércules Poirot alzó las cejas. Un recuerdo acudió a su memoria: unos cabellos grises y alborotados… un perfil de águila…

Se levantó y sustituyó a la señorita Lemon en el teléfono.

—Hércules Poirot al habla —anunció en tono grandilocuente.

—¿Es el señor Hércules Poirot, él en persona? —preguntó la voz llena de sospechas de la telefonista.

Poirot le aseguró que así era, en efecto.

—Al habla el señor Poirot —dijo la voz.

La voz atiplada fue sustituida por una magnífica de contralto,

que obligó a Poirot a separar rápidamente el oído del teléfono.

—*Monsieur* Poirot, ¿de verdad es *usted*? —preguntó la señora Oliver.

—El mismo, señora.

—Soy la señora Oliver. No sé si usted me recordará…

—Naturalmente que la recuerdo, señora. ¿Quién podría olvidarla?

—Bueno; algunas personas me olvidan —dijo la señora Oliver—. La verdad es que ocurre esto con bastante frecuencia. No creo que tenga una personalidad muy definida. O puede que sea porque siempre estoy cambiando de peinado. Pero todo esto no tiene nada que ver. ¿Supongo que no le habré interrumpido en un momento que estuviera usted muy ocupado?

—No, no; no me molesta usted, en absoluto.

—Dios mío, no quiero volverle loco…, el caso es que *le necesito*.

—¿Me necesita?

—Sí, en seguida. ¿Puede usted coger un avión?

—Yo no viajo nunca en avión. Me mareo.

—Yo también. De todos modos, no creo que fuera más rápido que el tren, en realidad, porque me parece que el único aeropuerto cerca de aquí es el de Exeter, que está a bastantes millas. Conque venga en tren. A las doce sale uno de Paddington para Nassecombe… Puede usted cogerlo perfectamente. Tiene usted tres cuartos de hora, si mi reloj anda bien… aunque no suele andar como es debido.

—Pero ¿dónde está usted, señora? ¿*A qué viene* todo esto?

—Nasse House, Nassecombe. En la estación de Nassecombe le estará esperando un coche o un taxi.

—Pero ¿por qué me necesita? ¿*A qué viene* todo esto? —repitió Poirot frenético.

—Los teléfonos están en unos sitios tan inconvenientes… —dijo la señora Oliver—. Éste está en el vestíbulo… La gente pasa y habla… No puedo oír bien. Pero le espero. Sería para todos una emoción tremenda. Adiós.

Se oyó el característico golpe seco, al colgar la señora Oliver el teléfono. Por la línea llegaba un suave zumbido.

Con expresión confusa y desconcertada, Poirot colgó a su vez, murmurando algo entre dientes. La señorita Lemon seguía sentada,

con el lápiz en alto, sin mostrar la menor curiosidad. Repitió con voz monótona la última frase dictada antes de la interrupción.

—… permítame que le asegure, señor mío, que la hipótesis que usted ha formulado…

Poirot desechó con un gesto la hipótesis formulada.

—Era la señora Oliver —dijo—. Ariadne Oliver, la escritora de novelas policíacas. Puede que haya leído usted…

Pero se detuvo, recordando que la señorita Lemon sólo leía libros instructivos y miraba con desprecio semejantes futilidades.

—Quiere que vaya al Devonshire hoy, en seguida, dentro de… —echó una mirada al reloj de pared— treinta y cinco minutos.

La señorita Lemon levantó las cejas con desaprobación.

—El tiempo andará muy justo —dijo—. ¿Por qué razón?

—¡Eso quisiera yo saber! No me lo ha dicho.

—¡Qué extraño! ¿Por qué no?

—Porque —dijo Hércules Poirot pensativo— tenía miedo de que la oyeran. Sí, lo especificó bien.

—¡Realmente —dijo la señorita Lemon, saltando en defensa de su jefe—, la gente le pide a uno cada cosa! ¡Qué idea, salir corriendo para un asunto tan disparatado como ése! ¡Un hombre importante como usted! Siempre he opinado que estos artistas y escritores son un poco desequilibrados… no tienen sentido de la medida. ¿Pongo un telegrama diciendo: «Lamentándolo, imposible dejar Londres»?

Extendió la mano hacia el teléfono. La voz de Poirot interrumpió el gesto.

—*Du tout!* —dijo—. Al contrario. Tenga la bondad de llamar un taxi inmediatamente.

Alzó la voz.

—¡Georges! Pon en la maleta pequeña unas cuantas cosas indispensables. Pero date prisa, mucha prisa, que tengo que coger un tren.

2

El tren, después de recorrer a toda velocidad ciento ochenta y

tantas millas de las doscientas doce de viaje, jadeó suavemente, Como disculpándose, a lo largo de las treinta restantes y entró en la estación de Nassecombe. Sólo se bajó una persona: Hércules Poirot. Salvó con cuidado la distancia entre el peldaño del tren y el andén y miró a su alrededor. Al final del tren, un maletero se afanaba dentro de un departamento de mercancías. Poirot cogió la maleta y se dirigió a lo largo del andén hacia la salida. Entregó su billete y salió junto a la taquilla.

En el exterior esperaba un gran coche sedán y un chófer de uniforme se adelantó hacia él.

—¿El señor Hércules Poirot? —preguntó respetuosamente.

Cogió la maleta de Poirot y abrió la puerta del coche. Salieron de la estación sobre el puente del ferrocarril, dando la vuelta y adentrándose en una pequeña carretera serpenteante, bordeada de altos setos a ambos lados. Poco después, el terreno descendía a la derecha, dejando ver una hermosa panorámica sobre el río, y al fondo unas colinas. El chófer se acercó al seto y detuvo el coche.

—El río Helm, señor —dijo—. Al fondo se ve Dartmoor.

Era evidente que había que admirarse. Poirot lanzó las exclamaciones de rigor, murmurando: *Magnifique*, varias veces. Lo cierto era que la naturaleza le atraía muy poco. Una huerta de hortalizas, bien cultivada y ordenada, era mucho más probable que despertara la admiración de Poirot. Dos chicas a pie adelantaron al coche esforzándose lentamente colina arriba. Llevaban a la espalda mochilas e iban vestidas con pantaloncitos cortos y pañuelos de colores vivos a la cabeza.

—Aquí al lado tenemos un albergue juvenil, señor —explicó el chófer, quien, evidentemente, se había constituido en guía de Poirot en la región de Devon—. Se llama Hoodown Park. Pertenecía antes al señor Fletcher. La Asociación de Albergues Juveniles lo compró y en verano se llena de gente. Unas cien personas cada noche. No se les permite quedarse más que un par de noches…, luego tienen que marcharse. La mayoría son extranjeros, lo mismo los chicos que las chicas.

Poirot asintió con expresión distraída. Estaba pensando, y no por primera vez, que vistos por detrás, los pantalones cortos favorecían a muy pocas mujeres. Cerró los ojos, dolorido. ¿Por qué, señor, por qué los jóvenes se vestirán de esa manera? ¡Esos muslos enrojecidos

no resultaban nada atractivos!

—Parece que van muy cargadas —murmuró.

—Sí, señor; y hay una buena tirada desde la estación a la parada del autobús. Son casi dos millas hasta Hoodown Park —titubeó un momento—. Si no tiene usted inconveniente, señor, podríamos llevarlas…

—Naturalmente, naturalmente —dijo Poirot con benevolencia.

Allí estaba él, en un coche de lujo casi vacío, y allí aquellas dos jóvenes jadeantes y sudorosas, cargadas con pesadas mochilas y sin la menor idea de cómo vestirse para resultar atractivas al sexo contrario. El chófer puso el coche en marcha y se detuvo con un ronroneo junto a las dos chicas. Las dos caras, arreboladas y sudorosas, se alzaron esperanzadas.

Poirot abrió la puerta y las dos chicas subieron.

—Es usted muy amable, por favor —dijo una de ellas, una chica rubia con acento extranjero—. Es más lejos de lo que yo creí.

La otra chica, con la cara quemada del sol y muy congestionada y unos rizos castaños asomándole por debajo del pañuelo que cubría su cabeza, se limitó a hacer varias señales de asentimiento, a mostrar sus blancos dientes y a murmurar: *grazie*. La chica rubia continuó hablando con vivacidad:

—Yo vine a Inglaterra para dos semanas de vacaciones. Vengo de Holanda. Me gusta mucho Inglaterra. He estado en Strafford Avon, el teatro de Shakespeare y Warwick Castle. Luego he estado en Clovelly; ahora he visto la catedral de Exeter y Torquay —muy bonito—; vengo aquí a ver un lugar famoso y pintoresco y mañana cruzo el río, voy a Plymouth, desde donde se hizo el descubrimiento del Nuevo Mundo.

—¿Y usted, *signorina*? —Poirot se volvió hacia la otra chica. Pero ella se limitó a sonreír y a mover sus rizos.

—Mucho inglés no habla —dijo la chica holandesa amablemente —. Las dos un poco francés hablamos… por eso hablamos en tren. Viene de cerca de Milán y tiene pariente en Inglaterra casado con caballero que tiene tienda con muchos ultramarinos. Vino ayer con amiga suya a Exeter, pero amiga comió pastel malo de jamón y ternera en una tienda de Exeter y tuvo que quedarse allí enferma. No es bueno con calor el pastel de ternera y jamón.

En ese momento el chófer aminoró la marcha en un lugar donde

la carretera se bifurcaba. Las dos chicas se bajaron, dieron las gracias en dos idiomas y continuaron su ascensión por el camino de la izquierda. El chófer abandonó por un momento su actitud de olímpico distanciamiento y dijo a Poirot:

—No sólo los pasteles de jamón y ternera; tiene uno que tener cuidado con toda clase de pastelería. ¡Les meten *cualquier cosa* durante la temporada de verano!

Puso de nuevo el coche en marcha y tomó la carretera de la derecha, que poco después se adentraba en un espeso bosque. Continuó hablando para pronunciar su veredicto final sobre los ocupantes del Albergue Juvenil de Hoodown Park.

—Son agradables algunas de las jóvenes de ese albergue —dijo —; pero cuesta mucho trabajo hacerles comprender que no deben invadir el terreno ajeno. Es un escándalo cómo se introducen en la finca. Parece que no entienden que aquí la casa de un caballero es *privada*. Siempre están metiéndose en el bosque, y luego fingen que no entienden lo que se les dice.

Movió la cabeza con tristeza.

Continuaron bajando la colina a través de los bosques, luego cruzaron una gran puerta de hierro y continuaron por una vereda que, tras una curva final, terminaba frente a una gran casa blanca, estilo georgiano, que dominaba el río.

El chófer abrió la puerta del coche en el momento en que un mayordomo alto y moreno aparecía en la entrada.

—¿El señor Hércules Poirot? —preguntó el fámulo.

—Sí.

—La señora Oliver le espera, señor. La encontrará usted en el parapeto. Permítame que le indique el camino.

El mayordomo condujo a Poirot por un sendero tortuoso a lo largo del bosque, desde el que de trecho en trecho se vislumbraba el río. El sendero descendía gradualmente, hasta terminar en un espacio abierto, redondo, en el que había un parapeto bajo y almenado. En el parapeto estaba sentada la señora Oliver.

Se levantó para salir a su encuentro y de su regazo cayeron varias manzanas que rodaron en todas direcciones. Las manzanas parecían ser un *motif* inevitable de todos los encuentros con la señora Oliver.

—No sé por qué siempre dejo caer cosas —dijo la señora Oliver

de un modo algo confuso, porque tenía la boca llena de manzana—. ¿Cómo está usted, *monsieur* Poirot?

—*Tres bien, chére madame* —contestó Poirot cortésmente—. ¿Y usted?

La señora Oliver había cambiado ligeramente de aspecto desde la última vez que Poirot la había visto. La razón de este cambio era, como ella había insinuado por teléfono, que había hecho un nuevo experimento con su *coiffure*. La última vez, su cabello, parecía alborotado por el viento… Aquel día, en cambio, su cabello, marcadamente azulado, estaba recogido en alto en una multitud de ricitos muy artificiales, como una marquesa del siglo XVIII. El tocado de la marquesa terminaba en el cuello, ya que el resto de su atuendo podía ser descrito, decididamente, como «práctico y campesino» y consistía en una falda y una chaqueta de paño áspero, de un violento color de yema de huevo, y un jersey de un bilioso color de mostaza.

—Sabía que vendría usted —gorjeó la señora Oliver alegremente.

—Es imposible que lo supiera usted —dijo Poirot severamente.

—Sí, sí, lo sabía.

—Todavía me pregunto yo mismo *por qué* estoy aquí.

—Yo puedo contestarle. Por curiosidad.

Poirot la miró con ojos un poco chispeantes.

—La famosa intuición femenina —dijo— puede que, por una vez en la vida, no la haya llevado muy lejos de la verdad.

—Bueno, no se ría de mi intuición femenina. ¿No he descubierto siempre al asesino desde el primer momento?

Poirot, galantemente, guardó silencio. Pero muy bien podía haber respondido: «¡Puede que lo haya adivinado al quinto intento, y no siempre!».

Pero en vez de eso, dijo mirando a su alrededor:

—Es verdaderamente hermosa esta finca que tiene usted aquí.

—¿Ésta? ¡Pero si no es mía, *monsieur* Poirot! ¿Creía usted que era mía? No, no; pertenece a una familia llamada Stubbs.

—¿Quiénes son?

—Nadie, casi nadie —dijo la señora Oliver vagamente—; sólo son ricos… No; estoy aquí profesionalmente, haciendo un trabajo.

—¡Ah! Está usted orientándose para una de sus obras maestras,

¿eh?

—No, no. Sólo lo que he dicho. Estoy haciendo un *trabajo*. Me han contratado para que organice un asesinato.

Poirot se la quedó mirando.

—No, no; no un asesinato de verdad —dijo la señora Oliver, tranquilizándole—. Mañana hay aquí una gran verbena y, como novedad, tendremos la Persecución del Asesino. Yo lo dispongo todo. Como la Búsqueda del Tesoro, pero como la Búsqueda del Tesoro es tan corriente, pensaron que esto sería una novedad. Conque me ofrecieron una suma muy sustanciosa por venir aquí y pensarlo todo. Muy divertido… será un cambio en la triste rutina diaria.

—¿Y en qué va a consistir?

—Bueno, habrá una Víctima, claro, y Pistas. Y Sospechosos. Todo bastante convencional, ¿sabe?, la Vampiresa, el Chantajista, los Jóvenes Amantes, el Mayordomo Siniestro, etc. Cuesta media corona la entrada y le dan a uno la primera Pista, y tiene uno que encontrar la Víctima, y el Arma, y decir quién es el Asesino y el Motivo. Y hay varios premios.

—¡Muy notable! —dijo Hércules Poirot.

—La verdad es que es mucho más difícil de lo que parece organizar eso… —dijo la señora Oliver con expresión lastimera—. Porque tiene usted que contar que la gente de verdad es inteligente y en mis libros no es necesario que lo sean.

—¿Y me ha hecho usted venir para ayudarla en esto?

Poirot no se esforzó mucho en ocultar su resentimiento.

—¡No, no! —dijo la señora Oliver—. ¡Desde luego que no! Lo he hecho yo todo. Está todo dispuesto para mañana. No, no, le necesitaba a usted por un motivo completamente distinto.

—¿Qué motivo?

La señora Oliver se llevó las manos a la cabeza. Estaba a punto de pasárselas frenéticamente por el pelo con su gesto familiar, cuando recordó lo intrincado de su nuevo peinado. En cambio, se desahogó tirándose de los lóbulos de las orejas.

—¡Debo ser una estúpida! —dolióse—. Pero creo que algo anda mal.

Capítulo II

Se produjo un momento de silencio, mientras Poirot la miraba fijamente.

—¿Que algo anda mal? —preguntó al fin vivamente—. ¿Cómo es eso?

—No sé… Por eso le necesito a usted para que lo descubra. Pero he tenido la sensación… cada vez más fuerte… de que me estaban… bueno, manejando, dirigiendo… Llámeme tonta, si quiere, pero lo único que le digo es que, si mañana hubiera aquí un asesinato de *verdad*, en vez de uno imaginario, no me sorprendería nada.

Poirot se la quedó mirando y, ella le devolvió la mirada, desafiadora.

—Muy interesante —dijo Poirot.

—Y sé muy bien lo que siempre dice, o piensa, de la intuición.

—Uno le da nombres distintos a las mismas cosas —dijo Poirot —. Estoy convencido de que ha notado usted algo o ha oído algo que ha despertado su ansiedad. Creo posible que ni usted misma sepa qué es lo que ha visto, observado u oído. Usted sólo conoce el *resultado*. Si me permite que me exprese así, no sabe usted lo que sabe. Puede usted llamarle a eso intuición, si lo desea.

—Eso de no poder ser concreta —dijo la señora Oliver en tono lastimero— le hace a una sentirse tan ridícula…

—Ya llegaremos al fondo de la cuestión —dijo Poirot animándola—. Dice usted que ha tenido la sensación de…, ¿cómo lo expresó usted…?, ¿de que la estaban dirigiendo? ¿Puede explicar un poco más claramente lo que quiere usted decir con eso?

—Bueno, es bastante difícil…, ¿sabe usted?; éste es *mi* asesinato, por decirlo así. Lo he pensado yo y lo he planeado yo y todo encaja,

todo está ensamblado… Bien, si conoce usted, aunque sea un poco, a los escritores, sabrá que no soportan las sugestiones. La gente dice: «¡Estupendo!, pero ¿no sería mejor que Fulanito o Menganito hiciera esto o lo otro?»… «¿No sería maravilloso que la víctima fuera X, en lugar de Z? ¿O que el asesino resultara ser H, en lugar de J?». Total, que tiene uno ganas de decir: «¡Muy bien, escriba usted la novela, si quiere que sea así!».

Poirot asintió.

—¿Y eso es lo que ha estado ocurriendo aquí?

—No precisamente eso… Se propuso una cosa muy tonta y yo entonces me indigné, y ellos cedieron, pero luego insinuaron algo no tan tonto, y como yo había estado tan firme con el otro asunto, acepté esta pequeña modificación sin darme cuenta.

—Ya —dijo Poirot—. Sí… es un sistema… Se propone algo muy tosco y ridículo, pero no es lo que se pretende realmente. El objeto buscado es la pequeña alteración que viene después. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Eso es exactamente lo que quiero decir —dijo la señora Oliver —. Y claro que *puede* que todo sean figuraciones mías, pero no lo creo. Y, en cualquier caso, ninguna de las modificaciones parece tener la menor importancia. Pero me preocupa… eso y una especie de… bueno, *atmosphère*.

—¿Quién ha propuesto esas modificaciones?

—Diferentes personas —dijo la señora Oliver—. Si hubiera sido sólo *una* persona, estaría más segura del terreno que piso. Pero no es una sola persona…, aunque creo que en realidad lo es. Es decir, es una persona que emplea para sus fines a otras que no sospechan nada.

—¿Tiene usted alguna idea de quién pueda ser esa persona?

La señora Ariadne Oliver hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Es una persona muy hábil y muy cuidadosa —dijo—. Podría ser cualquiera.

—¿Quiénes están aquí? —preguntó Poirot—. El número de personajes del drama debe ser bastante reducido, ¿no?

—Bien —empezó la señora Oliver—. Está *sir* George Stubbs, el dueño de la casa. Rico, vulgar y, en mi opinión, terriblemente tonto para lo que no sean los negocios, aunque acaso sea un lince para

ellos. Luego *lady* Stubbs, o sea Hattie, unos veinte años más joven que él, muy guapa, pero tonta de remate…, creo que es una auténtica deficiente mental. Se casó con él por el dinero, naturalmente, y sólo piensa en trajes y joyas. Luego está Michael Weyman, un arquitecto joven y guapo, con una belleza áspera, de artista. Está haciendo los planes de un pabellón de tenis para *sir* George y reparando el Templete[1].

—¿El Templete?

—Sí, una especie de templete blanco con columnas. Los habrá visto usted en Kew. Luego tenemos a la señorita Brewis, una especie de secretaria ama de llaves que dirige la casa y escribe cartas…, muy ceñuda y eficiente. Y luego la gente de los alrededores, que viene a ayudar. Un matrimonio joven, que ha alquilado una casita junto al río, Alec Legge y su esposa Sally. Y el capitán Warburton, que es el agente de Masterton. Y, naturalmente, los Masterton, y la anciana señora Folliat, que vive en lo que era antes la casa del guarda. Nasse perteneció a la familia de su marido. Pero todos han ido muriendo o los mataron en diferentes guerras, y hubo que pagar muchos derechos reales; de modo que al final el último heredero vendió la propiedad.

Poirot consideró esta lista de personajes, pero, por el momento, sólo eran nombres para él. Volvió al punto principal.

—¿De quién fue la idea de esa Persecución del Asesino?

—De la señora Masterson, creo. Es la esposa del diputado; muy buena organizadora, fue ella la que convenció a *sir* George de que la fiesta se celebrara aquí. La finca ha permanecido desocupada durante tanto tiempo que cree que la gente tendrá deseos de verla y pagará con gusto por ello.

—Todo parece muy normal —dijo Poirot.

—*Parece* normal —dijo la señora Oliver con obstinación—, pero no lo es. Le digo, *monsieur* Poirot, que algo anda *mal*.

Poirot miró a la señora Oliver y la señora Oliver le devolvió la mirada.

—¿Cómo ha explicado usted mi presencia aquí, y que me haya hecho usted venir? —preguntó Poirot, extrañado.

—Eso fue fácil —dijo la señora Oliver—. Será usted quien entregue los premios en la Persecución del Asesino. Todo el mundo está emocionadísimo. Dije que yo le conocía, que probablemente

podría convencerle de que viniera y que estaba segura de que su nombre sería una atracción enorme… y, como es natural, lo será —añadió la señora Oliver diplomática.

—¿Y su idea fue aceptada sin objeciones?

—Ya le digo que todo el mundo se entusiasmó con la idea.

La señora Oliver consideró innecesario mencionar que uno o dos miembros de la joven generación habían preguntado: «¿Quién *es* Hércules Poirot?».

—*¿Todo el mundo?* ¿Nadie se opuso a la idea?

La señora Oliver negó con la cabeza.

—Es una lástima —dijo Hércules Poirot.

—¿Quiere usted decir que eso pudo habernos orientado algo?

—No es probable que un presunto criminal acogiera con agrado mi presencia.

—Supongo que creerá usted que todo son figuraciones mías —dijo la señora Oliver en tono lastimero—. Tengo que admitir que hasta que empecé a hablar con usted no me di cuenta de lo poco que tengo en qué fundarme.

—Tranquilícese —dijo Poirot amablemente—. Estoy inquieto e interesado. ¿Por dónde empezamos?

La señora Oliver echó una ojeada a su reloj.

—Es la hora del té. Vamos a la casa y allí los conocerá usted a todos.

Tomó un camino distinto del que había seguido Poirot. Éste parecía llevar dirección contraria.

—Por este camino pasamos por la caseta de los botes —explicó la señora Oliver.

Mientras hablaba surgió ante su vista la caseta de los botes. Era una pintoresca casita con techo de paja, proyectada sobre el río.

—Ahí es donde estará el cadáver —dijo la señora Oliver—. El cadáver de la Persecución del Asesino, quiero decir.

—¿Y quién va a ser el asesinado?

—Ah, una excursionista, que en realidad es la primera mujer de un investigador atómico; una yugoslava —dijo la señora Oliver con ligereza—. Naturalmente, parece que el que la mató fue el investigador atómico, pero, claro, no es tan sencillo como eso…

—Claro que no… Estando usted por medio…

La señora Oliver aceptó el cumplido con un movimiento

ondulante de la mano.

—En realidad —dijo—, quien la mata es el hacendado, y el motivo es bastante ingenioso, la verdad… No creo que lo adivine mucha gente… aunque en la quinta pista se indica muy claramente.

Poirot abandonó las sutilezas de la trama de la señora Oliver y, aprovechó para hacer una pregunta práctica:

—Pero ¿cómo se las arregla usted para conseguir un cadáver satisfactorio?

—Una exploradora —dijo la señora Oliver—. Iba a ser Sally Legge, pero ahora quieren que se ponga un turbante y lea el porvenir. Conque será una exploradora, llamada Marlene Tucker. Es una mocosa bastante tonta —añadió a modo de explicación—. Es muy fácil, todo se reduce a unos pañuelos de campesina y una mochila… y todo lo que tiene que hacer, cuando oiga que viene alguien, es echarse en el suelo y colocarse la cuerda alrededor del cuello. Bastante aburrido para la pobre chica, allí metida en la caseta, hasta que la encuentren, pero me he ocupado de que tenga un buen montón de «tebeos»… Por cierto, hay una pista para encontrar al asesino, escrito en uno de ellos… Conque todo encaja.

—¡Su inventiva me deja mudo de asombro! ¡Qué de cosas se le ocurren!

—Pensar cosas no es nada difícil —dijo la señora Oliver—. Lo malo es que piensa una demasiadas, y entonces todo se vuelve complicadísimo, y tiene una que desprenderse de algunas ideas, y eso sí que es horroroso. Ahora subiremos por aquí.

Empezaron a subir un sendero empinado y zigzagueante a lo largo del río, pero a un nivel más alto. El sendero, que discurría en medio de los árboles, dio una vuelta brusca y se encontraron en un claro, dominado por un pequeño templete blanco, con columnas. Un joven, vestido con unos viejos pantalones de franela y una camisa de un verde virulento, contemplaba el templete a cierta distancia, con el ceño fruncido. Giró en redondo, volviéndose hacia ellos.

—El señor Michael Weyman; *monsieur* Hércules Poirot —dijo la señora Oliver.

El joven aceptó la presentación haciendo con la cabeza una inclinación indiferente.

—Es extraordinario —dijo con voz amarga— ¡en qué sitios *pone*

la gente las cosas! Esto, por ejemplo. La construyeron hace un año nada más… una cosa bastante bonita en su estilo y a tono con la época de la casa. Pero ¿por qué ponerlo *aquí*? El objeto de estas cosas es que sean visibles, «situado en una eminencia», así es como suelen expresarse, «a la que se llega por un verde campo en el que florecen los narcisos, etc.». Pero aquí tienen a este pobre diablo, perdido en medio de los árboles, invisible desde, todas partes… Tendría usted que echar abajo unos veinte árboles para poderlo ver desde el río.

—Puede que no hubiera otro sitio —dijo la señora Oliver.

Michael Weyman lanzó un bufido.

—En lo alto de aquel montículo cubierto de hierba, junto a la casa… Era el emplazamiento indicado. Pero no, estos ricachones son todos iguales: no tienen sentido artístico. Se le antoja un templete y lo encarga. Mira a su alrededor, para ver dónde lo pone. Luego, creo que un vendaval arrancó un roble muy grande y dejó una calva muy fea. «Ah, pues muy bien… dice el muy bruto… lo adecentaremos poniendo allí un templete». ¡Es en lo único en que piensan estos ricachones; en «adecentarlo» todo! ¡Me extraña que no haya puesto macizos de geranios rojos y de calceolarias, todo alrededor de la casa! A un hombre así no se le debía consentir tener una propiedad como ésta.

Parecía muy acalorado.

«A ese joven —se dijo Poirot— es evidente que no le gusta *sir* George Stubbs».

—Está asentado sobre hormigón —dijo Weyman— y debajo la tierra no es firme; claro, se ha hundido. Está todo agrietado por aquí… pronto constituirá un peligro… Sería mejor echarlo todo abajo y levantarlo de nuevo en lo alto del montículo que está cerca de la casa. Ése es mi consejo, pero el muy testarudo no quiere ni oír hablar ni lo más mínimo de ello.

—¿Y qué hay del pabellón de tenis? —preguntó la señora Oliver.

La expresión del joven se hizo aún más sombría.

—Quiere una especie de pagoda china —dijo, lanzando un gruñido—. ¡Dragones, hágame el favor! Todo porque a *lady* Stubbs le gusta verse con sombreros chinos. ¿Quién va a querer ser arquitecto? ¡El que quiere que le construyan algo decente no tiene dinero, y los que lo tienen quieren estas barbaridades!

—Le compadezco muy de veras —dijo Poirot gravemente.

—¡George Stubbs! —dijo el arquitecto con desprecio—. ¿Quién se cree que es? Se pasó la guerra emboscado en un cómodo puesto del Almirantazgo, en las tranquilas profundidades de Gales, y se deja crecer la barba para hacer creer que estuvo en servicio activo, en un convoy… al menos, eso es lo que dicen. Está podrido de dinero… ¡lo que se dice podrido!

—Bueno, ustedes los arquitectos necesitan de la gente que tiene dinero para gastar o nunca conseguirían un trabajo —señaló la señora Oliver muy razonablemente. Se puso en marcha hacia la casa y Poirot y el desalentado arquitecto se dispusieron a seguirla.

—Estos ricachones —dijo el último con amargura— no comprenden los principios elementales.

Le dio una patada final al desequilibrado templete.

—Si los cimientos están podridos, todo está podrido.

—Muy profundo es lo que usted dice —dijo Poirot—. Sí, muy profundo.

El sendero salió de la espesura y ante ellos surgió la casa, blanca y hermosa, resaltando contra el fondo de árboles oscuros que sobresalían detrás de ella.

—Sí, es realmente hermosa —murmuró Poirot.

—Quiere construir un salón de billar —dijo el señor Weyman con malignidad.

En un montículo delante de ellos, una señora de edad se afanaba podando un grupo de arbustos. Se enderezó para recibirlos, jadeando ligeramente.

—Todo ha estado tan descuidado durante años… —dijo—. ¡Y es tan difícil hoy en día conseguir un hombre que entienda de arbustos! Esta ladera debía ser una delicia de color, en marzo y abril, pero este año no está nada lucida… Todas estas ramas secas debían haberse podado el otoño pasado…

—*Monsieur* Hércules Poirot; la señora Folliat —dijo la señora Oliver.

La anciana sonrió.

—¡Conque éste es el gran *monsieur* Poirot! Es usted muy amable al venir a ayudarnos mañana. Esta señora, que es muy inteligente, ha imaginado una trama de lo más desconcertante… Será una verdadera novedad.

Poirot se sorprendió ante los graciosos modales de la señora. Parecía, pensó, como si fuera ella la anfitriona.

—La señora Oliver es una antigua amiga mía —dijo Poirot cortésmente—. Ha sido para mí un verdadero placer el acceder a su petición. Éste es un lugar verdaderamente precioso, ¡y qué noble y qué magnífica es la casa!

La señora Folliat dijo llanamente:

—Sí. La construyó el bisabuelo de mi marido, en 1790. La casa primitiva, isabelina, fue desmoronándose poco a poco y en 1700 la destruyó el fuego. Nuestra familia ha vivido aquí desde el año 1598.

Habló con voz tranquila y práctica. Poirot la miró con mayor atención. Era una mujer muy pequeña, maciza y vestida con ropa de paño ya muy gastada. El rasgo más notable de su persona eran los ojos, de un color azul claro de porcelana. Llevaba el cabello gris muy recogido con una redecilla. Aunque era evidente que no se preocupaba de su aspecto, tenía ese aire indefinible, tan difícil de explicar, por el que se ve que una persona es alguien.

Mientras, se encaminaban todos juntos hacia la casa, Poirot dijo tímidamente:

—Debe ser duro para usted tener extraños viviendo aquí.

Se produjo una breve pausa antes de que la señora Folliat respondiera. Cuando habló, lo hizo con voz clara y precisa sin mostrar la menor emoción.

—Hay tantas cosas duras, *monsieur* Poirot —dijo.

Capítulo III

Era la señora Folliat la que abría la marcha y Poirot la siguió. La casa era graciosa, de bellas proporciones. La señora Folliat, cruzando una puerta a la izquierda, entró en un pequeño salón amueblado con gusto, pasando de éste al gran salón, lleno de personas que, en aquel momento, parecían hablar todas a un tiempo.

—George —dijo la señora Folliat—, este señor es *monsieur* Poirot, que ha tenido la amabilidad de venir a ayudarnos. *Sir* George Stubbs.

Sir George, que estaba hablando en voz muy alta, giró en redondo. Era un hombre alto, de rostro encendido y una barba que resultaba un poco inesperada. Producía el efecto desconcertante del actor que no acaba de decidirse por el papel que más le place y se queda entre el señor campesino y el «diamante en bruto» de los Dominios. Desde luego, no recordaba a la armada, a pesar de las observaciones de Michael Weyman. Sus modales y su voz eran joviales, pero sus ojos eran pequeños y agudos, de un azul muy penetrante. Saludó cordialmente a Poirot.

—Nos alegramos muchísimo de que su amiga la señora Oliver haya conseguido convencerle de que venga —dijo—. Ha sido una idea genial. Será usted causa de una enorme atracción de gente.

Miró a su alrededor, con expresión un poco vaga.

—¡Hattie! —repitió luego el nombre en tono un poco más alto —. ¡Hattie!

Lady Stubbs estaba recostada en un gran sillón, a cierta distancia de los demás. Parecía no prestar atención a lo que ocurría a su alrededor. Miraba sonriendo su mano, extendida en el brazo del sillón. Movía la mano de derecha a izquierda para que la luz se

reflejara en las profundidades verdes de una gran esmeralda que lucía en el dedo corazón.

Levantó la vista con cierto sobresalto infantil y dijo:

—¿Cómo está?

Poirot se inclinó sobre su mano.

Sir George continuó haciendo las presentaciones.

—La señora Masterton.

La señora Masterton era una mujer monumental, que a Poirot le recordó vagamente a un sabueso, de mandíbula hundida y ojos grandes, tristes y ligeramente inyectados en sangre. Se inclinó hacia Poirot y reanudó su discurso, con una voz que de nuevo le hizo pensar en el ladrido de un sabueso.

—Esta estúpida discusión sobre la tienda del té tiene que terminarse, Jim —dijo en tono autoritario—. Tienen que avenirse a razones. No podemos hacer fracasar la fiesta por las pendencias locales de esas tontas.

—No, claro —dijo el hombre a quien se dirigía.

—El capitán Warburton —dijo *sir* George.

El capitán Warburton, que llevaba una chaqueta *sport* a cuadros y tenía cierto parecido con un caballo, mostró una hilera de blancos dientes en una sonrisa de lobo, continuando luego su conversación.

—No se moleste; yo lo arreglaré —dijo—. Les hablaré paternalmente. ¿Y qué hay de la tienda de la fortuna? ¿En aquel espacio, junto a la magnolia? ¿O al final del césped, junto a los rododendros?

Sir George continuó con las presentaciones.

—El señor y la señora Legge.

Un joven alto, con la cara muy pelada del sol, sonrió de un modo agradable. Su esposa, una atractiva pelirroja de cara pecosa, hizo con la cabeza un saludo amistoso, enfrascándose de nuevo en una controversia con la señora Masterton.

—… junto a la magnolia *no*… el cuello de botella…

—… tenemos que desparramar cosas… pero si hay una pista…

—… mucho más fresco. Quiero decir que, dando el sol de lleno en la casa…

—… y el «tiro al coco[2]» no puede estar demasiado cerca de la casa… los chicos son tan locos tirando…

—Y ésta es la señorita Brewis —dijo *sir* George— que nos

gobierna a todos.

La señorita Brewis estaba sentada detrás de la gran bandeja de plata con el servicio de té. Era una mujer delgada, de aspecto eficiente, de unos cuarenta y tantos años y ademanes vivos y agradables.

—¿Cómo está usted, *monsieur* Poirot? —dijo—. Espero que el tren no haya venido demasiado abarrotado. Los trenes a veces van llenísimos en esta época del año. Le daré una taza de té. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Muy poca leche, *mademoiselle*, y cuatro terrones de azúcar.

Y añadió, mientras la señorita Brewis se encargaba de atender su demanda:

—Ya veo que reina la mayor actividad.

—Sí. Siempre hay tantas cosas que atender en el último minuto… Y la gente de ahora le falla a uno de un modo extraordinario. Las tiendas, las sillas, las cosas de comer… Tiene uno que estarles encima. Me he pasado en el teléfono media mañana.

—¿Qué hay de esas estacas, Amanda? —dijo *sir* George—. ¿Y los palos extra para el golf de reloj[3]?

—Todo eso está ya bien claro, *sir* George. El señor Benson, del club de Golf, fue de lo más notable.

La señorita Brewis le pasó a Poirot su taza.

—¿Un sandwich, *monsieur* Poirot? Éstos son de tomate y éstos de *foie gras*. Pero quizá —dijo la señorita Brewis, pensando en los cuatro terrones de azúcar— prefiera usted un pastel de crema, ¿verdad?

Poirot prefería un pastel de crema y se sirvió uno muy dulce y blandu cho.

Luego con cuidado, para mantenerlo en equilibrio, fue a sentarse junto a su anfitriona. Continuaba haciendo jugar la luz sobre la joya y levantó la vista hacia él, con una sonrisa infantil y complacida.

—Mire —dijo—; es bonita, ¿verdad?

Él la había estado observando con atención. Llevaba un gran sombrero chino de paja color magenta. El sombrero daba una tonalidad rosada a su piel pálida. Iba muy maquillada, de un modo exótico, muy poco inglés. El cutis muy pálido, los labios de un vivo color ciclamen y en los ojos una generosa cantidad de rimmel. Por

debajo del sombrero asomaba su cabello, negro y liso, pegado a la cabeza como un casquete de terciopelo. El rostro tenía una belleza lánguida, muy poco inglesa. Era un producto del sol del trópico, sorprendido, por decirlo así, por casualidad, en un salón inglés. Pero fueron sus ojos los que impresionaron a Poirot. Tenían una mirada fija, infantil, casi estúpida. Había hecho la pregunta de un modo infantil y confidencial y Poirot le contestó como se contesta a una niña de corta edad.

—Es una sortija preciosa —dijo.

Ella pareció complacida.

—George me la dio ayer —dijo bajando la voz, como si estuviera compartiendo un secreto con él—. Me da muchas cosas. Es muy bueno.

Poirot volvió a mirar la sortija y la mano extendida sobre un brazo de la butaca. Llevaba las uñas muy largas y barnizadas de un color amoratado.

A su mente acudió una cita bíblica: «… no se fatigan ni hilan…»[4].

Desde luego, le resultaba imposible imaginar a *lady* Stubbs fatigándose ni hilando. Y, sin embargo, tampoco la describiría como un lirio de los campos. Era un producto mucho más artificial.

—Es muy bonita esta habitación, señora —dijo él, mirando a su alrededor apreciativamente.

—Supongo que sí —dijo *lady* Stubbs con expresión vaga. Su atención seguía fija en la sortija; con la cabeza un poco inclinada y moviendo la mano, miraba el fuego verde de la piedra.

Dijo en un susurro confidencial:

—¿Lo ve usted? Me está haciendo guiños.

Soltó una carcajada que sobresaltó a Poirot. Era una risa fuerte y sin freno.

Desde el otro extremo de la habitación, *sir* George dijo:

—Hattie.

Aunque el tono de su voz era agradable, encerraba una especie de advertencia.

Lady Stubbs dejó de reírse.

Poirot dijo en tono convencional:

—Devonshire es una provincia encantadora. ¿No le parece a usted?

—Es bonito de día —dijo *lady* Stubbs—, cuando no llueve —añadió en tono quejumbroso—; pero no hay clubs nocturnos.

—Comprendo. ¿Le gustan los clubs nocturnos?

—Ah, sí —dijo *lady* Stubbs con fervor.

—¿Y por qué le gustan tanto los clubs nocturno?

—Hay música y se baila. Y yo me pongo mis vestidos más bonitos y pulseras y sortijas, y todas las demás mujeres tienen vestidos bonitos y joyas, pero no tan bonitos como los míos.

Sonrió con enorme satisfacción. Poirot sintió como una punzada dolorosa.

—¿Y todo eso le divierte mucho?

—Sí. Me gusta el casino también. ¿Por qué no hay casinos en Inglaterra?

—Muchas veces me he preguntado yo eso mismo —dijo Poirot suspirando—; no creo que encajaran con el carácter inglés.

Ella lo miró como si no comprendiera. Luego se inclinó ligeramente hacia él.

—Una vez gané sesenta mil francos en Montecarlo. Los puse al número 27 y salió.

—Debe haber sido muy emocionante, señora.

—Sí que lo fue. George me da dinero para jugar, pero generalmente lo pierdo.

Parecía desconsolada.

—Es una pena.

—Bueno, no importa en realidad. George es muy rico. Es muy agradable ser rico, ¿no lo cree así?

—Muy agradable —dijo Poirot suavemente.

—A lo mejor, si no fuera rica me parecería a Amanda.

Dirigió la mirada a la mesa de té, y la estudió desapasionadamente.

—Es muy fea, ¿verdad?

La señorita Brewis levantó la vista en aquel momento y la dirigió hacia el lugar donde ellos estaban sentados. *Lady* Stubbs no había hablado alto, pero Poirot se preguntó si Amanda Brewis habría oído.

Al retirar la vista, los ojos de Poirot encontraron la mirada del capitán Warburton, irónica y divertida.

Poirot se esforzó en cambiar de tema.

—¿Ha estado usted muy atareada con los preparativos de la fiesta?

Hattie Stubbs hizo un ligerísimo movimiento de cabeza negativo.

—No, yo creo que todo esto es muy aburrido… muy estúpido. Tenemos criados y jardineros. ¿Por qué no han de hacer ellos los preparativos?

—Hija mía —era la señora Folliat la que hablaba. Había venido a sentarse en un sofá cercano—. Ésas son las ideas que te fueron inculcadas en tus posesiones de las islas. Pero la vida en Inglaterra es muy distinta, en estos tiempos. Me gustaría que no hubiese variado —suspiró—. Ahora tiene que hacérselo una por sí misma casi todo.

Lady Stubbs se encogió de hombros.

—Lo encuentro estúpido. ¿De qué sirve ser rico si tiene uno que hacerlo todo por sí mismo?

—A algunas personas les divierte —dijo la señora Folliat, sonriéndole—. A mí me divierte. No hacerlo todo, pero algunas cosas, sí. Me gusta arreglar el jardín por mí misma y me gusta hacer preparativos para una festividad como la que tendremos aquí mañana.

—¿Será como una fiesta de sociedad? —preguntó *lady* Stubbs, esperanzada.

—Exactamente, con mucha, mucha gente…

—¿Será como en Ascot? ¿Habrá muchos sombreros y todo el mundo irá elegante?

—Bueno, no precisamente como en Ascot —dijo la señora Folliat. Y añadió con dulzura—: Pero debes tratar de disfrutar con las cosas del campo, Hattie. Debías habernos ayudado esta mañana, en lugar de levantarte a la hora del té.

—Me dolía la cabeza —dijo Hattie enfurruñada. Luego cambió su estado de ánimo y sonrió a la señora Folliat con afecto—: Pero mañana seré buena. Haré todo lo que me diga.

—Así me gusta, querida.

—Voy a estrenar un vestido. Llegó esta mañana. Venga arriba conmigo a verlo.

La señora Folliat titubeó. *Lady* Stubbs se puso en pie e insistió:

—Tiene usted que venir. ¡Por favor! Es un vestido precioso.

¡Vamos!

—Bueno, muy bien.

La señora Folliat esbozó una sonrisa y se levantó.

Al salir de la habitación siguiendo a Hattie, con cuya alta estatura contrastaba la suya tan pequeña, Poirot vio su cara y le impresionó la expresión de cansancio que había sustituido a su sonriente compostura. Era como si, desprevenida por un momento, hubiera cedido la tensión y no se molestara en mantener la máscara social. Y, sin embargo… parecía como si hubiera algo más. Puede ser que sufriera una enfermedad de la que, como muchas mujeres hacen, no hablara nunca. No era persona, pensó, que se molestara en inspirar a los demás piedad o simpatía.

El capitán Warburton se dejó caer en la butaca que Hattie acababa de dejar. También él miró hacia la puerta por la que acababan de salir las dos mujeres, pero no fue de la mayor de ellas de quién habló, sino que, sonriendo, dijo arrastrando las palabras:

—Hermosa criatura, ¿verdad?

Observó con el rabillo del ojo a *sir* George, que salía por una puerta ventana, seguido de la señora Masterton y de la señora Oliver.

—Se ha metido en el bolsillo al bueno de George Stubbs. ¡Nada es demasiado para ella! Joyas, pieles y todo eso. No he podido averiguar si se da cuenta o no de que su mujer está un poco tocada del seso. Es probable que piense que no importa. Después de todo, estos financieros no piden compañía intelectual.

—¿De qué nacionalidad es ella? —preguntó Poirot, interesado.

—Parece sudamericana, siempre me lo ha parecido. Pero creo que es de las Indias Occidentales. Una de esas islas con azúcar, ron y todo eso. De una antigua familia de allí… una criolla, no quiero decir que sea una mestiza. Creo que en estas islas se casan entre sí parientes muy próximos. Eso explica la deficiencia mental.

La joven señora Legge se unió a ellos.

—Escucha, Jim —dijo—, tienes que estar de mi parte. Esa tienda tiene que estar donde todos habíamos decidido… al fondo del césped, de espalda a los rododendros. Es el único sitio posible.

—Mamá Masterton no lo cree así.

—Bueno, pues tendrás que hablarle claro.

Él sonrió con astucia.

—La señora Masterton es mi jefe.

—Tu jefe es Wilfrid Masterton. Él es el diputado.

—Supongo que sí, pero debía serlo ella. Es ella la que lleva los pantalones… Me consta.

Sir George volvió a entrar en la habitación por la puerta ventana.

—¡Ah, está usted ahí, Sally! —dijo—. La necesitamos. Parece mentira que la gente se ponga tan excitada con cosas tan tontas como quién ha de enmantecar los bollos, quién ha de rifar el cake y por qué el puesto de los productos de la huerta está donde se había prometido que estaría el de prendas de punto. ¿Dónde está Amy Folliat? Ella se las entiende muy bien con esa gente… se las entiende como nadie; sabe convencer.

La señora Legge afirmó:

—Subió con Hattie.

—¡Ah! ¿Subió…?

Sir George dirigió a su alrededor una mirada desvalida y la señorita Brewis, que estaba escribiendo unos billetes de entrada, se puso en pie de un salto y dijo:

—Voy a buscarla, *sir* George.

—Gracias, Amanda.

La señorita Brewis salió de la habitación.

—Tenemos que conseguir un poco más de valla de alambre —murmuró *sir* George.

—¿Para la fiesta?

—No, no. Para ponerla en el límite con Hoodown Park, en el bosque. La vieja está toda desvencijada y por allí es por donde se cuelan.

—¿Quién se cuela?

—¡Gente, que se mete en terreno ajeno! —exclamó *sir* George.

Sally Legge dijo, divertida:

—Parece usted Betsy Trotwood, en plena campaña contra los burros.

—¿Betsy Trotwood? ¿Quién es? —preguntó *sir* George.

—Un personaje de Dickens.

—¡Ah, Dickens! He leído «Los papeles de Pickwick». No está mal. No. No está mal… me sorprendió. Pero hablando en serio, esas personas que se meten en terreno privado son una plaga desde que

empezó esa payasada del Albergue Juvenil. Aparecen por todas partes, llevando camisas de lo más extraño… esta mañana vi a un chico con una de dibujos de tortugas y cosas raras… Creí que estaba borracho y veía doble. Y la mayoría no saben inglés y no hacen más que farfullar… —se puso a remedar—: «Oh, pog favog… si tiene usted… dígame… ¿es camino para el ferroy?». Yo digo que no, que no es, les lanzo un berrido, los mando a donde vienen, pero la mayoría de las veces se quedan parpadeando y mirándole a uno sin comprender. Y las chicas se ríen como bobas. Los hay de todas las nacionalidades: italianos, yugoslavos, holandeses, finlandeses…, ¡no me extrañaría que hubiera esquimales entre ellos! Y es seguro que la mitad de ellos son comunistas —terminó con expresión sombría.

—Vamos, George, no empiece usted con los comunistas —dijo la señora Legge—. Iré con usted a enfrentarme con esas levantiscas mujeres.

Le condujo a través de la puerta ventana, llamando por encima del hombro:

—Vamos, Jim. Ven a que te hagas pedazos por una buena causa.

—Muy bien, pero quiero enterar a *monsieur* Poirot de los detalles de la Persecución del Asesino, puesto que es él quien ha de entregar los premios.

—Puedes hacerlo luego.

—Le esperaré aquí —dijo Poirot en tono amable.

En el silencio que siguió a su marcha. Alec Legge se estiró en su butaca y suspiró.

—¡Mujeres! —dijo—. Son como un enjambre de abejas.

Volvió la cabeza para mirar a través de la ventana.

—¿Y a qué viene todo esto? Una estúpida fiesta campestre, que no le interesa a nadie.

—Es evidente —hizo notar Poirot— que hay personas a quienes les interesa.

—¿Por qué ha de tener la gente tan poco *sentido*? ¿Por qué no pueden *pensar*? Piense en el lío en que se ha metido el mundo entero, ¿no se dan cuenta de que los habitantes de la tierra se están suicidando?

Poirot creyó acertadamente que esa pregunta no esperaba contestación. Se limitó a mover la cabeza con expresión ambigua.

—A menos que podamos hacer algo antes de que sea demasiado

tarde… —Alec Legge se calló bruscamente. Su rostro se ensombreció—. Ya —dijo—; ya sé lo que está pensando. Que estoy nervioso, que soy un neurótico… y todo eso. Como esos malditos médicos. Recomendando descanso, cambio de ambiente y aire de mar. Muy bien, Sally y yo vinimos aquí, cogimos Mill Cottage por tres meses y yo seguí su receta. He pescado, me he bañado al aire libre, he dado largos paseos y he tomado baños de sol…

—Sí, ya me di cuenta de que había tomado baños de sol —dijo Poirot cortésmente.

—¡Ah!, ¿lo dice por esto? —Alec se llevó la mano a la cara despellejada—. Esto es el resultado de haber podido disfrutar en Inglaterra, por una vez en la vida, de un buen verano. ¿Pero qué se gana con todo eso? No puede uno dejar de enfrentarse con la verdad, simplemente por huir de ella.

—No, nunca sirve de nada huir.

—Y el estar en una atmósfera rural como ésta lo que hace es que uno vea las cosas con más agudeza… Y la increíble apatía de la gente de este país. Incluso Sally, que es muy inteligente, es lo mismo. ¿Por qué preocuparse? Eso es lo que dice. ¡Me pone muy nervioso! ¿Por qué preocuparse?

—Simplemente a título de curiosidad: ¿Por qué se preocupa usted?

—¡Dios mío! ¿Usted también?

—No, no es un consejo. Es, sencillamente, que quisiera saber su respuesta.

—¿No ve usted que alguien tiene que hacer algo?

—¿Y ese alguien es usted?

—No, no; no yo personalmente. No se puede ser *personal* en estos tiempos.

—No veo por qué. Incluso en «estos tiempos», como usted dice, uno sigue siendo una persona.

—¡Pero no debe uno serlo! En tiempos difíciles, cuando es cuestión de vida o muerte, no puede uno pensar en sus propios e insignificantes males o preocupaciones.

—Le aseguro que se equivoca por completo. En la última guerra, durante un bombardeo muy duro, a mí me preocupaba mucho menos la idea de la muerte que el dolor de un callo que tenía en el dedo pequeño de un pie. Me sorprendió por entonces el que fuera

así. «Piensa —me decía a mí mismo— que en cualquier momento puede venir la muerte». Pero seguía pensando en mi callo. En realidad, me sentía ofendido por tener que sufrir aquello, además del miedo a la muerte. Precisamente por el hecho de que podía morir, todos los pequeños detalles de mi vida adquirían mayor importancia. He visto una vez una mujer que acababa de sufrir un accidente de tráfico, con una pierna rota, y se echó a llorar porque vio que se le había escapado un punto a una media.

—¡Lo que demuestra con toda claridad lo tontas que son las mujeres!

—Lo que demuestra cómo son las *personas*. Puede que sea la preocupación por nuestra vida propia la que haya llevado a la raza humana a sobrevivir.

Alec Legge se rio con desprecio.

—Algunas veces —dijo— pienso que es una pena que haya sobrevivido.

—Es, ¿sabe? —insistió Poirot—, una forma de humildad. Y la humildad tiene mucho valor. Recuerdo que durante la guerra había un *slogan* escrito en el metro de Londres: «Todo depende de ti», decía. Creo que lo había escrito un teólogo eminente, pero, en mi opinión, era una doctrina peligrosa e indeseable. Porque no es *cierto*. Todo no depende, por ejemplo, de la señora Blank, de la Villa Blank, junto al pantano. Y si se le induce a creerlo así, se le hará un daño. Mientras ella piensa en el papel que puede representar en los asuntos mundiales, el niño derrama el cacharro del agua hirviendo.

—Sus puntos de vista son muy anticuados. Vamos a ver: ¿qué *slogan* escogería usted?

—No es necesario que redacte yo uno propio. En este país hay uno más antiguo que me satisface plenamente.

—¿Y es…?

—Pon tu confianza en Dios y cuida de que tu pólvora esté seca.

—Vaya, vaya… —Alec Legge parecía divertido—. De lo más inesperado, viniendo de usted. ¿Sabe usted lo que me gustaría hacer en este país?

—Sin duda alguna, algo violento y desagradable —dijo Poirot sonriendo.

Alec Legge no se rio.

—Me gustaría que todas las personas mentalmente débiles

fueran aniquiladas… ¡Todas! No dejarlas crecer. Si durante una generación sólo se permitiera vivir a las personas inteligentes, imagínese cuál sería el resultado.

—Acaso fuera un considerable aumento en el número de los pacientes de los manicomios —dijo Poirot fríamente—. En una planta, señor Legge, las raíces son tan necesarias como las flores. Por grandes y hermosas que sean las flores, no podrían existir si se destruyen las raíces —y continuó en tono confidencial—: ¿Considera usted a *lady* Stubbs como posible candidata a su cámara mortuoria?

—Sí, desde luego. ¿Para qué sirve una mujer como ésa? ¿En qué medida ha contribuido ella al bien de la sociedad? ¿Le ha pasado alguna vez por la cabeza una idea que no esté relacionada con vestidos o pieles o joyas? Como le digo, ¿para qué sirve?

—Usted y yo —dijo Poirot suavemente— somos, desde luego, mucho más inteligente que *lady* Stubbs. Pero —movió tristemente la cabeza— me temo que somos mucho menos decorativos.

—Decorativos…

Alec estaba empezando un bufido de indignación, pero fue interrumpido por la llegada de la señora Oliver y del capitán Warburton, que entraban por la puerta ventana.

Capítulo IV

—Tiene usted que venir a ver las pistas y las demás cosas de la Persecución del Asesino, *monsieur* Poirot —dijo la señora Oliver sin aliento. Poirot se levantó y la siguió, obediente. Los tres cruzaron el vestíbulo y entraron en una pequeña habitación, amueblada sencillamente, como una oficina de negocios.

—Las armas mortales a su izquierda —observó el capitán Warburton, señalando con la mano una pequeña mesa de juego, cubierta con paño verde. En ella yacían una pequeña pistola, un trozo de cañería de plomo, con una mancha siniestra de óxido, una botella azul con una etiqueta que decía «veneno», un trozo de cuerda de tender la ropa y una jeringa hipodérmica.

—Éstas son las armas —explicó la señora Oliver—, y éstos son los sospechosos.

Le tendió una tarjeta impresa, que él leyó con interés.

SOSPECHOSOS

Estella Glynne	hermosa y misteriosa joven invitada del
Coronel Blunt	hacendado, cuya hija
Joan	está casada con
Peter Gaye	joven investigador atómico.
Señorita Willing	ama de llaves.
Quiet	mayordomo.
Maya Stavisky	una excursionista.
Esteban Loyola	un huésped al que no se ha invitado.

Poirot parpadeó y miró hacia la señora Oliver, sin comprender una palabra.

—Un reparto magnifico —dijo cortésmente—. Pero permítame que le pregunte, señora, ¿qué es lo que hace el concursante?

—Déle la vuelta a la tarjeta —dijo sonriendo el capitán Warburton.

Poirot así lo hizo.

En el otro lado estaba impreso lo siguiente:

```
Nombre y dirección:          .........................
Solución                     .........................
Nombre del asesino:          .........................
Arma:                        .........................
Motivo:                      .........................
Lugar y hora:                .........................
Razones para llegar a su     .........................
conclusión:
.........................
```

—A todo el que entra en el concurso se le da una de estas tarjetas —explicó el capitán Warburton rápidamente—; y un cuadernito y un lápiz para apuntar las pistas. Habrá seis pistas. Se va de una a otra, como en la Búsqueda del Tesoro y las armas están escondidas en sitios sospechosos. Aquí está la primera pista: una foto. Todo el mundo empieza con una de éstas. Poirot cogió la pequeña foto y la estudió, frunciendo el ceño. Luego la puso al revés. Seguía desconcertado, al parecer Warburton se rio.

—Ingenioso truco fotográfico, ¿verdad? —dijo complacido—. Muy sencillo, una vez que se sabe qué es.

Poirot, que no sabía lo que era, sentía una irritación creciente.

—¿Una especie de ventana atrancada? —sugirió.

—Sí, reconozco que parece un poco de eso. No, es un trozo de red de tenis.

—¡Ah! —Poirot contempló de nuevo la fotografía—. Es lo que usted dice. ¡Está clarísimo, cuando le han dicho a uno qué es!

—Depende mucho de cómo se la mira —rio Warburton.

—Ésa es una verdad muy profunda.

—La segunda pista se encuentra en una caja, en el centro de la red de tenis. En la caja están esta botella de veneno vacía, y este tapón de corcho suelto.

—Sólo que —se apresuró a decir la señora Oliver— la botella tiene tapón de rosca; conque el corcho es la verdadera pista.

—Ya sé, señora, que es usted muy inteligente, pero no acabo de comprender…

La señora Oliver le interrumpió.

—Ah, claro, es que hay una historia. Como en las revistas… una

sinopsis.

Se volvió hacia el capitán Warburton.

—¿Tiene usted los prospectos? —dijo.

—Todavía no han venido de la imprenta.

—¡Si los *prometieron*!

—Ya lo sé. Ya lo sé. Todo el mundo promete. Estarán esta tarde a las seis. Voy a ir a buscarlos en el coche.

—Ah, muy bien.

La señora Oliver suspiró profundamente y se volvió a Poirot.

—Bueno, tendré que contárselo entonces. Sólo que no sé contar muy bien las cosas. Es decir, cuando escribo, todo está muy claro, pero hablando, todo resulta complicadísimo; y por eso nunca discuto el asunto de mis libros con nadie. La experiencia me ha enseñado a no hacerlo, porque si lo hago, se me quedan mirando sin comprender y dicen: «Ah… sí, pero no sé qué ocurrió… y ¿cómo va a sacarse un libro de todo eso?». Así me animan. Y además no es cierto, ¡porque cuando me pongo a escribir sale el libro!

La señora Oliver hizo una pausa para tomar aliento y luego continuó:

—Bueno, la cosa es como sigue. Hay un joven, Peter Gaye, que es investigador atómico, y se sospecha que está a sueldo de los comunistas, y está casado con esta chica, Joan Blunt, y su primera mujer se ha muerto, pero resulta que no está muerta, y, aparece, porque es una agente secreto, o a lo mejor no lo es, es decir, puede que en realidad sea una exploradora… y la mujer tiene un asunto con otro, y este hombre, Loyola, aparece, o bien para reunirse con Maya o para espiarla, y hay una carta de escándalo que puede ser del ama de llaves, o también puede ser del mayordomo, y el revólver desaparece, y como no se sabe para quién era la carta, y la jeringuilla desapareció a la hora de cenar y luego…

La señora Oliver llegó a un punto y aparte, juzgando acertadamente cuál sería la reacción de Poirot.

—Ya lo sé —dijo comprensiva—. Parece muy complicado, pero en realidad no lo es… en mi cabeza no lo es, y cuando vea usted el folleto resumen, lo encontrará muy claro.

»Y en cualquier caso —concluyó— la trama no importa, en realidad, ¿verdad? Quiero decir, no le importa a *usted*. Lo único que tiene usted que hacer es entregar los premios, unos premios muy

bonitos, el primero es una pitillera de plata en forma de revólver, y decirle al triunfador que ha sido inteligentísimo.

Poirot pensó que era indudable que el que resolviera el caso tendría que ser muy inteligente. La verdad es que dudaba mucho que nadie llegara a resolverlo. Toda la trama y la acción de la Persecución del Asesino le parecían envueltas en una niebla impenetrable.

—Bien —dijo el capitán Warburton alegremente, echando una ojeada a su reloj—. Será mejor que me vaya a la imprenta, a recoger eso.

La señora Oliver lanzó un gruñido.

—Si no están listos…

—Sí, seguro que están. He telefoneado. Hasta luego.

Salió de la habitación.

La señora Oliver agarró inmediatamente a Poirot por el brazo y preguntó en un murmullo ronco:

—¿Y bien?

—¿Y bien… qué?

—¿Ha descubierto usted algo? ¿Ha encontrado algún sospechoso?

Poirot replicó en tono ligeramente reprobatorio.

—Todo y todos me parecen completamente normales.

—¿Normales?

—Bueno, puede que ésa no sea la palabra justa, *Lady* Stubbs, como usted dice, es, sin ningún género de dudas, mentalmente deficiente, y el señor Legge parece un anormal.

—No, el señor Legge no tiene nada —dijo la señora Oliver con impaciencia—. Ha tenido un ataque de nervios.

Poirot no rechazó la discutible frase de la señora Oliver, sino que la aceptó literalmente.

—Todo el mundo parece encontrarse en un estado de agitación, excitación, fatiga general y gran irritabilidad, todo muy característico de esta clase de acontecimientos. Si pudiera usted indicarme…

—¡Sssssh! —la señora Oliver le cogió nuevamente por un brazo —. Alguien viene.

A Poirot todo aquello le parecía un melodrama vulgar y su irritación iba en aumento.

En la puerta apareció el rostro agradable de la señorita Brewis.

—Ah, ¿está usted aquí, *monsieur* Poirot? Le he estado buscando para mostrarle su cuarto.

Le condujo al piso de arriba y luego a lo largo de un pasillo, hasta una habitación grande y ventilada, con vistas sobre el río.

—Hay un cuarto de baño enfrente. *Sir* George habla de poner más cuartos de baño, pero el hacerlo supondría quitarle espacio a las habitaciones. Espero que se encuentre cómodo.

—Sí, naturalmente.

Poirot pasó su mirada estimativa sobre el pequeño estante de libros, la lamparita de la mesa de noche y la caja de galletas colocada junto a su cama.

—En esta casa, todo parece estar perfectamente organizado. ¿Debo felicitarla a usted o a mi encantadora anfitriona?

—*Lady* Stubbs emplea todo su tiempo en conservarse encantadora —dijo la señorita Brewis, con cierta acritud.

—Una joven muy decorativa —murmuró Poirot.

—Así es.

—Pero, en otros aspectos, ¿no es un poco…? —se detuvo bruscamente—. *Pardon*. Estoy siendo indiscreto, haciendo comentarios que, posiblemente, no debería hacer en este caso.

La señorita Brewis le miró con fijeza.

—*Lady* Stubbs —dijo secamente— sabe perfectamente lo que hace. Además de ser, como usted dice, una joven muy decorativa, es muy sagaz.

Dio media vuelta y salió de la habitación antes de que Poirot volviera de su sorpresa. ¿Conque ésa era la opinión de la eficiente señorita Brewis? ¿O lo habría dicho por alguna razón particular? ¿Y por qué le había hecho semejante declaración a él, un recién llegado? ¿Quizá precisamente por ser un recién llegado? Y también por ser extranjero. Según Hércules Poirot sabía por experiencia, había muchos ingleses que consideraban que no tenía importancia lo que se dijera a los extranjeros. Frunció el ceño, perplejo, y se quedó mirando con expresión distraída a la puerta por donde había salido la señorita Brewis. Luego se dirigió a la ventana y miró a través de ella. *Lady* Stubbs salía de casa con la señora Folliat y se quedaron durante unos segundos hablando junto a la gran magnolia. Luego la señora Folliat hizo con la cabeza un movimiento

de despedida, cogió su cesta y sus guantes de jardinería y bajó la avenida a paso ligero. *Lady* Stubbs se quedó observándola un momento; luego, distraída, arrancó una magnolia, la olió y empezó, a bajar lentamente el camino que, a través de los árboles, conducía al río. Antes de desaparecer de la vista de Poirot, miró por encima del hombro. Por detrás de la magnolia, Michael Weyman surgió lentamente ante la vista de Poirot, hizo una pausa, vacilando, y luego siguió a la silueta alta y esbelta a través de los árboles de aquel acogedor y pintoresco paraje.

Era un joven apuesto y dinámico, pensó Poirot. Y, sin lugar a dudas, con una personalidad mucho más atractiva que la de *sir* George Stubbs…

Y aunque así fuera, ¿qué? En la vida, esos casos habían ocurrido siempre. Un marido poco atractivo, de mediana edad, rico, una esposa joven y hermosa, inteligente o tonta, un joven atractivo e impresionable… ¿Qué había en todo aquello para obligar a la señora Oliver a llamarle por teléfono tan perentoriamente? Cierto, la señora Oliver tenía mucha imaginación, pero… «Pero al fin y al cabo —se dijo Poirot— yo no soy un consejero para casos de adulterio, o de adulterio incipiente».

¿Había algo de cierto en la extraordinaria idea de la señora Oliver de que algo andaba mal? La señora Oliver era una mujer de mente extraordinariamente confusa y Poirot no se explicaba cómo se las arreglaba para escribir libros coherentes. Y sin embargo, a pesar de su confusión mental, a veces le sorprendía su repentina percepción de la verdad.

—Queda poco tiempo… muy poco —murmuró para sí—. ¿Andará algo mal aquí, según cree la señora Oliver? Me inclino a creer que sí. Pero ¿qué? ¿Quién podría ilustrarme? Necesito saber más, mucho más, sobre la gente de la casa. ¿Quién podría informarme?

Tras reflexionar un momento, Poirot cogió el sombrero (nunca se arriesgaba a salir al aire de la noche con la cabeza descubierta) y se apresuró a salir de su habitación y bajar la escalera. Oyó a lo lejos el aullido autoritario de la señora Masterton. Más cerca, la voz de *sir* George se alzó cariñosa:

—Es de lo más favorecedor ese velo. Me gustaría tenerte en mi harén, Sally. Me voy a pasar mucho rato mañana, haciéndote que

me leas el porvenir con todo detalle. ¿Qué me vas a decir, eh?

Hubo una pequeña refriega y Sally Legge dijo en voz entrecortada:

—George, no debe usted hacer eso.

Poirot alzó las cejas y se escabulló por una puerta lateral, que le resultó muy oportuna. Se marchó a toda velocidad por un sendero lateral que, según le indicaba su sentido de orientación, iba a desembocar en la calzada principal.

Su maniobra tuvo el éxito esperado y le permitió, jadeando ligeramente, salir al paso a la señora Folliat y descargarla galantemente de su cesta de jardinería.

—¿Me permite, señora?

—¡Ah, gracias, *monsieur* Poirot; es usted muy amable! Pero no pesa.

—Permítame que se la lleve hasta su casa. ¿Vive usted cerca?

—En realidad, vivo en la casita del guarda, junto a la puerta principal de la finca. *Sir* George ha tenido la amabilidad de alquilármela.

La casa del guarda de su antiguo hogar… Poirot se preguntó cuáles serían los sentimientos de la señora Folliat sobre el particular. Su compostura era tan perfecta que Poirot no supo qué pensar. Cambió de tema, observando:

—*Lady* Stubbs es mucho más joven que su marido, ¿verdad que sí?

—Veintitrés años.

—Es muy atractiva físicamente.

La señora Folliat dijo en voz baja:

—Hattie es una buena chica.

No era la respuesta que esperaba Poirot. La señora Folliat continuó:

—La conozco muy bien, ¿sabe? Durante cierto tiempo ha estado bajo mi cuidado.

—No lo sabía.

—¿Cómo iba a saberlo? Es una historia triste, en cierto sentido. Su familia tenía plantaciones, plantaciones de azúcar en las Indias Occidentales. A consecuencia de un temblor de tierra la casa fue destruida por el fuego, y sus padres y hermanos murieron todos. Hattie estaba en un convento de París y de este modo se quedó de

pronto sin ningún pariente cercano. Los albaceas testamentarios consideraron conveniente que con ella estuviera una señora que le autorizara y la presentara en sociedad, después de pasado cierto tiempo en el extranjero. Yo acepté el hacerme cargo de ella.

La señora Folliat añadió con sonrisa satírica:

—Cuando se presenta la ocasión sé ponerme elegante y, como es natural, tenía buenas relaciones. Por cierto, el difunto gobernador había sido íntimo amigo nuestro…

—Naturalmente, señora, lo comprendo.

—Me vino muy bien… Estaba pasando una mala temporada. Mi esposo había muerto muy poco antes de estallar la guerra. Mi hijo mayor, que estaba en la armada, se hundió con su barco; mi hijo menor, que había estado en Kenia, volvió, se metió en los comandos y lo mataron en Italia. Esto supuso el tener que pagar tres veces los derechos reales y esta casa tuvo que ser puesta en venta. Yo estaba muy mal de dinero y me alegré, además, de tener una chica joven a quien cuidar y con quien viajar. Le cogí mucho cariño a Hattie. Puede que la quisiera aún más porque, según pronto tuve ocasión de notar, no era… ¿cómo diría?, no era capaz de valerse por sí misma. Compréndame, *monsieur* Poirot. Hattie *no es* una deficiente mental, pero es lo que la gente del campo llama «simple». Se la embauca con mucha facilidad, es excesivamente dócil y cualquiera podría influir sobre ella. En mi opinión, ha sido una gran suerte el que apenas tuviera dinero. Con una gran fortuna, puede que su posición hubiera sido mucho más difícil. Los hombres la encontraban atractiva y, con una naturaleza afectuosa como la suya, era muy fácil captar su voluntad e influir sobre ella… Decididamente, había de tener alguien que la cuidara. Cuando después de la liquidación final de las propiedades de sus padres se descubrió que la plantación había sido destruida y que había más deudas que capital, me pareció magnífico que un hombre como *sir* George Stubbs se enamorara y quisiera casarse con ella.

—Posiblemente… sí… era una solución.

—*Sir* George —dijo la señora Folliat—, aunque de origen humilde y, digámoslo sin rodeos, completamente vulgar, es un hombre bueno y decente y extraordinariamente rico, además. No creo que haya pensado nunca en buscar una esposa que fuera su compañera *intelectual*, lo cual no deja de ser una ventaja. Hattie es

exactamente lo que él quiere. Sabe lucir perfectamente vestidos y joyas, es afectuosa y complaciente y completamente feliz con él. Confieso que estoy contenta de que sea así, porque he de admitir que he influido sobre ella deliberadamente para que lo aceptara. Si hubiera resultado mal —su voz tembló— hubiera sido culpa mía, porque yo la insté a que se casara con un hombre mucho mayor que ella. Como le he dicho, Hattie es una muchacha dúctil. Cualquiera que esté a su lado puede dominarla a su antojo.

—Me parece —aprobó Poirot— que el arreglo que usted ha hecho ha sido muy prudente. Yo no soy romántico, como los ingleses. Para hacer un buen matrimonio, hay que tener en cuenta otras cosas, además del amor.

Y añadió:

—En cuanto a este lugar, Nasse House, es maravilloso. Según la conocida expresión, no parece en realidad cosa de este mundo.

—Puesto que Nasse tenía que ser vendido —dijo la señora Folliat temblándole ligeramente la voz— me alegro de que lo haya comprado *sir* George. Durante la guerra estuvo requisada por el ejército, y después, al venderla, pudo haberse convertido en una casa de huéspedes o una escuela, divididos los cuartos y privados de sus bellas proporciones. Nuestros vecinos, los Fletcher, de Hoodown, tuvieron que vender su casa y ahora es un Albergue Juvenil. Claro, uno se alegra de que la gente joven disfrute, y, después de todo, Hoodown no es muy antiguo, es del último período victoriano, no tiene gran mérito arquitectónico, afortunadamente, y no importa que se hagan alteraciones. Lo malo es que algunos de esos jóvenes se introducen clandestinamente en nuestra finca. Eso le enfada mucho a *sir* George. Bien es cierto que en algunas ocasiones han estropeado arbustos raros, dándoles patadas… Entran aquí tratando de encontrar un atajo hasta el lanchón que cruza el río.

Se encontraban entonces junto a la entrada principal de la finca. La casa del guarda, un pequeño edificio blanco de un solo piso, se hallaba un poco separada de la avenida y estaba rodeada por un pequeño jardín, protegido por una valla.

La señora Folliat volvió a coger la cesta, con unas palabras de gracias.

—Siempre le he tenido mucho cariño a esta casita —dijo

mirándola con afecto—; y Merdell, que fue, durante treinta años, nuestro jardinero mayor, vivía aquí. Me gusta mucho más que la casa de arriba, aunque ésta ha sido ampliada y modernizada por *sir* George. Hubo que hacerlo; tenemos ahora de jardinero mayor a un muchacho joven, con una esposa joven… y estos jóvenes han de tener sus planchas eléctricas y ollas modernas y televisión… todas estas cosas. Hay que ir con los tiempos… —suspiró—. Casi no queda nadie antiguo en la finca; todos son caras nuevas.

—Me alegro, señora —dijo Poirot—, de que, por lo menos, haya encontrado un refugio.

—¿Conoce usted los versos de Spenser? «El sueño tras la faena, el puerto tras la tormenta, la paz después de la guerra y tras la vida la muerte, satisfacen plenamente…»[5]

Hizo una pausa y dijo sin cambiar de entonación:

—Éste es un mundo muy malo, *monsieur* Poirot. Y hay gente muy mala en el mundo. Probablemente lo sabe usted tan bien como yo. Yo no digo estas cosas en presencia de la gente joven; podrían desalentarse; pero es cierto… Sí, éste es un mundo muy malo.

Le hizo con la cabeza una señal de despedida, luego se volvió y entró en la casa. Poirot se quedó inmóvil, con la vista fija en la puerta cerrada.

Capítulo V

1

Sintiéndose con ánimo de hacer exploraciones, Poirot cruzó la verja y bajó a la carretera, empinada y serpenteante, que desembocaba poco después en un pequeño embarcadero. Había una gran campana con una cadena y un letrero que decía: «Para llamar al bote». Junto al embarcadero había varios botes amarrados. Un hombre muy viejo, con ojos reumáticos, que se recostaba contra un poste, se acercó a Poirot arrastrando los pies.

—¿Quiere usted el *ferry*, señor?

—No, gracias. Vengo de Nasse House, dando un paseo.

—Ah, ¿está usted en Nasse? Allí trabajé yo de muchacho y mi hijo fue jardinero mayor. Pero yo me cuidaba de los botes. Al viejo señor Folliat le tenían loco los botes. Salía hiciera el tiempo que hiciese. ¡Ya lo creo! En cambio a su hijo, el comandante, a ése no le importaban los botes. Caballos, eso era lo único que le importaba. Y le llevaron un buen puñado de billetes. Eso y la botella… ¡Menuda vida le dio a su mujer! A lo mejor la ha visto usted… Vive ahora en la casa del guarda.

—Sí, acabo de dejarla allí ahora mismo.

—Ella también es Folliat, prima segunda por parte de los Tiverton. Es una gran jardinera. Todos esos arbustos llenos de flores los ha plantado ella. Incluso cuando la guerra, cuando ocuparon la casa y los dos jóvenes caballeros se fueron a la guerra, todavía seguía cuidando los arbustos y no dejó que se echaran a perder.

—Fue una gran desgracia que le mataran a sus dos hijos.

—Sí, entre unas cosas y otras ha tenido una vida muy dura. Tuvo disgustos con su marido y disgustos con el joven caballero

también. No con el señor Henry. Ése era todo lo agradable que se puede pedir; salió a su abuelo, le gustaba ir en bote y se fue a la armada, como era de cajón, pero el señorito James, ése le dio muchos disgustos. Tenía deudas, mujeres y un genio endiablado, además. Era uno de esos que no pueden andar derechos. Pero la guerra le vino bien; como si dijéramos, le dio su oportunidad. ¡Ah! Hay muchos que no pueden andar derechos en la paz y que luego mueren en la guerra como los valientes.

—De modo que ahora —dijo Poirot— ya no hay ningún Folliat en Nasse.

La verborrea del viejo cesó bruscamente.

—Si usted lo dice, señor.

Poirot miró al viejo con curiosidad.

—En cambio, tienen ustedes a *sir* George Stubbs. ¿Qué se opina de él en la localidad?

—Se dice que es millonario —contestó el viejo en tono jocoso.

—¿Y su esposa? —preguntó con indiferencia Poirot.

—Ah, es una señora muy guapa, de Londres. De jardines no entiende nada. Dicen también que anda un poco mal de aquí.

Se dio en la sien unos golpecitos significativos.

—No es que no sea siempre muy agradable hablando y muy cariñosa. Hace poco más de un año que están aquí. Compraron la casa y la arreglaron toda de nuevo. Recuerdo como si fuera hoy cuando llegaron. Era por la noche, al día siguiente de la peor tormenta que recuerdo haber visto en toda mi vida. Había por todas partes árboles derrumbados, uno estaba atravesado en la calzada y tuvimos que serrarlo a toda prisa para que quedara el camino libre para el coche. Y el gran roble de allá arriba se cayó y tiró otros muchos al caer y menudo jaleo se armó.

—Ah, sí, donde está ahora el templete, ¿verdad?

El viejo se echó a un lado y escupió mostrando su disgusto.

—Sí, templetes, tonterías modernistas. Nunca hubo templete en tiempos de los viejos Folliat. Fue idea de la señora, eso del templete. No hacía tres semanas que estaban aquí cuando lo levantaron y seguro que fue ella la que convenció a *sir* George. Está de lo más ridículo, allí muy derecho, en medio de los árboles como si fuera un templo de judíos. Ahora, un cenador rústico con cristales de colores ya sería otra cosa.

Poirot esbozó una sonrisa.

—Las señoras de Londres —dijo— tienen sus caprichos. Es triste que se haya ido la época de los Folliat.

—No lo crea usted, señor —el viejo soltó una risita astuta—. Siempre habrá algún Folliat en Nasse.

—Pero la casa pertenece a *sir* George Stubbs.

—Eso puede ser, pero todavía hay un Folliat aquí. ¡Ah! ¡Menudos son los Folliat!

—¿Qué quiere usted decir?

El viejo le miró de reojo con expresión llena de malicia.

—La señora Folliat está viviendo en la casa del guarda, ¿no es verdad? —preguntó.

—Sí —dijo Poirot lentamente—. La señora Folliat vive en la casa del guarda y éste es un mundo muy malo y toda la gente de este mundo es muy mala.

El viejo se le quedó mirando con fijeza.

—¡Ah! —dijo—; puede ser que tenga usted razón.

Y se alejó de nuevo, arrastrando los pies.

—Sí, pero ¿de qué me sirve? —se preguntó Poirot irritado mientras subía lentamente la cuesta en dirección a la casa.

2

Hércules Poirot se arregló meticulosamente, aplicándose una pomada perfumada al bigote y retorciéndoselo hasta darle un aspecto feroz. Se contempló en el espejo y quedó satisfecho de lo que vio.

Se oyó sonar un gong y bajó la escalera.

El mayordomo, después de una actuación de lo más artística, (*crescendo, forte, diminuendo rallentado*), colocaba en el gancho correspondiente el palillo del gong. Su cara morena y melancólica tenía una expresión de placer.

Poirot pensó: «Una carta en términos de escándalo del ama de llaves… o acaso del mismo mayordomo…». Ese mayordomo daba la impresión de no haber hecho otra cosa en su vida más que escribir esa clase de cartas. Poirot se preguntó si la señora Oliver habría

copiado sus personajes de la vida real.

La señorita Brewis cruzó el vestíbulo. Llevaba un vestido de terciopelo floreado que la favorecía muy poco, y Poirot se acercó a ella, preguntándole:

—¿Tienen ustedes ama de llaves?

—Oh, no, *monsieur* Poirot. Por desgracia, en estos tiempos no puede uno permitirse esas gollerías, salvo en casas verdaderamente grandes. No, yo soy el ama de llaves de esta casa… más ama de llaves que secretaria, algunas veces.

Soltó una risita agria.

—¿De modo que es usted el ama de llaves?

Poirot la observó pensativo.

No podía imaginarse a la señorita Brewis escribiendo una carta de escándalo. Ahora, una carta anónima… eso era otra cosa. Había sabido de cartas anónimas escritas por mujeres parecidas a la señorita Brewis, mujeres fuertes, dignas de confianza, de las que nadie a su alrededor hubiera sospechado.

—¿Cómo se llama el mayordomo? —preguntó.

—Henden.

La señorita Brewis parecía un poco sorprendida.

Poirot se rehizo y explicó rápidamente:

—Lo pregunto porque tengo idea de que lo he visto antes en alguna parte.

—Es muy probable —dijo la señorita Brewis—. Ninguna de estas gentes suele estar en una casa más de cuatro meses. Pronto habrán recorrido todos los puestos disponibles de Inglaterra. Después de todo no hay mucha gente que pueda permitirse hoy en día el lujo de tener mayordomos o cocineras.

Entraron en el salón, donde *sir* George, que resultaba poco natural dentro de su traje de etiqueta, ofrecía jerez a sus invitados. La señora Oliver, vestida de raso color gris acero, parecía un barco de guerra antiguo, y *lady* Stubbs inclinaba su cabeza morena sobre el *Vogue*, mirando los figurines de modas.

—Se nos presenta una velada muy atareada —les advirtió—. Nada de *bridge* esta noche. Todos a la obra. Todavía hay que hacer una serie de letreros y uno grande para la adivinadora del porvenir. ¿Qué nombre pondremos? ¿*Madame* Zuleika? ¿Esmeralda? ¿O Romany Leigh, la Reina de los Gitanos?

—Mejor será la pincelada oriental —dijo Sally—. En las regiones agrícolas todo el mundo odia a los gitanos. Zuleika suena bien. Pensé que Michael pintara una serpiente.

—Entonces Cleopatra, no Zuleika, ¿no les parece?

Henden apareció en la puerta.

—La cena está servida, señora.

Entraron en el comedor. Había velas en la larga mesa, la habitación estaba llena de sombras.

Warburton y Alec Legge se sentaron uno a cada lado de su anfitriona. Poirot estaba entre la señora Oliver y la señorita Brewis. Esta última estaba enfrascada en la animada conversación general sobre los preparativos para el día siguiente.

La señora Oliver cavilaba, abstraída, y apenas hablaba.

Cuando finalmente ella rompió el silencio, fue para dar una explicación bastante contradictoria.

—No se preocupen por mí —le dijo a Poirot—. Trato de recordar si me habré olvidado de algo.

Sir George se rio de buena gana.

—El error fatal, ¿verdad? —observó.

—Exacto —dijo la señora Oliver—. Siempre hay un error fatal. Algunas veces uno no se da cuenta hasta que el libro está ya impreso. Y entonces, ¡qué desesperación! —su rostro expresó esta emoción. Suspiró—. Lo curioso es que la mayoría de la gente ni lo nota. Yo me digo: «Naturalmente, la cocinera tenía que haber notado que se habían comido dos chuletas». Pero nadie más que yo se da cuenta.

—Me fascina usted. —Michael Weyman se inclinó hacia ella a través de la mesa—: «El Misterio de la Segunda Chuleta». Por favor, por favor, no lo explique usted. Pensaré en ello en el baño.

La señora Oliver le dirigió una sonrisa distraída y se sumió de nuevo en sus preocupaciones.

Lady Stubbs también estaba silenciosa. De cuando en cuando bostezaba. Warburton, Alec Legge y la señorita Brewis hablaban sin tenerla en cuenta.

Cuando salían del comedor, *lady* Stubbs se detuvo junto a la escalera.

—Me voy a la cama —anunció—. Tengo mucho sueño.

—¡Oh, *lady* Stubbs! —exclamó la señorita Brewis—. ¡Hay tanto

que hacer!

Contábamos con que nos ayudara.

—Sí, ya lo sé —dijo *lady* Stubbs—; pero me voy a la cama.

Habló con la satisfacción de una niña pequeña.

Volvió la cabeza hacia *sir* George, que salía del comedor.

—Estoy cansada, George. Me voy a la cama. ¿Te importa?

Él se acercó a ella y le dio unas palmaditas cariñosas en el hombro.

—Vete a la cama a dormir tu sueño de belleza, Hattie. Mañana tienes que estar fresca.

La besó ligeramente y ella subió la escalera, saludando con la maño y diciendo:

—Buenas noches a todos.

Sir George se quedó mirándola, sonriendo. La señorita Brewis respiró profundamente y se volvió para marcharse.

—Vamos, todos —dijo con una alegría forzada que sonaba a falsa—. Tenemos que *trabajar*.

Poco después cada uno se dedicaba a su tarea. Como la señorita Brewis no podía estar en todas partes al mismo tiempo, pronto algunos empezaron a fallar. Michael Weyman adornó un cartel con una serpiente de ferocidad magnífica y las palabras «*Madame* Zuleika le adivinará el porvenir», desapareciendo luego discretamente. Alec Legge hizo unas cuantas cosas sin importancia, y a continuación salió del paso, declarando que iba a medir las distancias para el juego de anillas, y no volvió a aparecer. Las mujeres, como siempre, trabajaron con energía y a conciencia. Hércules Poirot siguió el ejemplo de su anfitriona y se acostó temprano.

3

A la mañana siguiente, Poirot bajó a desayunar a las nueve y media. El desayuno era del tiempo de las vacas gordas, esto es, una serie de platos hechos en un calentador eléctrico. *Sir* George estaba devorando un desayuno inglés completo, a base de huevos revueltos, tocino y riñones. La señora Oliver y la señorita Brewis

tomaban una variación del mismo. Michael Weyman comía jamón frío. Únicamente *lady* Stubbs despreciaba los apetitosos platos y mordisqueaba una tostada fina, bebiendo café puro a pequeños sorbos. Llevaba un gran sombrero rosa pálido, que resultaba fuera de lugar en la mesa del desayuno.

El correo acababa de llegar. La señorita Brewis tenía enfrente de ella un enorme montón de cartas, que iba clasificando rápidamente en montoncitos. Las que iban dirigidas personalmente a *sir* George se las pasaba a él. Las otras, ella misma las abría y las clasificaba por categorías.

Lady Stubbs tenía tres cartas. Abrió dos, evidentemente dos facturas, y las echó a un lado. Luego abrió la tercera y dijo de pronto:

—¡Oh!

La exclamación expresaba tal sobresalto que todos los rostros se volvieron hacia ella.

—Es de Étienne —dijo—, de mi primo Étienne. Viene aquí en yate.

—Déjame ver, Hattie —*sir* George extendió la mano. Ella le pasó la carta a lo largo de la mesa y él extendió la hoja y la leyó.

—¿Quién es éste Étienne de Sousa? ¿Un primo tuyo, dices?

—Eso creo. Un primo segundo. No lo recuerdo muy bien… casi nada. Era…

—¿Era qué, querida?

Ella se encogió de hombros.

—No importa. De todo eso hace mucho tiempo. Yo era una chiquilla.

—Y me figuro que no puedes recordarle muy bien. Pero, por supuesto, tenemos que recibirle como es debido —dijo *sir* George cordialmente—. En cierto sentido, es una pena que sea hoy la fiesta, pero le invitaremos a comer. ¿No te parece que podríamos tenerle aquí una noche o dos y enseñarle algo del país?

Sir George era en aquellos momentos el hospitalario señor campesino.

Lady Stubbs no añadió nada. Se quedó con la vista fija en su taza de té.

La conversación sobre el inevitable tema de la fiesta se hizo general, únicamente Poirot permaneció aparte, observando la figura

delgada y exótica que presidía la mesa. Se preguntó qué le preocuparía. En aquel preciso instante levantó los ojos y dirigió a través de la mesa una rápida mirada al lugar donde él se sentaba. Era una mirada aguda y calculadora que le sobresaltó. Al encontrarse las miradas de los dos, la expresión aguda desapareció de la de *lady* Stubbs, sustituyéndola la vaguedad habitual. Pero la otra mirada había estado allí, fría, calculadora, vigilante…

¿O lo había imaginado? En cualquier caso, ¿no es cierto que las personas con cierta deficiencia mental tenían una especie de malicia o astucia que algunas veces sorprendía a sus más íntimos?

Se dijo que *lady* Stubbs era un verdadero enigma. Todo el mundo parecía tener ideas diametralmente opuestas sobre ella. La señorita Brewis había declarado que *lady* Stubbs sabía muy bien lo que hacía. Sin embargo, la señora Oliver la consideraba decididamente como una deficiente mental; y la señora Folliat, que la conocía íntimamente y desde hacía mucho tiempo, había hablado de ella como de una persona no del todo normal, necesitada de cuidados y vigilancia.

Era probable que la señorita Brewis estuviera predispuesta contra ella. Le desagradaba *lady* Stubbs por su indolencia y su actitud distante. Poirot se preguntó si la señorita Brewis habría sido secretaria de *sir* George con anterioridad a su matrimonio. En caso afirmativo, era fácil que le hubiera disgustado la implantación de un nuevo régimen.

Poirot, personalmente, hubiera estado de acuerdo de todo corazón con la señora Folliat y la señora Oliver… hasta aquella mañana. Y, después de todo, ¿podría considerar seriamente una impresión tan efímera?

Lady Stubbs se levantó bruscamente de la mesa.

—Me duele la cabeza —dijo—; voy a echarme un rato.

Sir George se puso en pie de un salto.

—Hattie, querida, no estarás enferma, ¿verdad? —preguntó.

—No, sólo me duele la cabeza.

—Estarás bien para esta tarde, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Tome una aspirina, *lady* Stubbs —dijo la señorita Brewis vivamente—. ¿Tiene usted o se la llevo?

—Tengo.

Se encaminó a la puerta. Al hacerlo se le cayó el pañuelo que había estado estrujando entre las manos. Poirot, adelantándose, lo cogió discretamente.

Sir George estaba a punto de seguir a su esposa, pero le detuvo la señorita Brewis.

—Quería hablarle del aparcamiento de coches, *sir* George. Voy a darle instrucciones a Mitchell. ¿Cree usted que lo mejor sería, como usted ha dicho…?

Poirot salió de la habitación y no oyó más.

Alcanzó a su anfitriona en la escalera.

—Señora, se le ha caído esto.

Le ofreció el pañuelo, inclinándose.

Ella lo tomó, indiferente.

—¿Sí? Gracias.

—Siento muchísimo, señora, que no se encuentre usted bien. Sobre todo, ahora que viene su primo.

Ella contestó rápidamente, casi con violencia:

—No quiero ver a Étienne. No me gusta. Es malo. Siempre fue malo. Le tengo miedo. Hace cosas malas.

La puerta del comedor se abrió y *sir* George cruzó el vestíbulo y subió la escalera.

—Hattie, pobrecita mía. Deja que suba y te arrope.

Subieron juntos la escalera. Él la rodeaba con su brazo y su rostro tenía una expresión preocupada y absorta.

Poirot los siguió con la vista, volviéndose luego, para encontrarse con la señorita Brewis, que iba muy apresurada, llevando unos papeles.

—El dolor de cabeza de *lady* Stubbs… —empezó Poirot.

—¡Qué dolor de cabeza ni qué narices! —tronó airada la señorita Brewis, y desapareció en su despacho, cerrando la puerta tras de sí.

Poirot suspiró y salió a la terraza por la puerta principal. La señora Masterton acababa de llegar en un coche pequeño y dirigía la operación de montar la gran tienda donde habría de servirse el té, dando órdenes con su profunda y vigorosa voz, tan semejante a un aullido. Se volvió para saludar a Poirot.

—Todas estas cosas son un engorro —observó—; y lo ponen todo donde no deben. ¡No, Rogers! ¡Más a la izquierda… *izquierda*,

no derecha! ¿Qué opina usted del tiempo, *monsieur* Poirot? A mí no me parece muy seguro. Y la lluvia, por supuesto, lo echaría todo a perder. Y este año que hemos tenido tan buen verano, para variar. ¿Dónde está *sir* George? Tengo que hablarle sobre todo del aparcamiento de los coches.

—A su mujer le dolía la cabeza y se fue a acostar.

—Por la tarde estará bien —dijo la señora Masterton con seguridad—. Le gustan los acontecimientos sociales, ¿sabe? Se pondrá un vestido estupendo y estará con él tan contenta como una niña. ¿Quiere acercarme esas estacas? Quiero marcar los sitios para los números del golf de reloj.

Poirot, empujado de este modo al servicio activo, fue utilizado sin piedad por la señora Masterton como un aprendiz útil. En los pequeños descansos de la dura faena, tuvo la condescendencia de hablarle.

—Tiene uno que hacerlo todo. No hay más remedio… Por cierto, es usted amigo de los Elliot, ¿no?

Poirot, después de su larga estancia en Inglaterra, sabía muy bien que esas palabras eran una indicación de que se le admitía en sociedad. Era como si la señora Masterton dijera: «Aunque extranjero, es usted uno de nosotros».

Continuó charlando en tono confidencial.

—Es agradable ver que Nasse vuelve a la vida. ¡Teníamos todos tanto miedo de que se convirtiera en un hotel! Ya sabe usted lo que pasa en estos tiempos: va uno por el campo y todo se vuelven casas y casas con el letrero «casa de huéspedes», «hotel particular», «hotel A, autorizado para despachar bebidas alcohólicas»… Todas las casas donde una ha pasado temporadas de niña y a donde ha ido a fiestas. Muy triste. Sí, me alegro de la suerte de Nasse y también se alegra la pobre Amy Folliat, naturalmente. ¡Ha tenido una vida tan dura! Pero nunca se queja. *Sir* George ha hecho maravillas en Nasse y no lo ha vulgarizado. No sé si esto será influencia de Amy Folliat o buen gusto natural. *Tiene muy* buen gusto, ¿sabe? Ésta es una cosa muy rara en un hombre como él.

—Tengo entendido que no procede de una familia antigua… —dijo Poirot con precaución.

—Ni siquiera tiene derecho al título de *sir*, sino que es una especie de apodo. Es de lo más divertido. Naturalmente, nunca

hablamos de eso. A los hombres ricos hay que permitirles sus pequeñas fachendas, ¿no le parece? Y lo gracioso es que, a pesar de su origen, George Stubbs sería aceptado en cualquier sitio. Es un producto de otros tiempos, el correcto señor campesino del siglo XVIII. Debe de ser buena sangre. El padre un caballero y la madre una camarera, es lo que yo opino.

La señora Masterton se interrumpió para gritarle a un jardinero:

—Junto a los rododendros, no. Tiene que dejar sitio para los bolos. ¡A la *derecha*, no a la izquierda!

Continuó:

—Es extraordinario cómo confunden la izquierda con la derecha. La Brewis es una mujer eficiente. Pero no tiene simpatía a la pobre Hattie. Algunas veces la mira como si quisiera asesinarla. Muchas de estas buenas secretarias están enamoradas de sus jefes. ¿Dónde cree usted que habrá ido Jim Warburton? Es una tontería que se empeñe en seguir llamándose a sí mismo «capitán». No es un soldado regular y nunca vio de cerca a un alemán. Naturalmente, uno tiene que conformarse con lo que puede encontrarse en estos tiempos, y es muy trabajador, pero me resulta algo sospechoso. ¡Ah! Aquí están los Legge.

Sally Legge, vestida con pantalones y un jersey amarillo, dijo alegremente:

—Venimos a ayudar.

—Hay mucho que hacer —tronó la señora Masterton—. Esperen que piense…

Poirot, aprovechándose de su distracción, se escabulló. Al volver la esquina de la casa y desembocar en la terraza del frente, se convirtió en espectador de un nuevo drama.

Dos chicas, con pantaloncitos cortos y blusas brillantes, habían salido del bosque y algo indecisas miraban hacia la casa. Le pareció reconocer en una de ellas a la chica italiana a quien habían llevado en el coche el día anterior. *Sir* George, asomándose a la ventana del cuarto de *lady* Stubbs, se dirigía a ellas, encolerizado.

—¡Están ustedes en terreno privado! —gritó.

—¿Por favor? —dijo la joven del pañuelo verde.

—No pueden ustedes pasar por aquí. Es privado.

La otra chica que traía un pañuelo azul eléctrico, dijo alegremente:

—¿Por favor? ¿El muelle de Nassecombe?

Pronunció el nombre con mucho cuidado.

—¿Es por aquí? —continuó—. ¿Por favor?

—¡Están ustedes en terreno privado! —vociferó *sir* George.

—¿Por favor?

—*¡Terreno privado!* No se puede pasar, Tienen ustedes que *volver atrás. ¡Volver atrás!* Por donde han venido.

Ellas le miraban fijamente, mientras gesticulaba. Luego se consultaron con un torrente de palabras extranjeras. Por último, indecisa, la del pañuelo azul dijo:

—¿Volver? ¿Al albergue?

—Eso es. Y cojan ustedes la carretera… *carretera*… allí.

Se retiraron de mala gana. *Sir* George se enjugó la frente y bajó la vista hacia Poirot.

—Me paso el tiempo echando a la gente —dijo—. Antes pasaban por la puerta de arriba, pero la he cerrado con un candado. Ahora pasan por el bosque, saltando la valla. Creen que pueden llegar fácilmente al río y al muelle por este camino. Bueno, claro, que pueden, mucho más pronto. Pero no hay derecho de paso, nunca lo ha habido. Y casi todos son extranjeros, no entienden lo que se les dice, y le contestan a uno chapurreando en holandés o algo por el estilo.

—De estas dos, una es alemana y la otra italiana, creo. Ayer vi a la italiana cuando venía de la estación.

—Hablan todos los idiomas imaginables… ¿Di, Hattie? ¿Qué decías?

Se retiró a la habitación.

Poirot se volvió, para encontrarse con que muy cerca de él estaban la señora Oliver y una chica de catorce años, muy desarrollada, vestida con uniforme de exploradora.

—Ésta es Marlene —dijo la señora Oliver.

Marlene contestó a la presentación con un ruido gangoso. Poirot se inclinó cortésmente.

—Ésta es la víctima —dijo la señora Oliver.

Marlene soltó una risita.

—Yo soy el horrible cadáver —dijo—; pero no voy a tener sangre ninguna encima —su voz expresaba desilusión.

—¿No?

—No. Me estrangulan con una cuerda y eso es todo. Me hubiera gustado que me apuñalaran y me echaran mucha pintura encima.

—El capitán Warburton pensó que podría resultar demasiado realista —dijo la señora Oliver.

—En un asesinato, yo creo que debe de haber sangre —decía Marlene, enfadada. Miró a Poirot, con interés morboso—. Han visto ustedes muchos crímenes, ¿verdad? Eso dice *ella*.

—Uno o dos —dijo Poirot modestamente. Observó, alarmado, que la señora Oliver se marchaba.

—¿Algún sexomaníaco? —preguntó Marlene con avidez.

—No, por cierto.

—Me gustan los sexomaníacos —dijo Marlene con fruición—. Quiero decir, leer cosas sobre ellos y… recrearme.

—Lo más probable es que no te gustara encontrarte con uno a solas.

—Bueno, no sé. ¿Sabe usted una cosa? Creo que tenemos por aquí un sexomaníaco. Mi abuelo vio una vez un cadáver en los bosques. Tuvo miedo y echó a correr, y cuando volvió ya no estaba. Era un cadáver de mujer. Pero eso sí, está como un cencerro; mi abuelo, quiero decir, y nadie hace caso de lo que dice.

Poirot se las agenció para escaparse y, dando un rodeo, llegó a la casa y se refugió en su habitación. Tenía necesidad de descanso.

Capítulo VI

El almuerzo consistió en unos fiambres, devorados temprano y a toda prisa. A las dos y media, una estrella de cine de segunda categoría inauguraba la fiesta. El tiempo, después de amenazar lluvia, empezaba a mejorar. A las tres de la tarde, la fiesta hallábase en su apogeo. Gran número de personas estaban pagando la media corona de la entrada. Del Albergue Juvenil llegaban grupos de estudiantes, conversando ruidosamente en lenguas extranjeras. Según había pronosticado la señora Masterton, *lady* Stubbs había salido de su cuarto un momento antes de las dos y media, luciendo un vestido color ciclamen y un enorme sombrero chino de paja negra. Llevaba encima muchos diamantes.

La señorita Brewis murmuró sardónica:

—¡Se cree que está en el recinto real de Ascot!

Pero Poirot le felicitó solemnemente.

—Lleva usted un modelo precioso, señora.

—Es bonito, ¿verdad? Es el que llevé en Ascot.

La artista de cine llegaba, y Hattie se adelantó a saludarla.

Poirot se retiró a segundo término. Se dedicó a dar vueltas sin rumbo, pensando con melancolía que todo parecía desarrollarse según es normal en esas fiestas. Había un tiro al coco, presidido por *sir* George, que estaba de mejor humor; un juego de bolos, un juego de anillas; puestos donde se exhibían productos del país, frutas, vegetales, mermeladas y cakes, y tiendas con objetos de fantasía; se rifaban cakes, cestas de fruta y hasta un cerdo; y había también una bolsa de la suerte para niños a dos peniques.

Se había reunido ya una gran multitud y empezó el concurso infantil de baile. Poirot no vio ni rastro de la señora Oliver, pero entre la multitud divisó el vestido color ciclamen de *lady* Stubbs,

que andaba como a la deriva. El centro de la atención general, sin embargo, parecía ser la señora Folliat. Había cambiado por completo de aspecto. Con su vestido de foulard azul hortensia y su elegante sombrero gris, parecía presidir la fiesta, saludando a los recién llegados y llevando a la gente a las distintas atracciones.

Poirot se quedó cerca de ella y escuchó algunas palabras.

—Amy, querida, ¿cómo estás?

—Ah, Pamela, os agradezco mucho que hayáis venido tú y Eduardo. ¡Con lo lejos que queda esto de Tiverton!

—Habéis tenido buen tiempo. ¿Te acuerdas del año anterior a la guerra? A eso de las cuatro cayó un chaparrón horroroso. Todo el espectáculo se estropeó.

—Pero este verano ha sido espléndido. ¡Dorothy! ¡Hacía siglos que no te veía!

—Nos pareció que no podíamos dejar de venir a ver a Nasse en toda su gloria. Ya veo que has cortado los agracejos de la loma.

—Sí; se ven así mejor las hortensias, ¿no te parece?

—Están maravillosas. ¡Qué azul! ¡Pero, querida, has hecho maravillas este último año! Nasse empezando a ser otra vez lo que era.

El marido de Dorothy tronó con voz profunda.

—Durante la guerra vinimos aquí a ver al comandante. Se me partió el corazón.

La señora Folliat se volvió para saludar a un visitante humilde.

—Señora Knapper, me alegro mucho de verla. ¿Ésta es Lucy? ¡Lo que ha crecido!

—Sale del colegio el año que viene. Me alegro de verla tan bien, señora.

—Sí, estoy muy bien, gracias. Tienes que ir a probar la suerte con las anillas, Lucy. La veré más tarde en la tienda del té, señora Knapper. Estaré allí ayudando a servir.

Un hombre mayor, probablemente el señor Knapper, dijo tímidamente:

—Me alegro de verla otra vez en Nasse, señora. Parece igual que en otros tiempos.

La respuesta de la señora Folliat se perdió, al precipitarse hacia ella dos mujeres y un hombre alto y musculoso.

—¡Ay, querida! ¡Tantísimo tiempo! ¡Esto parece un éxito

rotundo! Dime lo que le has hecho a la rosaleda. Muriel me ha contado que estás renovándola.

El hombre musculoso intervino:

—¿Dónde está Marilyn Gale?

—Reggie se muere de ganas de verla. Ha visto su última película.

—¿Es aquélla del sombrero grande? ¡Qué barbaridad, vaya *toilette*!

—No seas tonto, querido. Ésa es Hattie Stubbs. ¿Sabes, Amy? Creo que no debías dejarla andar por ahí como si fuera una modelo profesional.

—¡Amy! —otra amiga reclamó su atención—. Ése es Roger, el chico de Eduardo. ¡Querida, cuánto me alegro de que estéis de nuevo en Nasse!

Poirot se alejó lentamente y, distraído, gastó un chelín en una papeleta que con un poco de suerte podía proporcionarle el cerdo.

Todavía oyó tras él, debilitado, el estribillo de: «¡Qué amable en haber venido!». Se preguntó si la señora Folliat se daría cuenta de que estaba atribuyéndose el papel de anfitriona o si lo haría inconscientemente. Aquella tarde era decididamente la señora Folliat de Nasse House.

Estaba parado junto a la tienda que ostentaba el letrero «*Madame* Zuleika le adivinará el porvenir por dos chelines y seis peniques». Estaban empezando a servir los tés y ya no había cola para *Madame* Zuleika. Poirot inclinó la cabeza, entró en la tienda y pagó su media corona por el privilegio de hundirse en una butaca y descansar sus pies doloridos.

Madame Zuleika llevaba una túnica negra, suelta, una bufanda de lana de oro cubriéndole la cabeza y un velo a través de la parte inferior de la cara, lo que ahogaba un poco sus palabras. Un brazalete de oro con amuletos tintineó al cogerle la mano a Poirot y leérsela rápidamente, pronosticándole que ganaría mucho dinero, éxito feliz con una belleza morena y que se salvaría por milagro de un accidente.

—Es muy agradable todo lo que me dice, señora Legge. Sólo deseo que se convierta en realidad.

—¡Ah! —sorprendióse Sally—. ¡Conque me conoce!

—He recibido información previa. La señora Oliver me dijo que,

en un principio, iba usted a ser la «víctima», pero que el Más Allá la había arrebatado.

—Me gustaría estar haciendo de cadáver —dijo Sally—. Mucho más tranquilo. Todo ha sido culpa de Jim Warburton. ¿Son ya las cuatro? Necesito una taza de té. Estoy libre de las cuatro a las cuatro y media.

—Todavía faltan diez minutos —dijo Poirot consultando su reloj anticuado—. ¿Le traigo aquí una taza de té?

—No, no. Necesito salir. La tienda está irrespirable. ¿Hay todavía mucha gente esperando?

—No; creo que están haciendo cola para el té.

—Bien.

Poirot salió de la tienda, siendo abordado inmediatamente por una mujer muy decidida que le hizo pagar seis peniques y calcular el peso de una tarta.

Un juego de anillas, presidido por una mujer gruesa y maternal, le incitó a probar suerte, y, con gran desconcierto por su parte, vio cómo inmediatamente le tocaba una gran muñeca. Se paseaba con ella en brazos, avergonzado, cuando encontró a Michael Weyman, que se mantenía un poco alejado y sombrío, junto a lo alto de un sendero que bajaba hasta el muelle,

—Parece que se ha estado divirtiendo, *monsieur* Poirot —dijo con risa sardónica.

Poirot contempló su premio.

—Es horrible, ¿verdad? —dijo tristemente.

Una niña pequeña que estaba junto a él se echó a llorar de pronto. Poirot se inclinó hacia ella rápidamente y le puso la muñeca entre las manos.

—¡Toma, para ti!

Bruscamente, las lágrimas dejaron de correr.

—¡Mira, Violet, qué señor más amable! Anda, di muchas…

—Concurso infantil de trajes —gritó el capitán Warburton a través de una bocina—. Primera categoría, de tres a cinco años. En fila, por favor.

Poirot se movió en dirección a la casa, tropezando con un joven que andaba hacia atrás, para afinar la puntería y tirar a un coco. El joven le puso mala cara y Poirot se disculpó de un modo mecánico, fijando su mirada fascinada en el variado dibujo de la camisa del

muchacho. Había reconocido la camisa de tortugas de la descripción de *sir* George. Parecía como si todas las clases imaginables de tortugas de tierra y mar se retorcieran y arrastraran por ella.

Poirot pestañeó y fue abordado por la chica holandesa a quien había llevado en el coche el día anterior.

—¡Conque ha venido a la fiesta! —dijo Poirot—; ¿y su amiga?

—Ah, sí, ella también viene aquí esta tarde. No la he visto todavía, pero nos marchamos juntas en el autobús que sale de la puerta a las cinco y quince. Vamos a Torquay y allí cojo otro autobús para Plymouth. Es cómodo.

Eso explicaba el hecho, que había desconcertado a Poirot, de que la holandesa sudara bajo el peso de una mochila.

Dijo:

—He visto a su amiga esta mañana.

—Ah, sí. Elsa, una chica alemana, estaba con ella y me dijo que quisieron cruzar los bosques hasta el muelle. Y el caballero que es dueño de la casa estaba muy enfadado y las hizo volver atrás.

Y añadió volviendo la cabeza al lugar donde *sir* George animaba a la gente a tomar parte en el tiro al coco:

—Pero ahora… esta tarde, está muy correcto.

Poirot pensó explicar que hay cierta diferencia entre dos chicas que se meten en terreno ajeno y las mismas dos chicas que han pagado los dos chelines y medio de entrada y están legalmente autorizadas a probar las delicias de Nasse House y de toda la finca. Pero el capitán Warburton y su megáfono se acercaron rápidamente. El capitán parecía acalorado y preocupado.

—¿Ha visto usted a *lady* Stubbs, Poirot? ¿Ha visto alguien a *lady* Stubbs? Tenía que fallar en este concurso de trajes y no la encuentro por ninguna parte.

—La he visto… espere, hará una media hora. Pero luego fui a que me leyeran el porvenir.

—¡Maldita mujer! —dijo Warburton airado—. ¿Dónde se habrá metido? Los niños están preparados y ya vamos retrasados.

Miró a su alrededor.

—¿Dónde está Amanda Brewis?

Tampoco la señorita Brewis estaba a la vista.

—Es una verdadera lata —dijo Warburton—. Para organizar un

espectáculo de éstos, hay que contar con cierta colaboración. ¿Dónde podrá estar Hattie? Puede ser que haya entrado en la casa.

Se marchó a grandes zancadas.

Poirot se abrió paso hacia el lugar donde se servían los tés, en una gran tienda, pero había una cola muy larga y decidió pasarse sin el té.

Inspeccionó el puesto de novedades, donde una anciana señora muy decidida estuvo a punto de conseguir venderle una caja de plástico para cuellos y, por último, bordeando la fiesta, llegó a un lugar desde donde podía contemplar la actividad a prudente distancia.

Se preguntó dónde estaría la señora Oliver.

El ruido de unos pasos detrás de él le hizo volver la cabeza. Un joven subía por el sendero que conducía al muelle; era muy moreno e iba impecablemente vestido con ropa marinera. Se detuvo, como desconcertado por la escena que se desarrollaba ante él.

Luego, indeciso, se dirigió a Poirot.

—Perdone; ¿es ésta la casa de *sir* George Stubbs?

—La misma —Poirot hizo una pausa y luego aventuró una suposición—. ¿Es usted el primo de *lady* Stubbs?

—Soy Étienne de Sousa…

—Mi nombre es Hércules Poirot.

Ambos se inclinaron. Poirot explicó las circunstancias de la fiesta. Cuando terminaron de hablar, *sir* George se dirigió hacia ellos cruzando el césped.

—¿De Sousa? Encantado de verle. Hattie recibió su carta esta mañana. ¿Dónde tiene usted el yate?

—Atracado en Helmmouth. Subí el río hasta el embarcadero en la lancha.

—Tenemos que encontrar a Hattie. Por ahí tiene que andar… ¿Supongo que comerá usted con nosotros esta noche?

—Muy agradecido.

—¿No se quedará a dormir?

—Doblemente agradecido, pero dormiré en mi yate. Es más sencillo.

—¿Va a quedarse usted mucho tiempo?

—Dos o tres días, quizá. Depende.

De Sousa encogió sus elegantes hombros.

—Estoy seguro de que Hattie se alegrará muchísimo —dijo *sir* George, cortésmente—. ¿Dónde *está*? La he visto no hace mucho.

Miró a su alrededor, perplejo.

—Tenía que estar fallando el concurso infantil de trajes. No lo comprendo. Perdóneme un momento. Preguntaré a la señorita Brewis.

Se marchó precipitadamente. De Sousa se le quedó mirando. Poirot miraba a De Sousa.

—Hace ya algún tiempo que no ha visto usted a su prima, ¿verdad? —preguntó.

El otro se encogió de hombros.

—No la he vuelto a ver desde que tenía ella quince años. Poco después la mandaron al extranjero, a un colegio religioso de Francia. De niña prometía ser muy guapa.

—Es una mujer muy hermosa —dijo Poirot.

—¿Y ése es su marido? Parece lo que llaman «un buen chico», aunque quizá no muy pulido, ¿no? Sin embargo, puede ser que a Hattie le resultara un poco difícil encontrar un buen marido.

Poirot, cortésmente, adoptó una expresión interrogante. El otro se rio.

—¡Bah, no es ningún secreto! A los quince años, Hattie no estaba mentalmente desarrollada. Retrasada mental, ¿no se dice así? ¿Y sigue lo mismo?

—Pues, parece que… sí —dijo Poirot con cautela.

De Sousa se encogió de hombros.

—¡Bueno! ¿Por qué ha de pedir uno a las mujeres inteligencia? No es necesario.

Sir George regresó, muy irritado. La señora Brewis estaba con él, hablando entrecortadamente.

—No tengo idea de dónde puede estar, *sir* George. La vi por última vez junto a la tienda de la fortuna. Pero eso fue por lo menos hace veinte minutos o media hora. No está en la casa.

—¿No es posible —preguntó Poirot— que haya ido a observar cómo va la Persecución del Asesino de la señora Oliver?

La frente de *sir* George se desarrugó.

—Seguramente será eso. Mire, no puedo dejar mi puesto en el tiro al coco. Está a mi cargo. Y Amanda tiene las manos ocupadas. ¿No podría usted, Poirot, echar una ojeada por ahí? Ya conoce el

itinerario.

Pero Poirot no lo conocía. Sin embargo, preguntándole a la señorita Brewis, obtuvo unas instrucciones generales. La señorita Brewis, muy animada, se hizo cargo de De Sousa y Poirot se marchó, murmurando para sí, como si se tratara de un conjuro. «Pista de tenis; el jardín de las camelias; el templete, el jardín infantil, la caseta de los botes…».

Al pasar por el tiro al coco, le hizo gracia ver a *sir* George que, con sonrisa deslumbrante, entregaba bolas de madera a la misma chica italiana a quien había expulsado aquella mañana y que no ocultaba su desconcierto ante aquel cambio de actitud.

Siguió su camino en dirección a la pista de tenis. Pero allí sólo estaba un señor anciano, de aspecto militar, profundamente dormido en una silla de jardín y con el sombrero echado sobre los ojos. Poirot volvió a la casa y de allí se dirigió al jardín de las camelias.

En el jardín de las camelias, Poirot encontró a la señora Oliver, con un vestido de llamativo color morado, sentada en una silla de jardín y en actitud pensativa. Le hizo seña de que ocupara una silla a su lado.

—Ésta es la segunda pista —murmuró—. Me parece que las he puesto demasiado difíciles. Nadie ha venido todavía.

En aquel momento, un joven en pantalones cortos, con una nuez muy pronunciada, entró en el jardín. Con un grito de satisfacción corrió a un árbol situado en una esquina y otro grito de satisfacción anunció su descubrimiento de la siguiente pista. Al pasar al lado de ellos se sintió impulsado a comunicar su satisfacción.

—Hay mucha gente que no sabe nada de los alcornoques, los árboles del corcho —dijo en tono confidencial—. Una fotografía muy hábil, la de la primera pista, pero yo adiviné lo que era: una sección de una red de tenis. Allí había una botella vacía… pero yo comprendí que era una pista falsa. Son muy delicados los alcornoques, aunque en estas regiones son más resistentes. Me interesan los arbustos raros y los árboles. Y *ahora* me pregunto: ¿A dónde vamos?

Leyó en el cuadernito que llevaba, frunciendo el ceño.

—He copiado la siguiente pista, pero no parece que tenga sentido —les miró con expresión desconfiada—. ¿Son ustedes

concursantes?

—No, no —dijo la señora Oliver—. Estamos… mirando, nada más.

—¡Estupendo!… «Cuando las bellas se entregan a la locura»… Tengo una idea de que he oído eso en algún sitio.

—Es una cita muy conocida —dijo Poirot[6].

—También puede referirse a un templete… —dijo la señora Oliver, queriendo ayudar— blanco… con columnas —añadió.

—¡Es una idea! Muchas gracias. Dicen que la señora Ariadne Oliver anda por aquí. Me gustaría que me firmara un autógrafo. ¿No la habrán visto ustedes?

—No —dijo la señora Oliver con firmeza.

—Me gustaría conocerla. Escribe unas novelas muy buenas —bajó la voz—. Pero dicen que bebe como un cosaco.

Se marchó precipitadamente y la señora Oliver dijo indignada:

—¡Vaya! ¡Qué injusticia! ¡Si sólo me gusta la limonada!

—¿Y no ha cometido una gran injusticia dirigiendo a ese joven a la siguiente pista?

—Teniendo en cuenta que es el único que ha llegado aquí por el momento, me pareció que merecía le animara.

—Pero no le firmó usted el autógrafo.

—Eso es distinto —dijo la señora Oliver—. ¡Ssssh! Aquí viene alguien más.

Pero los que llegaban no eran buscadores de pistas. Eran dos mujeres que, habiendo pagado la entrada, estaban decididas a sacarle partido a su dinero, viéndolo todo a conciencia. Estaban sofocadas y descontentas.

—Yo creí que habría macizos de flores —dijo una a la otra—; pero sólo hay árboles y más árboles. No es lo que yo llamaría un *jardín*.

La señora Oliver le dio a Poirot con el codo y se escabulleron sin hacer ruido.

—Supongamos —dijo la señora Oliver distraída— que *nadie* encuentra mi cadáver.

—Paciencia y valor, señora —indicó Poirot—; todavía es muy temprano.

—Eso es cierto —dijo la señora Oliver marchándose—. Y después de las cuatro y media de la tarde la entrada es a mitad de

precio, conque lo probable es que acuda mucha gente. Vamos a ver qué tal le va a esa Marlene. La verdad es que no me fío nada de esa chica. No tiene sentido de la responsabilidad. La creo muy capaz de escabullirse sin hacer ruido e irse a tomar el té, en lugar de interpretar su papel de cadáver. Ya sabe usted cómo se pone la gente, con eso del té.

Continuaron amistosamente por el selvático sendero y Poirot hizo un comentario sobre la geografía de la finca.

—La encuentro muy confusa —dijo—. Tantos senderos, y uno nunca está seguro de a dónde conducen. Y árboles, árboles por todas partes.

—Se está usted pareciendo a aquella gruñona que acabamos de dejar.

Pasaron por el templete y siguieron el zigzagueante sendero que bajaba al río. La silueta de la caseta de los botes apareció ante su vista.

Poirot observó que sería un contratiempo el que algún concursante llegara a la caseta por casualidad y se encontrara con el cadáver.

—¿Una especie de atajo? Ya pensé en ello. Por eso la última clave es una llave. No se puede abrir la puerta sin ella. Es una «Yale». Sólo se puede abrir desde dentro.

El camino bajaba en pronunciada cuesta hasta la puerta de la caseta de los botes, que estaba construida sobre el río y tenía un pequeño embarcadero, con un espacio debajo para guardar los botes. La señora Oliver cogió la llave de un bolsillo escondido entre los pliegues morados de su vestido y abrió la puerta.

—Hemos venido a alegrarte un poco, Marlene —dijo con animación al entrar.

Sintió remordimientos por sus injustas palabras sobre la lealtad de Marlene, porque la chica, colocada artísticamente como «el cadáver», estaba interpretando su papel a conciencia, extendida en el duro suelo, junto a la ventana.

Marlene no contestó. Yacía completamente inmóvil. El ligero viento que entraba por la ventana hacía crujir un montón de «tebeos», extendidos sobre la mesa.

—Bueno ya está bien —dijo la señora Oliver con impaciencia—. Sólo somos *monsieur* Poirot y yo. Nadie ha adelantado nada todavía.

Poirot tenía el ceño fruncido. Suavemente, echó a un lado a la señora Oliver y se inclinó sobre la chica extendida en el suelo. Una exclamación contenida salió de sus labios. Levantó la vista hacia la señora Oliver.

—Conque… —dijo— al fin ha ocurrido lo que usted esperaba.

—No querrá usted decir que…

La señora Oliver abrió los ojos, horrorizada. Agarró un sillón de mimbre y se sentó.

—Es imposible que… No está muerta, ¿verdad?

Poirot afirmó con un movimiento de cabeza.

—Sí —dijo—. Está muerta. Aunque no desde hace mucho tiempo.

—¿Pero cómo…?

Levantó una esquina del alegre pañuelo que la chica llevaba en la cabeza, para que la señora Oliver pudiera ver los extremos de la cuerda de tender la ropa.

—Igual que en *mi* asesinato —dijo la señora Oliver vacilante—. Pero, *¿quién? ¿Y por qué?*

—Ése es el quid de la cuestión —dijo Poirot.

Se abstuvo de añadir que esas mismas preguntas se había hecho él.

Y que la respuesta a las mismas no podía ser la que la señora Oliver había imaginado, ya que la chica no era la primera mujer, yugoslava, de un investigador atómico, sino Marlene Tucker, una chica del pueblo de catorce años de edad y que no tenía en el mundo ningún enemigo conocido.

Capítulo VII

El detective inspector Bland estaba sentado tras una mesa en el despacho. *Sir* George le había recibido en seguida, le había llevado a la caseta de los botes y había vuelto luego a la casa con él. En la caseta de los botes estaban trabajando el equipo de fotógrafos, y el médico y los hombres de las huellas dactilares acababan de llegar.

—¿Tienen todo lo que necesitan? —preguntó *sir* George.

—Sí, muchas gracias, señor.

—¿Qué tengo que hacer respecto a la fiesta que está celebrándose, decírselo a la gente, suspenderla o qué?

El inspector Bland consideró la cuestión durante unos momentos.

—¿Qué es lo que les ha dicho ya, *sir* George? —preguntó.

—No he dicho nada. Anda circulando la especie de que ha ocurrido un accidente. Sólo eso. No creo que nadie haya sospechado todavía que se trata de… bueno, de un asesinato.

—Entonces, deje las cosas como están, por el momento —decidió Bland—. Demasiado pronto circulará la noticia —añadió cínicamente. De nuevo se quedó pensativo durante un momento y luego preguntó—: ¿Cuántas personas cree usted que hay aquí esta tarde?

—Unas doscientas, creo yo —contestó *sir* George—, y siguen viniendo a montones. Parece que ha venido gente de muy lejos. En realidad, la fiesta está resultando un éxito rotundo. ¡Qué desgracia!

El inspector Bland supuso acertadamente que la desgracia a que se refería *sir* George era el asesinato, no el éxito de la fiesta.

—Unas doscientas —murmuró—; y supongo que cualquiera pudo haberlo hecho.

Suspiró.

—Caso difícil —dijo *sir* George con simpatía—. Pero no veo qué razón iba a tener ninguna de ellas para matarla. Todo esto resulta completamente fantástico… No veo quién puede haber querido matar a una chica como ésta.

—¿Qué puede usted decirme de la chica? Tengo entendido que era de la localidad, ¿no es así?

—Sí. Su familia vive en una de las casas que están junto al embarcadero. Su padre trabaja en una de las granjas de la localidad… en la de Paterson, creo. La madre de la niña está aquí, en la fiesta. La señorita Brewis…, mi secretaria, podrá contárselo todo mucho mejor que yo. La señorita Brewis ha conseguido llevarse a la madre y está dándole tazas de té.

—Muy bien —aprobó el inspector—. Todavía no veo muy claro en todo esto, *sir* George. ¿Qué es lo que estaba haciendo la chica en la caseta de los botes? He oído decir que están persiguiendo a un asesino o buscando un tesoro o algo así.

Sir George hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Sí. A todos nos pareció una gran idea. Ahora no parece tan buena. Creo que la señorita Brewis podrá probablemente explicárselo a usted todo mucho mejor que yo. ¿Quiere que vaya a buscarla? A no ser que quiera usted saber antes alguna cosa más.

—Por el momento, no, *sir* George. Puede ser que más tarde tenga que hacerle más preguntas. Quiero ver a algunas personas, a usted, a *lady* Stubbs y a los que encontraron el cadáver. Creo que una de las personas que lo encontraron es la novelista que organizó esta Persecución del Asesino, como usted la llama.

—Exacto. La señora Oliver, Ariadne Oliver.

El inspector alzó ligeramente las cejas.

—¡Ah… ella! —dijo—. Se venden mucho sus libros. Yo mismo he leído muchos de ellos.

—Está un poco disgustada —dijo *sir* George— y con razón, claro. Le diré que usted la necesita, ¿no? No sé dónde está mi mujer. Parece que ha desaparecido hace un rato. Debe de andar por ahí, entre esas dos o trescientas personas… No es que pudiera decirles gran cosa. Quiero decir, de la chica y todo eso. ¿A quién quiere ver primero?

—Creo que a su secretaria, la señorita Brewis, y después a la madre de la chica.

Sir George asintió y salió de la habitación.

Robert Hoskins, agente de la policía local, abrió la puerta para que pasara *sir* George y la cerró después que hubo salido. Luego hizo una declaración espontánea, un comentario a una de las observaciones de *sir* George.

—*Lady* Stubbs está un poco mal de aquí —dijo tocándose la frente—. Por eso dijo que no sería de gran ayuda. Está chiflada.

—¿Es acaso una chica de aquí?

—No. Extranjera, de no sé dónde. Algunos dicen que no es blanca del todo, pero yo no lo creo. Bland movió afirmativamente la cabeza. Se quedó un momento en silencio, jugando con el lápiz sobre una hoja de papel que había frente a él. Luego hizo una pregunta extraoficial.

—¿Quién la mató, Hoskins? —dijo.

Si alguien podía tener alguna idea sobre los antecedentes del caso, pensó Bland, ese alguien era Hoskins. Hoskins era un hombre de mentalidad inquisitiva, que se interesaba mucho por todo y por todos. Tenía una mujer muy criticona y eso, unido a su posición como policía, le proporcionaba vasta información privada.

Hoskins empezó:

—Un extranjero, creo yo. Nadie aquí lo hubiera hecho. Son buena gente los Tucker. Una familia agradable y respetable. Son nueve, en conjunto. Dos de las chicas mayores están casadas; un chico en la Marina; el otro está haciendo el servicio, otra chica está en una peluquería, en Torquay… Quedan en casa tres más pequeños, dos chicos y una chica —se quedó en silencio, pensando —. Ninguno de ellos es lo que se llama brillante, pero la señora Tucker tiene la casa muy bien, limpia como una patena… Era la más joven de once hermanos. Vive con ella su padre, que es ya muy viejo.

Bland recibió en silencio toda esa información. Hoskins, en su lenguaje peculiar, le había dado una descripción exacta de la posición social y el modo de vivir de los Tucker.

—Por eso digo lo de que ha sido un extranjero —continuó Hoskins—. Uno de esos que paran en el Albergue Juvenil de Hoodown, lo más probable. Algunos de ellos son muy raros y se dicen muchas cosas. Se sorprendería usted si supiera lo que les he visto hacer entre los matorrales y en el bosque. Poco más o menos

como lo que pasa en los coches parados a lo largo del parque.

Hoskins era un especialista en el tema de «habladurías escandalosas». Su conversación giraba en gran parte sobre ese tema cuando, en sus ratos libres de servicio, tomaba su cerveza en el bar «El Toro y el Oso». Bland dijo:

—No creo que haya sido… bueno, nada por el estilo. Claro que el doctor nos lo dirá, cuando termine de examinar el cadáver.

—Sí, señor, es cosa suya, naturalmente. Pero lo que yo digo es que con los extranjeros nunca se sabe. De pronto, pueden volverse muy raros.

El inspector Bland suspiró, pensando que no era tan fácil como eso. Al policía Hoskins le resultaba muy cómodo echarle la culpa a «los extranjeros». La puerta se abrió y entró el médico.

—Ya terminé la faena —observó—. ¿Se la van a llevar ahora? Los otros equipos han terminado ya, también.

—El sargento Cottrell se ocupará de eso —dijo Bland—. Bueno, doctor, ¿qué ha encontrado usted?

—Es de lo más sencillo —dijo el médico—. No hay complicaciones. La estrangularon con un trozo de cuerda de tender la ropa. Nada más simple ni más sencillo. No hubo la menor lucha. Yo creo que la chica no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo hasta que ya había ocurrido.

—¿Hay alguna señal de que haya sido atropellada?

—Ninguna. No ha sido atropellada, ni forzada ni nada por el estilo.

—¿No es probable que se trate de un crimen sexual entonces?

—No lo creo, no —y añadió—: No me parecía una chica muy atractiva.

—¿Le gustaban los chicos?

Bland dirigió esta pregunta a Hoskins.

—No creo que a ellos les interesara mucho —dijo Hoskins—, aunque acaso a ella no le desagradara despertar su interés.

—Quizá —concedió Bland. Recordó el montón de «tebeos» de la caseta de los botes y las anotaciones hechas al descuido en los márgenes: «Johnny sale con Kate», «Georgie Porgie besa a las excursionistas en el bosque». Parecía como si la chica le gustara imaginar esas cosas. Sin embargo, en conjunto, parecía poco probable que la muerte de Marlene tuviera un matiz sexual. Claro

que nunca se sabía… Había que contar siempre con esos asesinos extraños, hombres con un deseo oculto de matar, especializados en chiquillas. Puede que hubiera uno de ésos en aquel lugar, aquel verano. Casi se convenció de que *tenía* que ser así, porque de otro modo no veía qué motivo podía haber para un asesinato tan sin objeto. «Sin embargo —pensó—, estamos sólo en el principio. Será mejor que oiga lo que esa gente tenga que decirme».

—¿A qué hora cree usted que la mataron? —preguntó el inspector.

El doctor echó una ojeada al reloj de sobremesa y a su propio reloj.

—Acaban de dar las cinco y media ahora —dijo—. Digamos que la he visto a las cinco y veinte… llevaría muerta alrededor de una hora. Aproximadamente, claro. Diremos entre las cuatro y las cinco menos veinte. Si después de la autopsia puedo decirles algo más, se lo comunicaré —y añadió—: A su debido tiempo, tendrán ustedes el informe detallado. Ahora me voy a la ciudad. Tengo que ver en seguida a algunos enfermos.

Salió de la habitación y el inspector Bland le pidió a Hoskins que fuera a buscar a la señorita Brewis. Su espíritu se animó un poco cuando entró la señorita Brewis en la habitación. En seguida supo que en ella encontraría eficiencia. Conseguiría respuestas claras a sus preguntas, horas exactas y no embrollos.

—La señora Tucker está en mi salita —dijo la señorita Brewis, mientras tomaba asiento—. Le he dado la noticia y le he preparado una taza de té. Naturalmente, está trastornada. Quería ver el cadáver, pero le he dicho que era mucho mejor que no lo hiciera. El señor Tucker sale del trabajo a las seis y ha quedado en venir aquí. Ya he dispuesto que lo busquen y lo traigan aquí en cuanto llegue. Los pequeños están todavía en la fiesta y hay una persona encargada de vigilarlos.

—¡Excelente! —aprobó el inspector Bland—. Creo que antes de ver a la señora Tucker prefiero oír lo que usted y *lady* Stubbs tengan que decirme.

—No sé dónde está *lady* Stubbs —dijo la señorita Brewis con acritud—. Me figuro que se aburriría en la fiesta y andará vagando por ahí, pero no creo que pueda decirle nada que no pueda decirle yo. ¿Qué es exactamente lo que quiere usted saber?

—Primero, quiero conocer todos los detalles de esta Persecución del Asesino y de cómo esta chica, Marlene Tucker, entró a tomar parte en ella.

—Eso es muy sencillo.

Sucintamente y con claridad, la señorita Brewis explicó que se había pensado en la Persecución del Asesino como una atracción original para la fiesta, habiendo contratado a la señora Oliver, la famosa novelista, para que preparara todo el asunto, y le hizo un resumen de la trama.

—En un principio —explicó la señorita Brewis— iba a interpretar el papel de víctima la señora Alec Legge.

—¿La señora Alec Legge? —preguntó el inspector.

Hoskins insertó unas palabras explicativas.

—Ella y el señor Legge tienen alquilada la casa de los Lawder, esa casa rosada que está junto a Mill Creeks. Han venido hace un mes. La tienen por dos o tres meses.

—Ya. ¿Y dice usted que la señora Legge iba a ser la víctima? ¿Por qué se cambió la idea?

—Bueno, una noche la señora Legge nos leyó a todos las rayas de la mano y lo hizo tan bien que decidimos que una de las atracciones sería una tienda donde se leyera el porvenir; que la señora Legge se pondría un vestido oriental, se llamaría *Madame* Zuleika y leería las rayas de la mano por media corona. No creo que sea realmente ilegal, ¿verdad, inspector? Quiero decir que ya suele hacerse así en esta clase de fiestas.

El inspector Bland sonrió débilmente.

—El adivinar el porvenir, las rifas y todo eso, no son tomados lo bastante en serio, señorita Brewis —dijo—. De cuando en cuando tenemos que… ¡hum!, dar un escarmiento.

—Pero por lo general son ustedes discretos, ¿verdad? Bueno, así es como fue. La señora Legge convino en ayudarnos y tuvimos que buscar a otra persona para hacer de cadáver. Los exploradores locales nos estaban ayudando a montar la fiesta y creo que alguien insinuó que una de ellas nos vendría muy bien.

—¿Quién?

—Pues no lo recuerdo exactamente… Puede que haya sido la señora Masterton, la esposa del diputado. No, quizá fue el capitán Warburton… La verdad es que no puedo concretamente asegurarlo.

Pero, en cualquier caso, alguien lo propuso.

—¿Había alguna razón para escoger a esa chica en particular?

—No…; no lo creo. Sus padres son colonos de la finca, y la madre, la señora Tucker, viene algunas veces a ayudar en la cocina. No sé bien por qué la escogimos a ella. Probablemente fue el primer nombre que nos vino a la cabeza. Se lo propusimos y pareció agradarle mucho la idea.

—¿Tenía verdaderos deseos de interpretar ese papel?

—Sí, sí, yo creo que halagaba su vanidad. Era una chica bastante estúpida —continuó la señorita Brewis—. No hubiera podido interpretar un papel ni nada por el estilo. Pero todo esto era muy sencillo y a ella le parecía que le habían escogido entre las demás y eso le gustaba.

—¿Qué era exactamente lo que tenía que hacer?

—Tenía que estar en la caseta de los botes. Cuando oyera que alguien se acercaba a la puerta, tenía que tumbarse en el suelo, ponerse la cuerda alrededor del cuello y fingirse muerta.

La señorita Brewis hablaba con voz tranquila y práctica.

El hecho de que la chica que tenía que fingirse muerta hubiera sido encontrada muerta de verdad no parecía, de momento, afectarla emocionalmente.

—Un modo bastante aburrido de pasar la tarde, cuando podía haber estado en la fiesta —insinuó el inspector Bland.

—Sí, me figuro que en cierto sentido lo era —dijo la señorita Brewis—; pero no se puede tener todo, ¿verdad? Y a Marlene le encantaba la idea de ser el cadáver. Le hacía sentirse importante. Tenía un montón de periódicos para leer y entretenerse.

—¿Y también algo para comer? —dijo el inspector—. Observé que allá en la caseta había una bandeja, con un plato y un vaso.

—Sí, tenía un plato grande de pasteles y un refresco de frambuesa. Se los llevé yo misma.

Bland levantó hacia ella una mirada aguda.

—¿Se los llevó usted? ¿Cuándo?

—A media tarde.

—¿A qué hora, con exactitud? ¿Lo recuerda usted?

La señorita Brewis se quedó un momento pensando.

—Espere. Ya se había fallado el concurso infantil de trajes; hubo cierto retraso, *lady* Stubbs no aparecía, pero la señora Folliat ocupó

su lugar; conque todo salió bien… Sí, debe de haber sido, estoy casi segura, unos cinco minutos después de las cuatro cuando cogí la bandeja con los pasteles y el refresco.

—Y se los llevó usted misma a la caseta de los botes. ¿A qué hora llegó usted allí?

—Se tardan unos diez minutos en llegar allí… a eso de las cuatro y cuarto.

—¿Y a las cuatro y cuarto Marlene Tucker estaba viva?

—Sí, naturalmente —dijo la señorita Brewis—; y tenía mucho interés en saber los progresos de la gente en la persecución del asesino. Sentí no poder decírselo. Había estado muy ocupada con las atracciones, pero sí sabía que había entrado mucha gente en el concurso. Yo sabía de veinte o treinta personas, pero probablemente eran muchos más allí reunidos.

—¿Cómo encontró usted a Marlene cuando llegó a la caseta?

—Acabo de decírselo.

—No, no; no me refiero a eso. Quiero decir si estaba en el suelo, fingiéndose muerta, cuando usted abrió la puerta.

—No, no —dijo la señorita Brewis—; porque yo grité antes de llegar allí. Ella abrió la puerta y yo pasé la bandeja y la puse sobre la mesa.

—A las cuatro y cuarto —dijo Bland escribiendo—. Marlene Tucker estaba viva. Comprenderá usted señorita Brewis, que éste es un asunto muy importante. ¿Está usted completamente segura de las horas?

—No puedo estar completamente segura porque no miré el reloj, pero lo había mirado un poco antes, y eso es todo lo que puedo aproximarme —y añadió, vislumbrando de pronto la idea del inspector—. ¿Quiere usted decir que poco después…?

—No pudo haber sido mucho después, señorita Brewis.

—¡Vaya! —dijo la señorita.

Era una expresión bastante inapropiada, pero, sin embargo, descubrió muy bien la preocupación y el horror de la señorita Brewis.

—Y ahora dígame, señorita Brewis, cuando se dirigía usted a la caseta y cuando volvía usted a la casa, ¿encontró o vio a alguien cerca de la caseta de los botes?

La señorita Brewis se quedó considerando la cuestión.

—No —dijo—. No encontré a nadie. No hubiera sido difícil, desde luego, porque esta tarde la gente tiene acceso a todas partes. Pero, en general, prefieren quedarse por el césped y junto a los puestos de atracciones y todo eso. Les gusta dar vueltas por las huertas y los invernaderos, pero no tanto por el bosque como yo hubiera creído. La gente tiene una tendencia enorme a apiñarse demasiado en estas fiestas, ¿no lo cree usted así, inspector?

El inspector dijo que así era, probablemente.

—Aunque creo —dijo la señorita Brewis, como recordando de pronto— que había alguien en el templete.

—¿El templete?

—Sí, un templete blanco, construido hace sólo uno o dos años. Está a la derecha del camino, según se baja a la caseta de los botes. Había alguien allí. Una pareja, supongo. Alguien se reía y otra persona dijo susurrando «Ssssh».

—¿No sabe usted quiénes eran?

—No tengo ni idea. No puede verse el frente del templete desde el camino. Los lados y la parte de atrás son cerrados.

El inspector consideró el asunto durante unos segundos, pero no le pareció probable que la pareja —fueran quienes fueran— del templete tuviera importancia. Pero sería mejor averiguar quiénes eran porque quizás, a su vez, podían haber visto ellos a alguien que se dirigiera a la caseta de los botes o que viniera de ella.

—¿Y no había nadie más en el camino? ¿Nadie en absoluto? —insistió.

—Sí, ya comprendo lo que usted busca —dijo la señorita Brewis —. Sólo puedo asegurarle que yo no encontré a nadie. Pero claro, no tenía por qué. Quiero decir que si hubiera en el sendero alguien que no quisiera ser visto por mí, hubiera sido lo más fácil del mundo esconderse detrás de los rododendros. El camino tiene a los dos lados arbustos y rododendros. Si alguien que no debiera estar allí oyera venir a otras personas por el camino, podía desaparecer en un momento.

El inspector cambió de rumbo.

—¿Sabe usted algo de la chica que pueda sernos útil? —preguntó.

—En realidad, no sé nada de ella —dijo la señorita Brewis—. Creo que nunca había hablado con ella hasta esto de hoy. Es una de

las chicas a las que veo andar por ahí, la conozco de vista, pero eso es todo.

—¿Y no sabe usted nada de ella, nada que pueda sernos útil?

—No conozco motivo alguno para que nadie quisiera matarla —dijo la señorita Brewis—. Me parece incluso, no sé si me entiende, que es imposible que haya ocurrido semejante cosa. Lo único que se me ocurre es que, a una persona desequilibrada, el hecho de que fuera ella la víctima pueda haberla inducido a desear convertirla en una víctima auténtica. Pero hasta esa idea me parece una tontería traída por los pelos.

Bland suspiró.

—Bueno —dijo—. Supongo que será mejor que vea a la madre ahora.

La señora Tucker era una mujer delgada, de facciones enjutas, de pelo rubio y sin brillo, y nariz puntiaguda. Tenía los ojos enrojecidos, pero en aquel momento estaba tranquila y dispuesta a contestar a las preguntas del inspector.

—No es justo que ocurra una cosa así —dijo—. Lee uno estas cosas en los periódicos, pero que le haya ocurrido a nuestra Marlene…

—Lo siento mucho, muchísimo —dijo el inspector Bland suavemente—. Lo que quiero que haga usted es que se concentre todo lo que pueda y me diga si hay alguien que pueda haber tenido un motivo para hacerle daño a su hija.

—Ya he estado pensándolo —dijo la señora Tucker, sorbiéndose las lágrimas—. He pensado y requetepensado y no consigo nada. De cuando en cuando, Marlene tenía unas palabras con la maestra y se peleaba a veces con otros chicos o chicas, pero eran cosas sin importancia. No hay nadie que tuviera nada contra ella, nadie le habría hecho daño.

—¿Nunca le habló a usted de alguien que pudiera ser enemigo suyo?

—De cuando en cuando, Marlene decía tonterías, pero nada por ese estilo. Sólo hablaba de pinturas y peinados y cómo le gustaría arreglarse. Ya sabe usted cómo son las chicas. Era demasiado joven para pintarse los labios y ponerse todas aquellas porquerías, y su padre se lo dijo, y yo también. Pero eso es lo que hacía cuando conseguía algún dinero. Se compraba perfumes y barras de labios y

las escondía.

Bland hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Nada de todo aquello le ayudaba en sus pesquisas. Una adolescente bastante tonta, con la cabeza llena de artistas de cine y de *sex-appeal*… Había muchas Marlenes.

—No sé lo que dirá su padre —dijo la señora Tucker—. Vendrá de un momento a otro, pensando en divertirse. Es muy hábil en eso del tiro al coco.

De pronto perdió el control y empezó a sollozar.

—Si quiere que le diga mi opinión —dijo—, yo creo que fue uno de esos cochinos extranjeros del Albergue. Nunca acaba uno de conocer a esos extranjeros. Aunque la mayoría de ellos hablan con mucha educación, algunos llevan unas camisas horrorosas, con unas chicas pintadas, con esos bikinis, como los llaman. Y se ponen a tomar el sol en cualquier parte, desnudos de medio cuerpo para arriba… Todo eso no puede acabar bien. ¡Eso es lo que yo digo!

Sin dejar de llorar, la señora Tucker salió de la habitación escoltada por Hoskins. Bland se hizo la reflexión de que el prurito de la localidad, muy cómodo y probablemente muy antiguo, era el de atribuir todos los incidentes trágicos a «los extranjeros» en general.

Capítulo VIII

—Tiene una lengua muy viva —dijo Hoskins, cuando volvió—. Todo el día está regañando a su marido, y a su padre lo tiene en un puño. Me figuro que más de una vez le habrá dicho cosas desagradables a la chica y ahora no tiene sosiego pensando en ello. No es que a las chicas les moleste lo que sus madres les dicen. Les resbala todo que da gusto.

El inspector Bland puso fin a estas consideraciones generales y le dijo a Hoskins que fuera a buscar a la señora Oliver.

El inspector se sobresaltó un poco a la vista de la señora Oliver. No se esperaba nada tan voluminoso, tan morado y en semejante estado de emoción.

—Me siento horrible —dijo la señora Oliver, hundiéndose en una butaca enfrente de él—. Horrible —repitió la palabra.

El inspector hizo unos cuantos ruidos ambiguos y la señora Oliver continuó precipitadamente:

—Porque, ¿sabe? Es *mi* asesinato. ¡Yo la maté!

El inspector Bland tuvo un momento de sobresalto, en el que pensó que la señora Oliver estaba confesándose autora del crimen.

—No puedo comprender por qué se me ocurrió que la víctima fuera una yugoslava, casada con un investigador atómico —dijo la señora Oliver, pasándose las manos frenéticamente por su complicado peinado, lo que le dio un aspecto de haber bebido—. He sido una completa borrica. Podía igual haber sido el segundo jardinero, que no fuera lo que parecía, y no hubiera tenido la mitad de importancia, porque después de todo, los hombres se valen por sí mismos. Si no pueden valerse por sí mismos, por lo menos deben poder valerse por sí mismos, y en tal caso no me hubiera importado tanto. A los hombres los matan y a nadie le importa, es decir, a

nadie excepto a sus mujeres, a sus novias, a sus hijos, a gente así.

En este momento, el inspector tuvo una indigna sospecha en relación con la señora Oliver. A esto contribuyó el que llegara a su olfato un suave olor a coñac. Al volver a la casa, Hércules Poirot le había suministrado a su amiga este espléndido remedio contra las emociones.

—No estoy loca ni borracha —dijo la señora Oliver, adivinando por intuición sus pensamientos—, aunque me figuro que andando por ahí ese hombre que cree que bebo como un cosaco y que dice que todo el mundo lo dice, usted probablemente lo creerá también.

—¿Qué hombre? —preguntó el inspector, teniendo que saltar con la imaginación de la inesperada introducción en el drama del segundo jardinero a la de un hombre indeterminado.

—Un pecoso, con acento de Yorkshire —dijo la señora Oliver—. Pero, como le digo, no estoy loca ni borracha. Estoy conmocionada, eso es todo. Completamente *conmocionada*.

—Estoy seguro, señora, de que debe de haber sido muy triste para usted —dijo el inspector.

—Lo horrible del caso —dijo la señora Oliver— es que *quería* ser la víctima de un homicida sexual, y ahora me figuro que fue… que es…, ¿cómo tengo que decir? No sé cómo explicarme…

—Es completamente seguro que no se trata de un crimen sexual —dijo el inspector.

—¿No? —dijo la señora Oliver—. Bueno, gracias a Dios. Es decir, no sé. Puede que le hubiera disgustado menos de ese modo. Pero si no se trata de un crimen sexual, ¿por qué iba nadie a matar a Marlene, inspector?

—Tenía la esperanza —dijo el inspector— de que pudiera usted ayudarme a saberlo.

No había duda, pensó Bland, de que la señora Oliver había puesto el dedo en la llaga. ¿Por qué había de querer nadie matar a Marlene?

—No puedo ayudarle —dijo la señora Oliver—. No puedo imaginarme quién la habrá matado. Es decir, claro, puedo *imaginarlo*… puedo imaginar cosas ahora, en este mismo momento. Y aún podría hacer que parecieran razonables, pero naturalmente, ninguna de ellas será verdad. Quiero decir, que puede haber sido asesinada por alguien a quien le gusta simplemente matar a chicas

(pero eso es demasiado sencillo), y, además, demasiada coincidencia que hubiera alguien en la fiesta que quisiera matar a una chica. ¿Y cómo iba a enterarse de que Marlene estaba en la caseta de los botes? O puede ser que ella supiera algún amor secreto de alguna persona, o quizá que hubiera visto a alguien enterrar un cadáver una noche, o puede que hubiera reconocido a una persona que ocultaba su identidad, o puede que supiera el lugar donde se encontraba un tesoro escondido durante la guerra… O el hombre de la lancha puede haber tirado a alguien al río y ella haberlo visto desde la ventana de la caseta de los botes… o incluso puede haber llegado a su poder un mensaje en clave y no saber ni siquiera lo que significaba.

—¡Por favor! —el inspector alzó una mano. La cabeza le daba vueltas.

La señora Oliver se calló, obediente. Era evidente que podía haber seguido a ese ritmo durante algún tiempo, aunque al inspector le parecía que había considerado ya todas las posibilidades, probables o improbables. Del abundante manantial que se le ofrecía con tanta verborrea escogió una sola frase.

—¿Qué quiso usted decir, señora Oliver, con eso de «el hombre de la lancha»? ¿Es sólo que se imagina usted, acaso, un hombre en una lancha?

—Alguien me dijo que había venido en una lancha —dijo la señora Oliver—. No recuerdo quién. Quiero decir, el hombre de quien hablamos durante el desayuno…

—¡Por favor!

La voz del inspector era suplicante. Hasta entonces no había tenido idea de cómo eran los escritores de novelas policíacas. Sabía que la señora Oliver había escrito cuarenta y tantos libros. En aquel momento, le extrañaba mucho que no hubiera escrito ciento cuarenta. El inspector soltó en tono vivo una pregunta tajante:

—¿Qué es eso de un hombre durante el desayuno que vino en una lancha?

—No vino en una lancha a la hora de desayuno —dijo la señora Oliver—. Era un yate. Es decir, no es eso exactamente. Fue una carta.

—Bueno, ¿qué es lo que fue? —preguntó Bland—. ¿Un yate o una carta?

—Una carta —dijo la señora Oliver— para *lady* Stubbs. De un primo suyo en un yate. Y entonces ella se asustó muchísimo.

—¿Se asustó? ¿De qué?

—De él supongo —dijo la señora Oliver—. Todos lo vimos. Le tenía pánico y no quería que viniera y yo creo que por eso se esconde.

—¿Se esconde? —dijo el inspector.

—Bueno, no está en ningún sitio —dijo la señora Oliver—. Todos la han buscado. Y yo creo que está escondida porque tiene miedo y no quiere verlo.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó el inspector.

—Será mejor que lo pregunte a *monsieur* Poirot —dijo la señora Oliver—, porque él habló con él y yo no. Se llama Esteban… no, Esteban no, eso era en mi historia. De Sousa se llama, Étienne de Sousa.

Pero otro nombre había llamado la atención del inspector.

—¿Quién ha dicho usted? —preguntó—. ¿*Monsieur* Poirot?

—Sí. Hércules Poirot. Estábamos juntos, cuando encontramos el cadáver…

—Hércules Poirot… ¿Será posible que sea la misma persona? Un belga, bajito, con unos bigotes muy largos…

—Unos bigotes enormes —concedió la señora Oliver—. Sí. ¿Le conoce?

—Le conozco desde hace años. Era yo sargento.

—¿Le conoció usted en algún caso de asesinato?

—Sí. ¿Qué es lo que está haciendo aquí?

—Tenía que entregar los premios —dijo la señora Oliver.

Titubeó un segundo antes de contestar, pero el inspector no se percató de ello.

—¿Y estaba con usted cuando descubrió el cadáver? —dijo Bland—. ¡Hum! Me gustaría hablar con él.

—¿Voy a buscarlo?

La señora Oliver recogió, esperanzada, los pliegues morados de su vestido.

—¿No puede usted decir nada más, señora? ¿Nada que en su opinión pueda sernos útil?

—Creo que no —dijo la señora Oliver—. No sé nada. Como le decía, puedo imaginar motivos.

El inspector la cortó en seco. No deseaba oír ni una más de las soluciones imaginarias de la señora Oliver. Eran demasiado confusas.

—Muchas gracias, señora —dijo vivamente—. Le agradecería mucho que hiciera el favor de decirle a *monsieur* Poirot que venga a hablar conmigo.

La señora Oliver salió. Hoskins preguntó interesado:

—¿Quién es ese *monsieur* Poirot, inspector?

—Probablemente usted lo describiría como un payaso —dijo el inspector Bland—. Parece la parodia teatral de un francés, aunque en realidad es belga. Pero, a pesar de sus ridiculeces, tiene talento. Debe de ser ya muy mayor. Le vi hace tiempo.

—¿Y de ese De Sousa? —preguntó el agente—. ¿Cree usted que habrá algo en todo eso?

El inspector Bland no oyó la pregunta. Le preocupaba de pronto un hecho que, aunque repetido varias veces en su presencia, hasta entonces no lo registró su cerebro.

Primero había sido George, irritado y alarmado. «Mi mujer parece que ha desaparecido. No me explico dónde puede estar». Luego la señorita Brewis, despectiva: «No pudimos encontrar a *lady* Stubbs. Se aburría en la fiesta». Y ahora la señora Oliver, con su teoría de que se ocultaba.

—¿Eh? ¿Qué? —dijo distraído.

Hoskins se aclaró la garganta.

—Le preguntaba, señor, si cree usted que hay algo en todo ese asunto de De Sousa… quienquiera que sea.

Era evidente que al agente Hoskins le encantaba la idea de tener en el caso a un extranjero concreto, en lugar de una multitud de extranjeros. Pero el pensamiento del inspector Bland seguía un camino distinto.

—Necesito a *lady* Stubbs —dijo bruscamente—. Tráigamela. Si no está por ahí, búsquela.

Hoskins pareció un poco desconcertado, pero, obediente, salió de la habitación. En el umbral de la puerta se detuvo, retirándose un poco para dejar pasar a Hércules Poirot. Antes de cerrar la puerta, volvió la cabeza para mirar con cierto interés por encima del hombro.

—Supongo que no me recordará usted, *monsieur* Poirot —dijo

Bland, levantándose y extendiendo la mano.

—Claro que le recuerdo —dijo Poirot—. Es usted… espere un momento, sólo un momento. Es el joven sargento… sí, el sargento Bland, a quien conocí hace catorce… no, hace quince años.

—Exacto. ¡Qué buena memoria!

—Nada de eso. Si usted me recuerda, ¿por qué no había de recordarle yo a usted?

Hubiera sido difícil, pensó Bland, olvidar a Hércules Poirot, y no exclusivamente por razones halagüeñas.

—Conque aquí está usted, *monsieur* Poirot, ayudando una vez más en un asesinato.

—Tiene usted razón —dijo Poirot—. Me hicieron venir para ayudar.

—¿Le hicieron venir para ayudar?

Bland parecía desconcertado.

Poirot se apresuró a decir:

—Quiero decir que me pidieron que viniera para entregar los premios de la Persecución del Asesino.

—Eso me ha dicho la señora Oliver.

—¿No le dijo nada más? —Poirot hizo la pregunta aparentando indiferencia. Tenía verdaderos deseos de averiguar si la señora Oliver le había insinuado algo al inspector sobre el verdadero motivo que le había hecho insistir en el viaje de Poirot a Devon.

—¿Si me dijo algo más? Creí que no iba a acabar nunca de decirme cosas. Me dijo todos los motivos posibles e imposibles para el asesinato de la chica. Me puso la cabeza como un torbellino. ¡Puf! ¡Qué imaginación!

—Se gana la vida imaginando, *mon ami* —dijo Poirot.

—Mencionó a un hombre llamado De Sousa. ¿También imaginaciones suyas?

—No, eso es un hecho cierto.

—Hubo algo sobre una carta en el desayuno y un yate y subir al río en lancha. No tiene pies ni cabeza para mí.

Poirot se metió en explicaciones. Le habló de la escena ocurrida a la hora de desayunar, de la carta y del dolor de cabeza de *lady* Stubbs.

—La señora Oliver dijo que *lady* Stubbs estaba muy asustada. ¿También lo creyó usted así?

—Ésa era la impresión que me produjo, sí.

—¿Asustada por la llegada de su primo? ¿Por qué?

Poirot se encogió de hombros.

—No tengo idea. Lo único que me dijo es que era malo… un hombre malo. Es un poco simple, ¿sabe? Su inteligencia no es normal.

—Sí, ésa parece ser la opinión general. ¿No dijo por qué le tenía miedo a ese De Sousa?

—No.

—¿Pero cree usted que su miedo era auténtico?

—Si no lo era, es una actriz muy buena —dijo Poirot sencillamente.

—Empiezan a ocurrírseme algunas ideas extrañas con relación a este caso —dijo Bland. Se puso en pie y empezó a pasear, de un lado a otro de la habitación.

—Creo que la culpa la tiene esa maldita mujer.

—¿La señora Oliver?

—Sí. Me metió en la cabeza un montón de ideas melodramáticas.

—¿Y cree usted que pueden ser ciertas?

—Todas no, naturalmente, pero puede que una o dos de ellas no sean tan disparatadas como parecen. Todo depende…

Se calló de pronto al abrirse la puerta y entrar de nuevo el agente de policía Hoskins.

—No hay manera de encontrar a la señora, señor —dijo—. No está en ningún sitio.

—Ya lo sé —dijo Bland irritado—. Le he dicho que la encuentre.

—El sargento Farrel y Lorrimer están registrando la finca, señor —dijo Hoskins—. No está en la casa.

—Averigüe por el hombre que está en la puerta de la finca, cogiendo las invitaciones, si salió en coche o a pie.

—Sí, señor.

Hoskins salió de la habitación.

—Y averigüe cuándo y dónde fue vista por última vez —le gritó Bland.

—¡Conque ésa es la idea que tiene usted en la cabeza! —dijo Poirot.

—No tengo todavía ninguna idea —dijo Bland—; pero acabo de

caer en la cuenta de que una señora que debía estar en la finca no está en la finca… y quiero saber por qué. Dígame todo lo que sepa sobre ese señor De Sousa, o como se llame.

Poirot describió su encuentro con el joven que había llegado por el sendero que bajaba al embarcadero.

—Debe de estar todavía en la fiesta. ¿Le digo a *sir* George que quiere usted verlo?

—Hasta dentro de un momento, no —dijo Bland—. Quisiera primero averiguar algo más. ¿Cuándo vio usted a *lady* Stubbs por última vez?

Poirot hizo retroceder su imaginación. No le resultaba difícil recordar con exactitud. Recordaba haber vislumbrado vagamente su figura alta, vestida de color ciclamen, con el sombrero negro, moviéndose por el campo, hablando con la gente, deteniéndose aquí y allá; de cuando en cuando había oído su risa extraña y ruidosa, sobresaliendo entre los demás ruidos confusos.

—Creo —dijo inseguro— que debe haber sido no mucho antes de las cuatro.

—¿Y dónde y con quién estaba entonces?

—Estaba en medio de un grupo de personas, cerca de la casa.

—¿Estaría allí cuando llegó De Sousa?

—No recuerdo. No creo; por lo menos, yo no la vi. *Sir* George le dijo a De Sousa que su esposa no podía estar lejos. Recuerdo que parecía sorprendido de que no estuviera en el concurso infantil de trajes. Tenía que formar en el jurado.

—¿Qué hora era cuando llegó De Sousa?

—Debían ser alrededor de las cuatro y media, creo. No miré el reloj, conque no puedo decírselo con exactitud.

—¿Y *lady* Stubbs había desaparecido antes de que él llegara?

—Eso parece.

—Posiblemente se escapó, para no encontrarse con él —sugirió el inspector.

—Posiblemente —convino Poirot.

—Bueno, no puede haber ido lejos —dijo Bland—. Tenemos que encontrarla fácilmente, y cuando la encontremos…

Se calló de pronto.

—¿Y si no la encuentran?

La voz de Poirot, al hacer la pregunta, tenía una curiosa

entonación.

—¡Tonterías! —dijo el inspector con firmeza—. ¿Por qué? ¿Qué cree usted que le ha ocurrido?

Poirot se encogió de hombros.

—¡Qué le ha ocurrido! Cualquiera lo sabe. ¡Lo único que sabemos es que ha… ha desaparecido!

—¡Caramba *monsieur* Poirot, lo pone usted de un modo que resulta siniestro!

—¡Puede que *sea* siniestro!

—Lo que estamos investigando es el asesinato de Marlene Tucker —dijo el inspector con severidad.

—Claro está. Entonces…, ¿por qué ese interés por De Sousa? ¿Cree usted que ha matado a Marlene Tucker?

El inspector Bland contestó con un despropósito:

—¡Es esa mujer!

Poirot sonrió.

—¿Se refiere usted a la señora Oliver?

—Sí. Mire, *monsieur* Poirot, el asesinato de Marlene Tucker no tiene sentido. No tiene el menor sentido. Una chica vulgar, bastante tonta, aparece estrangulada y sin el menor asomo de motivo.

—¿Y la señora Oliver le ha proporcionado a usted un motivo?

—¡Una docena de motivos, por lo menos! Entre ellos, indicó que Marlene podía tener conocimiento de un amor secreto de alguien, o que Marlene podía haber presenciado un asesinato, o acaso, sabía el lugar donde estaba escondido un tesoro, o que podía haber visto, desde la ventana de la caseta de los botes, cómo De Sousa hacía algo, cuando subía el río en la lancha.

—¡Ah! ¿Y cuál de todas esas tonterías le atrae a usted, *mon cher*?

—No lo sé. Pero no puedo dejar de pensar en ellas. Escuche, *monsieur* Poirot. Ponga toda su atención. Por lo que le dijo *lady* Stubbs esta mañana, ¿cree usted que tenía miedo de la llegada de su primo porque quizá podía saber algo de ella que no quisiera que llegara a oídos de su marido o que se tratara de un miedo personal y directo del hombre en sí?

Poirot no dudó.

—Yo creo que se trata de un miedo personal y directo del hombre en sí —contestó.

—¡Hum! —dijo el inspector Bland—. Bueno, será mejor que

hable unas palabras con ese joven, si es que todavía anda por aquí.

Capítulo IX

1

Aunque no tenía contra los extranjeros ninguno de los arraigados prejuicios de Hoskins, al inspector Bland le desagradó inmediatamente Étienne De Sousa. La refinada elegancia del joven, el perfecto corte de su traje, el penetrante perfume de su cabello untado de brillantina, todo se unía para irritar al inspector.

De Sousa se mostraba muy seguro de sí mismo, muy tranquilo. También, aunque decorosamente velado, mostraba cierto regocijo despectivo.

—Tiene uno que reconocer —dijo— que la vida está llena de sorpresas. Llego en viaje de placer, admiro la belleza del paisaje, vengo a pasar la tarde con una primita a quien hace años que no veo, y ¿qué es lo que ocurre? Primero me veo envuelto en una especie de carnaval, con cocos que pasan silbando junto a mi cabeza, e inmediatamente después, pasando de la comedia a la tragedia, estoy metido en un asesinato.

Encendió un cigarrillo, aspiró profundamente el humo y comentó:

—Claro que este asesinato no me concierne en absoluto. La verdad es que no me explico por qué quiere usted entrevistarse conmigo.

—Usted es un extranjero que llega…

De Sousa le interrumpió.

—Y los extranjeros son sospechosos por necesidad. ¿No es eso?

—No, no; nada de eso, señor. No, no me ha comprendido usted. Según creo, su yate está anclado en Helmmouth, ¿no es verdad?

—Así es.

—¿Y subió usted el río esta tarde en una lancha motora?

—También es cierto.

—Cuando remontaba usted el río, ¿vio a su derecha una pequeña caseta para botes, proyectada sobre el agua, con techo de paja y un pequeño muelle debajo?

De Sousa echó hacia atrás su hermosa cabeza morena y frunció el ceño, reflexionando.

—Espere un momento…, había una caleta y una casa pequeña con tejado gris.

—Más arriba, señor De Sousa. Rodeada de árboles.

—Ah, sí; ya recuerdo. Un sitio muy pintoresco. No sabía que fuera el embarcadero de esta casa. De haberlo sabido hubiera amarrado mi bote y desembarcado allí. Cuando pregunté la dirección, me dijeron que subiera hasta el barco y desembocara en el muelle que hay allí.

—Exacto. ¿Y eso es lo que usted hizo?

—Eso es lo que hice.

—¿No bajó usted a tierra en la caseta de los botes o cerca de ella?

De Sousa negó con la cabeza.

—¿Vio usted a alguien en la caseta, al pasar?

—¿Si vi a alguien? No. ¿Tenía que haber visto a alguien?

—Era únicamente una posibilidad. Mire, señor De Sousa, la chica asesinada estaba en la caseta esta tarde. Allí la asesinaron y el hecho debió cometerse aproximadamente a la hora en que usted pasó por allí.

De nuevo alzó De Sousa las cejas.

—¿Cree usted entonces que pude haber presenciado el asesinato?

—El asesinato se cometió dentro de la caseta, pero podía haber visto usted a la chica, que podía haberse asomado a la ventana o salido al balcón. Si la hubiera visto, por lo menos hubiéramos podido saber con mayor exactitud la hora de su muerte. Si cuando usted pasó por allí estaba todavía viva…

—¡Ah, ya comprendo! Sí, comprendo. Pero ¿por qué preguntarme precisamente *a mí*? Hay muchos botes que suben y bajan por el río de Helmmouth a aquí. Barcos de recreo. Están pasando continuamente. ¿Por qué no les pregunta a ellos?

—Ya les preguntaremos a ellos —dijo el inspector—. Descuide, que ya les preguntaremos. Entonces ¿debo entender que no ha visto usted nada fuera de lo normal en la caseta de los botes?

—Nada en absoluto. No había nada que indicara que había alguien dentro. Naturalmente, no miré a la caseta con gran atención, y tampoco pasé muy cerca. Puede que hubiera alguien mirando por la ventana, como usted sugiere, pero, si fue así, yo no he visto a esa persona —y añadió cortésmente—: Siento mucho no poder ayudarle.

—Bueno —dijo el inspector en tono amistoso—; no hay que hacerse demasiadas ilusiones. Hay unas cuantas cosas que quisiera saber, señor De Sousa.

—Diga.

—¿Ha venido usted solo en este crucero o está con algunos amigos?

—Han estado conmigo amigos hasta hace muy poco, pero desde hace tres días estoy solo… con la tripulación, por supuesto.

—¿Y cómo se llama su yate, señor De Sousa?

—*Espérance*.

—Según tengo entendido, *lady* Stubbs es prima suya.

De Sousa se encogió de hombros.

—Prima lejana, No muy próxima. Tenga usted en cuenta que en las islas hay muchos matrimonios entre parientes. Todos somos primos unos de otros. Hattie es prima segunda o tercera. No la veo desde que era una completa chiquilla, de catorce a quince años.

—¿Y pensó usted hacerle hoy su visita sorpresa?

—Visita *sorpresa* no, inspector. Le había escrito diciéndoselo.

—Ya sé que ha recibido una carta de usted esta mañana, pero fue para ella una sorpresa el saber que se encontraba en el país.

—No, inspector; se equivoca usted. Le escribí a mi prima… espere un momento, hace tres semanas. Le escribí desde Francia, poco antes de salir para aquí.

El inspector se sorprendió.

—¿Le escribió usted desde Francia, diciéndole que tenía intención de visitarla?

—Sí. Le dije que estaba de viaje en mi yate y que probablemente llegaría a Torquay o Helmmouth alrededor de esta fecha y que le haría saber más tarde la fecha exacta de mi llegada.

El inspector Bland le miró fijamente. Esta declaración estaba en completo desacuerdo con lo que le habían dicho sobre la llegada de la carta de Étienne De Sousa a la hora de desayunar. Más de un testigo había declarado que *lady* Stubbs al enterarse del contenido de la carta, se había disgustado y alarmado, mostrando claramente su miedo. De Sousa le devolvió la mirada sin perder la calma. Sonriendo ligeramente, se quitó de la rodilla una mota de polvo.

—¿Contestó *lady* Stubbs a su primera carta? —preguntó el inspector.

De Sousa dudó unos segundos antes de contestar. Luego respondió:

—Es tan difícil de recordar… No, creo que no. Pero no era necesario. Yo estaba viajando, sin dirección fija. Y además, no creo que a mi prima Hattie le guste mucho escribir. No es muy inteligente, aunque creo que se ha convertido en una mujer muy guapa.

—¿No la ha visto usted todavía? —Bland lo dijo en forma de pregunta, y De Sousa mostró los dientes en una agradable sonrisa.

—Creo que ha desaparecido del modo más inexplicable —dijo—. No hay duda de que esta *espèce* de gala la aburre.

Escogiendo con cuidado su palabras, dijo Bland:

—¿Tiene usted algún motivo para creer, señor De Sousa, que su prima podía querer evitarle a usted por alguna razón?

—¿Qué motivo iba a tener para ello?

—Eso es lo que me pregunto yo, señor De Sousa.

—¿Cree usted que Hattie se ha ausentado de la fiesta para no encontrarse conmigo? ¡Qué idea más absurda!

—¿No tenía, que usted sepa, ningún motivo para… digamos, tener miedo de usted?

—¿Miedo… *de mí*? —De Sousa se mostraba incrédulo y divertido —. ¡Permítame que le diga, inspector, que ésa es una idea fantástica!

—¿Ha estado usted siempre en buenas relaciones con ella?

—Ya se lo he dicho a usted. No he tenido relaciones con ella. No la veo desde que era una joven chiquilla de catorce años.

—Sin embargo, viene usted a verla, cuando viene a Inglaterra.

—Ah, vi una nota sobre ella en una de sus revistas de sociedad. Mencionaba su nombre de soltera y que estaba casada con un

acaudalado inglés y pensé: «Tengo que ver qué tal está la pequeña Hattie; a ver si ahora le rige la cabeza mejor que antes». —Se encogió nuevamente de hombros—. Fue una mera cortesía entre primos. Curiosidad… nada más que eso.

De nuevo el inspector se quedó mirando a De Sousa. ¿Qué habría tras la máscara burlona y serena? Adoptó un tono más confidencial.

—¿No podría usted decirme algo más sobre su prima? ¿Su carácter, sus reacciones?

De Sousa mostró una sorpresa cortés.

—La verdad…, ¿tiene eso algo que ver con el asesinato de la chica en la caseta de los botes, que, según creo, es el asunto que le ocupa?

—Puede tener relación —dijo el inspector Bland.

De Sousa observó al inspector en silencio durante unos pocos segundos. Luego dijo encogiéndose de hombros:

—Nunca conocí bien a mi prima. Era uno de tantos parientes en una larga familia y no de los más interesantes para mí. Pero, en respuesta a su pregunta, le diré que, aunque mentalmente deficiente, nunca, que yo sepa, tuvo mi prima tendencias homicidas.

—Por favor, señor De Sousa, yo no he insinuado semejante cosa.

—¿No? No estoy seguro. No veo qué otra razón puede usted tener para hacer esa pregunta. No; a menos que Hattie haya cambiado mucho, no es homicida. —Se levantó—. Estoy seguro, inspector, de que no puede usted desear preguntarme nada más. Lo único que me queda es desearle mucho éxito y que encuentre usted al asesino.

—Supongo, señor De Sousa, que no pensará usted marcharse de Helmmouth hasta dentro de un par de días.

—Habla usted con mucha cortesía. ¿Es una orden?

—Solamente un ruego, señor.

—Gracias. Tengo intención de quedarme en Helmmouth dos días. *Sir* George ha tenido la amabilidad de pedirme que me quede en su casa, pero prefiero quedarme en el *Espérance*. Si desea usted preguntarme algo más será allí donde me encuentre.

Hizo una inclinación cortés.

Hoskins le abrió la puerta y De Sousa salió de la habitación.

—¡Qué tipo más pelotillero! —murmuró el inspector.

—Sí —dijo Hoskins de completo acuerdo.

—Supongamos que *lady* Stubbs tiene manía homicida —continuó el inspector para sí—. ¿Por qué iba a atacar a una chica tan vulgar? No tiene sentido.

—Con las personas chifladas, nunca se sabe —dijo el policía Hoskins.

—La cuestión es saber el grado de su chifladura.

Hoskins movió la cabeza con suficiencia.

—Apuesto algo a que tiene un coeficiente de inteligencia mínimo.

El inspector le miró irritado.

—No repita como un loro esos términos modernistas. Me importa poco si su coeficiente de inteligencia es alto o bajo. Lo único que me importa es saber si es una de esas mujeres que encontrarían divertido, o apetecible o necesario poner una cuerda alrededor del cuello de una niña y estrangularla. Y, en cualquier caso, ¿dónde diablos está la mujer? Salga y entérese de si Frank ha hecho ya algún progreso en su búsqueda.

Hoskins obedeció y salió de la habitación para volver momentos después con el sargento Cottrell, un joven activo, con muy buena opinión de sí mismo, que siempre se las arreglaba para irritar a su superior. El inspector Bland prefería con mucho la sabiduría campesina de Hoskins a los aires de sabelotodo de Frank Cottrell.

—Seguimos registrando la finca, señor —dijo Cottrell—. La señora no ha salido por la puerta del jardín; estamos completamente seguros. Es el segundo jardinero el que está allí dando las entradas y recogiendo el dinero. Jura que no ha salido.

—Supongo que habrá otros sitios por donde salir, además de la puerta principal, ¿no es así?

—Sí, señor. Hay el sendero que baja hasta el bote, pero el viejo que está allí, Merdell se llama, está también completamente seguro de que no ha salido por allí. Debe tener cerca de cien años, pero me parece de fiar. Describió con claridad la llegada en la lancha del señor extranjero y cómo preguntó el camino de Nasse House. El viejo le dijo que tenía que subir por la carretera hasta la puerta principal y pagar la entrada. Pero dijo que el señor parecía no saber nada de la verbena y que había dicho que era un pariente de la familia. Conque el viejo le indico el camino que atraviesa los

bosques. Parece ser que Merdell anduvo rondando por el embarcadero toda la tarde, conque es bastante seguro que habría visto a *lady* Stubbs, si hubiera salido por aquel lado. Luego hay una salida arriba, que lleva a Hoodown Park, atravesando los campos, pero ha sido cerrada con tela metálica, por causa de los intrusos, conque, no pudo salir por allí. Parece probable que siga por aquí, ¿verdad?

—Parece ser —dijo el inspector—; pero no hay nada que le impida pasar por debajo de una valla y marcharse a través de los campos, ¿verdad? Creo que *sir* George sigue quejándose de los que se meten en su finca, desde el Albergue. Si ellos pueden entrar también podrán salirse del mismo modo, supongo.

—Sí, señor; sin duda alguna, señor. Pero he hablado con su doncella, señor. Lleva puesto —Cottrell consultó un papel que llevaba en la mano— un vestido de crepé georgette de color ciclamen (aunque no sé qué es eso), un gran sombrero negro, zapatos negros de corte salón con tacones de unos diez centímetros… No son las cosas que se pone uno para una carrera a campo través.

—¿No se mudó la ropa?

—No. Le pregunté a la doncella. No falta nada, nada en absoluto. No se llevó una maleta ni nada por el estilo. Ni siquiera se cambió los zapatos. Todos sus zapatos están allí.

El inspector Bland frunció el ceño. Se le estaban ocurriendo posibilidades desagradables. Dijo en tono cortante:

—Tráigame otra vez a la secretaria… Bruce, o como se llame…

2

La señorita Brewis parecía, al entrar, más irritada que de costumbre y respiraba con cierta dificultad.

—¿Me llamaba usted, inspector? —dijo—. Si no es urgente, *sir* George se encuentra excitadísimo y…

—¿Por qué está excitadísimo?

—Acaba de darse cuenta de que *lady* Stubbs ha… bueno, ha desaparecido de verdad. Le he dicho que probablemente lo que pasa

es que se habrá ido a dar un paseo por el bosque o algo por el estilo, pero se le ha metido en la cabeza que le ha ocurrido algo. Es absurdo.

—Puede que no sea tan absurdo, señorita Brewis. Después de todo esta tarde… se ha cometido un asesinato aquí.

—¿No creerá usted que *lady* Stubbs…? ¡Eso es ridículo! *Lady* Stubbs sabe cuidarse.

—¿Sí?

—¡Claro que sí! Es una mujer hecha y derecha.

—Pero indefensa.

—No tanto —dijo la señorita Brewis—; a *lady* Stubbs le conviene de cuando en cuando hacer el papel de tonta e indefensa cuando no quiere hacer una cosa. ¡Puede engañar a su marido, pero a *mí* no me engaña!

—No la quiere usted mucho, ¿verdad, señorita Brewis? —preguntó Bland con interés amable.

La señorita Brewis apretó los labios:

—No estoy aquí para quererla o no quererla —dijo.

La puerta se abrió de golpe y entró *sir* George.

—¡Escuchen —cortó violentamente— tienen ustedes que hacer algo! ¿Dónde está Hattie? Tienen ustedes que encontrar a Hattie. ¡No sé qué diablos pasa hoy por aquí! Esta maldita fiesta… Algún loco homicida pagó su media corona y se metió aquí, con aspecto de ser como los demás, y se pasó la tarde matando gente. Eso es lo que yo creo.

—No creo que sea necesario exagerar tanto las cosas, *sir* George.

—Usted está tan a gusto ahí sentado, detrás de la mesa y escribiendo. Pero yo quiero que me devuelvan a mi mujer.

—Están registrando la finca, *sir* George.

—¿Por qué no me dijo alguien que había desaparecido? Parece ser que hace dos horas que falta. Me pareció extraño que no se presentara a juzgar el concurso infantil de trajes, pero nadie me dijo que había desaparecido.

—Nadie lo sabía.

—Pues alguien debía haberlo sabido. Alguien debía de haberse dado cuenta.

Se volvió hacia la señorita Brewis.

—Debía haberlo sabido usted, Amanda; usted se ocupaba de que

todo estuviera bien.

—No puedo estar en todas partes —dijo la señorita Brewis. Parecía como si fuera a echarse a llorar—. Tengo que ocuparme de demasiadas cosas. Si a *lady* Stubbs le apeteció marcharse…

—¿Marcharse? ¿Por qué había de marcharse? No tenía ningún motivo para marcharse, a no ser que no quisiera encontrarse con ese tipo moreno.

Bland agarró la oportunidad que se presentaba.

—Hay algo que quiero preguntarle —dijo—; ¿recibió su esposa hace unas tres semanas una carta del señor De Sousa, diciéndole que venía a este país?

Sir George se quedó pasmado.

—No; desde luego que no.

—¿Está usted seguro?

—Completamente seguro. Hattie me lo hubiera dicho. Ella se disgustó y asustó muchísimo cuando recibió su carta esta mañana. Fue una sorpresa enorme para ella. Estuvo echada la mayor parte de la mañana con dolor de cabeza.

—¿Qué fue lo que le contó a usted en privado sobre la visita de su primo? ¿Por qué tenía tanto miedo a encontrarse con él?

Sir George apareció turbado.

—¡Maldito si lo sé! —dijo—. No hacía más que decir una y otra vez que era malo.

—¿Malo? ¿En qué sentido?

—No habló muy claro. Lo único que hizo fue seguir diciendo, como una niña, que era un hombre malo, y que no quería que viniera aquí. Dijo que había hecho cosas malas.

—¿Que había hecho cosas malas? ¿Cuándo?

—Ah, hace mucho tiempo. Me figuro que este Étienne De Sousa sería la oveja negra de la familia y que Hattie habría oído trozos de conversación sobre él, sin entender muy bien de qué se trataba. Y de resultas de eso, le tiene verdadero horror. Yo consideré que se trataba tan sólo de una reminiscencia de la infancia. Mi mujer es infantil a veces. Unas cosas le gustan y otras le disgustan, pero no puede explicar por qué.

—¿Está usted seguro, *sir* George, de que no concretó nada?

Sir George parecía incómodo.

—No quisiera que tuviera usted en cuenta lo que… lo que ha

dicho.

—Entonces, ¿dijo algo?

—Está bien. Se lo diré. Lo que dijo es… y lo dijo varias veces: «Mata a la gente».

Capítulo X

1

—Mata a la gente —repitió el inspector Bland.

—No creo que deba usted tomarlo demasiado en serio —dijo *sir* George—. Ella repitió una y otra vez «mata a la gente», pero no pudo decirme a quién había matado, ni cuándo, ni por qué. Me pareció que sería un recuerdo extraño de la infancia, algún problema con los indígenas, algo por el estilo.

—Dice usted que no pudo decir nada concreto. ¿Quiere usted decir que *no pudo*, *sir* George, o sería que *no quiso*?

—No creo… —se interrumpió—. No sé. Me confunde usted. Como le digo, no tomé en serio nada de eso. Pensé que a lo mejor ese primo le había fastidiado un poco de pequeña… algo así. Es difícil de explicárselo a usted, porque no conoce a mi esposa. Yo la quiero muchísimo, pero muchas veces no escucho lo que habla porque no tiene el menor sentido. En cualquier caso, este De Sousa no puede tener nada que ver con todo esto. No me diga que baja de su lancha y va derecho al bosque a matar a una pobre chica exploradora en la caseta de los botes ¿Por qué había de hacer semejante cosa?

—No he insinuado que haya ocurrido nada por el estilo —dijo el inspector Bland—, pero tiene usted que darse cuenta, *sir* George, de que en el campo en el que hay que buscar el asesino de Marlene Tucker es más reducido de lo que uno pensara a primera vista.

—¡Reducido! —*sir* George se le quedó mirando—. Tiene usted que buscarlo entre la gente de la maldita fiesta, ¿eh? Unas doscientas o trescientas personas… Cualquiera de ellas puede ser el asesino.

—Sí, eso creí yo en un principio, pero, sabiendo lo que ahora sé, es difícil que haya ocurrido así. La caseta de los botes tiene una cerradura «Yale». Nadie puede haber entrado desde fuera sin una llave.

—Bueno, había tres llaves.

—Exacto. Una llave era la última pista de esa Persecución del Asesino. Todavía está escondida en el paseo de las hortensias, en la parte más alta del jardín. La segunda llave estaba en poder de la señora Oliver, la organizadora de la Persecución del Asesino, ¿dónde está la tercera llave, *sir* George?

—Tenía que estar en el cajón del escritorio ante el que usted se sienta. No, el de la derecha, junto con un montón de los demás duplicados de la finca.

Se acercó al escritorio y rebuscó en el cajón.

—Sí. Aquí está.

—Ya ve usted —dijo el inspector Bland—. ¿Qué significa esto? Las únicas personas que podían haber entrado en la caseta eran, primero, la persona que hubiera llegado al final de la Persecución del Asesino y encontrado la llave (lo cual, que yo sepa, no ha ocurrido). Segundo, la señora Oliver o alguien de la casa, a quien puede haber dejado su llave; y, tercero, alguien a *quien Marlene hubiera abierto la puerta*.

—Bueno, en ese último apartado puede entrar cualquiera, ¿no es así?

—Nada de eso —dijo el inspector Bland—. O no he entendido el asunto éste de la Persecución del Asesino o, cuando la chica oyera a alguien que se acercara a la puerta, tenía que echarse en el suelo e interpretar el papel de la víctima, esperando a ser descubierta por la persona que hubiera encontrado la última pista, la llave. En su consecuencia, como usted mismo puede ver, las únicas personas a quienes hubiera abierto la puerta, si la hubieran llamado desde fuera, pidiéndole que lo hiciera, *serían las que habían preparado la Persecución del Asesino*. Los que viven en esta casa, es decir, usted, *lady* Stubbs, la señorita Brewis, la señora Oliver… posiblemente *monsieur* Poirot, a quien creo había conocido la chica esta mañana… ¿Quién más, *sir* George?

Sir George examinó la cuestión un momento.

—Los Legge, naturalmente —dijo—, Alec y Sally Legge. Han

intervenido en esto desde el principio. Y Michael Weyman, el arquitecto que está aquí para diseñar el pabellón de tenis. Y Warburton, los Masterton… ¡Ah, y la señora Folliat!

—¿Eso es todo? ¿No hay nadie más?

—Eso es todo.

—Ya ve, *sir* George, que no es un campo muy amplio.

El rostro de *sir* George se puso de color escarlata.

—¡Creo que todo eso que está diciendo son tonterías, nada más que tonterías! Insinúa usted… ¿Qué es lo que insinúa usted?

—Insinúo únicamente —dijo el inspector Bland— que ignoramos todavía muchas cosas. Es posible, por ejemplo, que Marlene, por alguna razón, saliera de la caseta. Puede ser que haya sido estrangulada en otra parte y que luego arrastraran su cadáver hasta la caseta y la colocaran en el suelo. Pero, aun en ese caso, el que colocó el cadáver era alguien que conocía a fondo todos los detalles de la Persecución del Asesino. Siempre volvemos a lo mismo —y añadió, con la voz ligeramente cambiada—: Le aseguro, *sir* George, que estamos haciendo todo lo posible por encontrar a *lady* Stubbs. Entretanto me gustaría hablar unas palabras con los señores Legge y con el señor Michael Weyman.

—Amanda.

—Veré lo que puedo hacer, inspector —dijo la señorita Brewis —. Supongo que la señora Legge seguirá en la tienda leyendo las rayas de la mano. Ha venido mucha gente después de las cinco, con lo de la media entrada, y todos los puestos de atracciones están llenos. Probablemente podré traerle al señor Legge o al señor Weyman, el que quiera usted ver antes.

—No importa el orden —dijo el inspector Bland.

La señorita Brewis asintió con un movimiento de cabeza y salió de la habitación. *Sir* George la siguió, alzando la voz en tono quejumbroso.

—Escuche, Amanda, tiene usted que…

El inspector Bland observó que *sir* George dependía mucho de la eficiente señorita Brewis. En aquel momento, a Bland le pareció el dueño de la casa como un niño con su aya.

Mientras esperaba, el inspector Bland cogió el teléfono, pidió que le pusieran en comunicación con la estación de policía de Helmmouth y dio ciertas instrucciones en relación con el yate

Espérance.

—Naturalmente, se dará usted cuenta —dijo a Hoskins, que a todas luces era incapaz de darse cuenta de semejante cosa— de que el único sitio donde es muy posible que esté esa dichosa mujer es a bordo del yate de De Sousa.

—¿Por qué lo cree usted, señor?

—Bueno, nadie ha visto salir a la mujer por ninguna de las salidas normales, va vestida de tal modo que no es probable que ande por los campos o los bosques, pero es posible que se haya citado con De Sousa en la caseta de los botes y que él la haya llevado al yate en su motora, volviendo después a la verbena.

—¿Y por qué iba a hacer semejante cosa, señor? —preguntó Hoskins desconcertado.

—No tengo ni idea —dijo el inspector— y es muy poco probable que lo haya hecho. Pero es una *posibilidad*. Y si *lady* Stubbs está en el *Espérance*, ya me ocuparé yo de que no salga de allí sin ser vista.

—Pero si le odiaba…

—Lo único que sabemos es que ella *lo dijo*. Las mujeres —dijo el inspector en tono sentencioso— dicen muchas mentiras. Recuérdelo siempre, Hoskins.

—¡Ajá! —concluyó a modo de gracias.

2

No continuaron la conversación, porque en aquel momento se abrió la puerta, entrando un joven alto, de aspecto vago. Llevaba un traje cuidado de franela gris, pero el cuello de la camisa estaba arrugado, la corbata torcida y el pelo desordenado.

—¿El señor Alec Legge? —dijo el inspector, levantando la vista.

—No —dijo el joven—. Soy Michael Weyman. Creo que me ha mandado usted llamar, ¿no es así?

—Exacto —dijo el inspector Bland—. Siéntese, por favor —le indicó una butaca, al otro lado de la mesa.

—No deseo sentarme —dijo Michael Weyman—. Me gusta pasearme. ¿Qué hacen por aquí todos ustedes? ¿Qué ha ocurrido?

El inspector Bland le miró sorprendido.

—¿No le ha informado a usted *sir* George de lo ocurrido, señor? —preguntó.

—Nadie «me ha informado», como usted dice, de nada. No ando pegado a los pantalones de *sir* George. ¿Qué ha ocurrido?

—Vive usted en la casa, según supongo, ¿no es así?

—Claro que sí. ¿Qué tiene eso que ver?

—Sencillamente, que creí que toda la gente de la casa estaba enterada ya de la tragedia de esta tarde.

—¿Tragedia? ¿Qué tragedia?

—La chica que interpretaba el papel de víctima ha sido asesinada.

—¡No! —Michael Weyman se sorprendió de un modo muy exuberante—. ¿Quiere usted decir que la mataron de verdad? ¿No de mentirijillas?

—Nada de mentirijillas. La chica está muerta.

—¿Cómo la mataron?

—La estrangularon con un trozo de cuerda.

Michael Weyman lanzó un silbido.

—¿Exactamente igual que en el guión de la farsa? Vaya, vaya, eso le hace a uno pensar.

En dos zancadas se acercó a la ventana, se volvió rápidamente y dijo:

—¿De modo que todos nosotros somos sospechosos? ¿O fue uno de los chicos del pueblo?

—Parece imposible que haya sido uno de los chicos del lugar, como usted dice —repuso el inspector.

—Sí, realmente —dijo Michael Weyman—. Bueno, inspector, muchos de mis amigos me llaman loco, pero no soy un loco de esa clase. No ando vagando por el campo, estrangulando a adolescentes vulgares.

—Tengo entendido, señor Weyman, que está usted aquí para diseñar un pabellón de tenis para *sir* George, ¿no es así?

—Una ocupación intachable —dijo Michael—. Es decir, intachable desde el punto de vista criminológico. Desde el arquitectónico, no estoy tan seguro de que lo sea. Probablemente la obra será un crimen contra el buen gusto. Pero eso no le interesa a usted, inspector; ¿qué es lo que le interesa?

—Bien, me gustaría saber, señor Weyman, dónde estaba usted

exactamente entre las cuatro y cuarto y digamos las cinco de esta tarde.

—¿Cómo han llegado a concretar así la hora? ¿Por el examen médico?

—No por eso únicamente. Un testigo vio viva a la chica a las cuatro y cuarto…

—¿Qué testigo… o no debo preguntarlo?

—La señorita Brewis. *Lady* Stubbs le pidió que le llevara a la chica una bandeja con pasteles y un jugo de frutas.

—¿Que nuestra Hattie se lo pidió? ¡Imposible!

—¿Por qué no lo cree usted, señor Weyman?

—No es propio de ella. No piensa en esas cosas ni le preocupan. La imaginación de nuestra querida *lady* Stubbs sólo se ocupa de sí misma.

—Bien, ¿podría contestar la pregunta que le he hecho?

—¿Dónde estaba entre las cuatro y cuarto y las cinco? La verdad, inspector, no podría decírselo así, de pronto, estaba por ahí…, ya me entiende.

—¿Por ahí, por dónde?

—Ah, pues en ningún sitio determinado. Me mezclé un poco con la gente, en el campo. Observé cómo se divertían los del lugar, hablé unas palabras con la revoloteante artista de cine… Luego, cuando me harté de todo esto, me fui a la pista de tenis y me puse a pensar en el diseño del pabellón. También me pregunté cuánto tardaría alguien en identificar con un trozo de red de tenis la fotografía de la primera pista de la Persecución del Asesino.

—¿La identificó alguien?

—Sí, creo que alguien fue allí, pero no presté atención. Encontré una idea nueva para el pabellón, un medio de conciliar los dos mundos: el mío y el de *sir* George.

—¿Y después?

—¿Después? Pues anduve dando vueltas y volví a casa. Bajé dando un paseo hasta el embarcadero y charlé un poco con el viejo Merdell; luego volví. No puedo fijar ninguna de las horas. Como le dije antes, estaba por ahí.

—Bien, señor Weyman —dijo el inspector con animación—. Espero que podamos confirmar algo de todo esto.

—Merdell puede decirle que estuve hablando con él en el

embarcadero. Pero claro, eso sería bastante más tarde de la hora que le interesa a usted. Debían ser más de las cinco cuando llegué allí. Esto es muy poco satisfactorio, ¿verdad, inspector?

—Espero que podamos aproximarnos más, señor Weyman.

El inspector había hablado en tono agradable, pero en su voz había una nota acerada que no escapó a la observación del joven arquitecto. Se sentó en el brazo de una butaca.

—En serio, vamos, ¿quién puede haber deseado asesinar a esa chica?

—¿No tiene usted ideas sobre el particular, señor Weyman?

—Bueno, yo así, de pronto, diría que fue nuestra prolífica escritora, el Peligro Morado. ¿Ha visto usted su majestuosa *toilette* morada? Yo opino que perdió un poco la cabeza y pensó que la Persecución del Asesino resultaría mucho mejor con un cadáver auténtico. ¿Qué tal?

—¿Es una opinión formal, señor Weyman?

—Es la única posibilidad que se me ocurre.

—Quiero preguntarle otra cosa, señor Weyman. ¿Vio usted a *lady* Stubbs durante el transcurso de la tarde?

—Claro que la vi. Es imposible que pasara inadvertida, vestida como iba, como una modelo de Jacques Fath o de Christian Dior.

—¿Cuándo la vio usted por última vez?

—¿Por última vez? No sé. En actitud dramática, en el césped, a eso de las tres y media o quizás eran las cuatro menos cuarto.

—¿Y después no la volvió a ver?

—No. ¿Por qué?

—Lo preguntaba porque desde las cuatro y media nadie parece haberla visto. *Lady* Stubbs ha… desaparecido, señor Weyman.

—¡Desaparecido! ¿Nuestra Hattie?

—¿Le sorprende a usted?

—Sí, mucho… ¿Qué andará haciendo?

—¿Conoce usted bien a *lady* Stubbs, señor Weyman?

—No la había visto nunca hasta que vine aquí, hace cuatro o cinco días.

—¿Ha formado usted alguna opinión sobre ella?

—Yo creo que sabe lo que le conviene mejor que mucha gente —dijo Michael Weyman fríamente—. Una mujer muy decorativa, que sabe cómo sacar partido de su aspecto personal.

—Pero mentalmente no muy despierta, ¿no es así?

—Depende de lo que entienda usted por mentalmente —dijo Michael Weyman—. Yo no diré que sea una intelectual. Pero si cree usted que está mal de la cabeza, se equivoca —su voz adquirió un tono de amargura—. Yo creo que es todo lo contrario.

El inspector alzó las cejas.

—Ésa es la opinión general.

—Por alguna razón, le gusta interpretar el papel de tonta. No sé por qué. Pero, como le he dicho antes, en mi opinión no tiene un pelo de tonta.

El inspector le observó unos segundos. Luego dijo:

—¿Y no puede usted realmente decirme con mayor exactitud por dónde anduvo y a qué hora en el espacio de tiempo que le he indicado?

—No, lo siento —Weyman habló con voz entrecortada—. Tengo una memoria fatal, nunca he podido acordarme de las horas —y añadió—: ¿Ha terminado conmigo? ¿Puedo marcharme?

Ante una señal afirmativa del inspector, salió rápidamente de la habitación.

—Y me gustaría saber —dijo el inspector, un poco para sí y un poco para Hoskins— lo que ha ocurrido entre él y *lady* Stubbs. O bien él hizo algún avance y ella le rechazó o ha habido alguna bronca entre los dos. ¿Cuál es la opinión general por estos contornos sobre *sir* George y su esposa?

—Ella está chiflada —dijo Hoskins.

—Ya sé que *usted* la cree chiflada, Hoskins. ¿Es ésa la opinión general?

—Yo creo que sí.

—Y *sir* George, ¿tiene simpatías?

—Sí, tiene muchas simpatías. Es un buen deportista y entiende un poco de la tierra. La señora mayor ha contribuido mucho a ello.

—¿Qué señora mayor?

—La señora Folliat, la que vive aquí, en la casa del guarda.

—Ah, naturalmente. Los Folliat eran los antiguos dueños de la casa, ¿no es así?

—Sí, y *sir* George y *lady* Stubbs han sido tan bien acogidos gracias a la señora. Les llevaba a todas partes con la gente de postín.

—¿Cree usted que le pagaban por eso?

—¿A la señora Folliat? ¡Oh, no! —Hoskins parecía escandalizado —. Creo que conocía a *lady* Stubbs antes de que se casara y que fue ella la que instó a *sir* George a que comprara la casa.

—Tengo que hablar con la señora Folliat —dijo el inspector.

—Una señora muy despierta. No pasa nada que a ella se le escape.

—Tengo que hablar con ella. ¿Dónde está ahora?

Capítulo XI

1

La señora Folliat estaba en el gran salón, hablando con Hércules Poirot. Poirot la había encontrado recostada en un rincón de la habitación. Cuando él entró, la señora Folliat se había sobresaltado. Luego, recostándose de nuevo, había murmurado:

—¡Ah, es usted, *monsieur* Poirot…!

—Le pido mil perdones, señora. La he molestado.

—No, no. No me molesta. Estoy descansando; eso es todo. Ya no soy tan joven como antes. La impresión… fue demasiado fuerte para mí.

—Comprendo —dijo Poirot—. Comprendo perfectamente.

La señora Folliat, apretando entre su mano pequeña un pañuelo, miraba fijamente al techo. Dijo con voz medio ahogada por la emoción.

—No puedo soportar el pensar en ello. ¡Esa pobre chica!

—Sí, lo sé —dijo Poirot—. Lo sé.

—Tan joven —siguió la señora Folliat—. Empezando a vivir —y repitió—: No puedo soportar el pensar en ello.

Poirot la contempló con curiosidad. Parecía, pensó, haber envejecido unos diez años desde la primera hora de la tarde, cuando la había visto interpretar graciosamente el papel de anfitriona que recibe a sus invitados. En aquel momento tenía el rostro contraído y ojeroso, surcado por profundas arrugas.

—Todavía ayer me decía usted, señora, que éste es un mundo muy malo.

—¿He dicho eso? —la señora Folliat pareció sobresaltarse—. Es cierto… Sí, estoy empezando a darme cuenta de cuan cierto es —y

añadió en voz baja—: Pero no creí que fuera a ocurrir nada así.

De nuevo la miró con curiosidad.

—¿Qué esperaba usted que ocurriera entonces? ¿Esperaba algo?

—No, no. No quise decir eso.

Poirot insistió.

—Pero usted esperaba que ocurriera algo, algo fuera de lo corriente.

—Me ha interpretado mal, *monsieur* Poirot. Sólo quise decir que una cosa así es lo último que uno esperaría que ocurriera en una verbena.

—También *lady* Stubbs habló de maldad.

—¿Hattie? No me hable de ella, no me hable de ella. No quiero pensar en ella —se quedó en silencio durante un momento y luego habló—. ¿Qué decía de la maldad?

—Estaba hablando de su primo Étienne De Sousa. Dijo que era malo, que era un hombre malo. Dijo también que le tenía miedo.

Él la observaba, pero la señora Folliat se limitó a mover la cabeza con escepticismo.

—Étienne De Sousa… ¿Quién es?

—Claro, usted no desayunó con los demás. Lo había olvidado. *Lady* Stubbs recibió una carta de ese primo suyo, a quien no había visto desde que tenía quince años. Le decía que tenía intención de hacerle una visita hoy, esta tarde.

—¿Y vino?

—Sí. Llegó aquí a eso de las cuatro y media.

—¿No querrá usted decir aquel joven guapo, moreno, que subió por el sendero del *ferry*? Me pregunté entonces quién podría ser.

—Sí, señora, ése era el señor De Sousa.

La señora Folliat dijo con energía:

—Yo en su lugar no prestaría atención a las cosas que dice Hattie —enrojeció ante la mirada sorprendida de Poirot y continuó —: Es como una niña, quiero decir que emplea términos de niño, bueno, malo… No hay términos medios para ella. Yo no prestaría la menor atención a lo que diga sobre ese Étienne De Sousa.

De nuevo se sorprendió Poirot. Dijo lentamente:

—Conoce usted muy bien a *lady* Stubbs, ¿no es así, señora Folliat?

—Probablemente tan bien como pueda conocerla otro

cualquiera. Es posible que la conozca mejor incluso que su marido. ¿Por qué?

—¿Cómo es en realidad, señora?

—¡Qué pregunta más extraña, *monsieur* Poirot!

—¿Sabe usted, verdad, señora, que *lady* Stubbs no aparece por ninguna parte?

De nuevo la sorprendió su respuesta. No expresó preocupación ni sorpresa.

—¿De modo que ha huido? —dijo—. Ya.

—¿Le parece natural?

—¿Natural? No sé. Nunca se sabe lo que va a hacer Hattie.

—¿Cree usted que ha huido por un sentimiento de culpabilidad?

—¿Qué quiere usted decir, *monsieur* Poirot?

—Su primo estuvo hablando de ella esta tarde. Mencionó casualmente que siempre había sido mentalmente deficiente. Creo debe usted saber, señora, que las personas mentalmente deficientes no son siempre responsables de sus actos.

—¿Qué está usted tratando de decir, *monsieur* Poirot?

—Esas personas son sencillas… como niños. En un rapto de ira pueden matar.

La señora Folliat se volvió hacia él con repentina cólera.

—¡Hattie nunca ha sido así! No le permito que diga esas cosas. Era una chica suave, cariñosa, aunque fuera… un poco simple. Hattie no hubiera matado a nadie.

Se encaró con él, con la respiración agitada, todavía indignada.

Poirot se quedó sorprendido. Muy sorprendido.

2

Interrumpiendo la escena, Hoskins entró en la habitación.

Dijo, disculpándose:

—La andaba buscando, señora.

—Buenas tardes, Hoskins —la señora Folliat recobró su equilibrio habitual, y fue de nuevo la dueña de Nasse House—. ¿Quería usted algo?

—El inspector le envía sus respetos y desearía hablar unas

palabras con usted. Si está en condiciones, naturalmente —se apresuró a añadir, observando, como Hércules Poirot, los efectos de la impresión recibida.

—Claro que estoy en condiciones.

La señora Folliat se puso en pie y salió de la habitación detrás de Hoskins.

Poirot, que se había levantado, cortésmente, se volvió a sentar y se quedó mirando al techo, desconcertado y con el ceño fruncido.

El inspector se levantó cuando entró la señora Folliat y el policía le apartó la silla para que pudiera sentarse.

—Siento molestarla, señora Folliat —dijo Bland—; pero me figuro que conocerá usted a todo el mundo de los alrededores y creo que podrá usted ayudarnos.

La señora Folliat sonrió débilmente.

—Sí, supongo que conozco a todo el mundo de por aquí. ¿Qué quiere usted saber, inspector?

—¿Conocía usted a los Tucker? ¿A la familia y a la chica?

—Sí, mucho; han sido siempre colonos nuestros. La señora Tucker era la más joven de muchos hermanos. Su hermano mayor fue jardinero mayor nuestro. Se casó con Alfred Tucker, un labrador…, bastante tonto, pero muy agradable. La señora Tucker tiene muy mal carácter. Buena ama de casa, eso sí, y muy limpia, pero Tucker no puede pasar nunca más allá de la cocina con sus botas sucias puestas. Todas esas cosas. A sus hijos les regaña mucho. La mayoría de ellos se han casado y están trabajando. Sólo quedaban en casa esta pobre chica, Marlene, y tres niños pequeños, dos niños y una niña, que todavía van a la escuela.

—Y ahora, señora Folliat, conociendo a la familia como usted la conoce, ¿se le ocurre algún motivo para que Marlene haya sido asesinada esta tarde?

—No, ninguno. Es completamente… completamente increíble, no sé si me entiende, inspector. No andaba con ningún chico ni nada por el estilo, por lo menos no lo creo. En cualquier caso, no he oído nada.

—¿Y la gente que ha intervenido en esta Persecución del Asesino? ¿Puede decirme usted algo?

—A la señora Oliver no la conocía. Es completamente distinta a la idea que yo tengo de una escritora de novelas policíacas. Está

muy disgustada, pobrecilla, con lo que ha ocurrido… Naturalmente.

—¿Y de los demás concurrentes, el capitán Warburton, por ejemplo?

—No veo la razón para que asesinara a Marlene Tucker, si es eso lo que quiere usted saber —dijo la señora Folliat con calma—. No me gusta mucho. Es un hombre taimado, pero supongo que los agentes políticos tienen que estar al tanto de todos los trucos de la política. Desde luego, es un hombre muy activo y ha trabajado mucho para organizar la fiesta. Pero, en cualquier caso, no creo que hubiera podido *matar* a la chica, porque estuvo toda la tarde en el césped.

El inspector asintió con un enérgico movimiento de cabeza.

—¿Y los Legge? ¿Qué sabe usted de ellos?

—Parecen un matrimonio muy agradable. Él tiene un carácter un poco… difícil, diría yo. No sé gran cosa de él. Ella era una Castairs, antes de su matrimonio, y conozco mucho a unos parientes suyos. Alquilaron Mill Cottage, por dos meses, y espero que hayan disfrutado de sus vacaciones. Nos hemos hecho todos muy buenos amigos.

—Tengo entendido que es una señora muy atractiva y elegante.

—Sí, muy atractiva.

—¿Cree usted que *sir* George puede haber sentido en algún momento esa atracción?

La señora Folliat pareció sorprenderse mucho.

—No, no; estoy segura de que no hay nada de eso. *Sir* George está materialmente absorbido por sus negocios y quiere mucho a su mujer. No es un conquistador.

—¿Y tampoco cree usted que haya habido nada entre *lady* Stubbs y el señor Legge?

De nuevo la señora Folliat negó con un movimiento de cabeza.

—No; decididamente, no.

El inspector insistió:

—¿No sabe usted que haya habido un disgusto de ninguna clase entre *sir* George y su esposa?

—Estoy segura de que no lo ha habido —afirmó la señora Folliat con énfasis—. Lo hubiera sabido.

—Entonces, ¿no será por alguna desavenencia con su marido por lo qué *lady* Stubbs se ha marchado?

—No, no —y añadió en tono ligero—: Creo que la muy tonta no quería encontrarse con ese primo suyo. Alguna fobia infantil. Y se escapó, igual que haría una niña.

—Ésa es su opinión. ¿Nada más?

—No. Espero que aparezca muy pronto. Y avergonzada de sí misma —y añadió, sin gran interés—: Por cierto, ¿qué se ha hecho de ese primo? ¿Sigue en estos momentos en la casa?

—Creo que ha vuelto a su yate.

—Y el yate está en Helmmouth, ¿no?

—Sí, en Helmmouth.

—Ya —dijo la señora Folliat—. Bien, es un fastidio que Hattie se porte de ese modo tan infantil. Sin embargo, si su primo piensa quedarse uno o dos días más, podremos convencerla de que se porte como es debido.

El inspector comprendió que se trataba de una pregunta, pero no contestó a ella.

—Probablemente —dijo— estará usted pensando que todo esto se aparta del asunto. Pero creo que comprenderá usted, señora Folliat, que nuestro campo de acción es muy amplio. La señorita Brewis, por ejemplo. ¿Qué opina usted de la señorita Brewis?

—Es una secretaria excelente. Más que una secretaria. Hace prácticamente las veces de ama de llaves. En realidad, no sé qué iba a hacer sin ella.

—¿Era secretaria de *sir* George Stubbs antes de su matrimonio?

—Creo que sí. No estoy completamente segura. La he conocido cuando vino por aquí con ellos.

—No le tiene mucha simpatía a *lady* Stubbs, ¿verdad?

—No —dijo la señora Folliat—. Me temo que no. Estas secretarias eficientes no suelen querer a las mujeres de sus jefes, no sé si me entiende. Puede que sea natural.

—¿Fue usted o fue *lady* Stubbs la que pidió a la señorita Brewis que le llevara a la chica de la caseta unos pasteles y un refresco?

La señora Folliat pareció sorprendida.

—Recuerdo que la señorita Brewis cogió unos pasteles y varias cosas y dijo que se los iba a llevar a Marlene. No sabía que nadie en particular le hubiera dicho que lo hiciera, o se encargara de eso. Desde luego yo no fui.

—Ya. Dice usted que estuvo en la tienda donde se servía el té

desde las cuatro en adelante. Creo que la señora Legge estaba también en la tienda a esa hora, tomando el té.

—¿La señora Legge? No, no creo. Por lo menos, no recuerdo haberla visto. En realidad, estoy completamente segura de que no estaba. Había venido mucha gente en el autobús de Torquay y recuerdo que eché una ojeada a la tienda y pensé que debían ser todos veraneantes; apenas vi ninguna cara conocida. Seguramente la señora Legge fue más tarde a tomar el té.

—Bueno —dijo el inspector— no importa —y añadió suavemente—: Bien. Creo que esto es todo. Gracias, señora Folliat; ha sido usted muy amable. Sólo nos queda confiar en que *lady* Stubbs volverá pronto.

—Yo también confío en ello —dijo la señora Folliat—. Nuestra querida Hattie no ha pensado en nuestra ansiedad.

Hablaba con vivacidad, pero su animación no era muy natural.

—Estoy segura —añadió la señora Folliat— de que está bien. Perfectamente.

En aquel momento se abrió la puerta y entró una atractiva joven pelirroja y pecosa.

—He oído decir que había preguntado por mí… —dijo.

—Ésta es la señora Legge, inspector —dijo la señora Folliat—. Sally, querida, ¿te has enterado de la desgracia tan horrible que ha ocurrido aquí hoy?

—¡Ah, si! Espantoso, ¿verdad? —dijo la señora Legge.

Suspiró, agotada, y se hundió en la butaca, mientras la señora Folliat salía de la habitación.

—Siento muchísimo todo esto —dijo—. Parece increíble. Siento no poder ayudarle en nada. He estado leyendo las rayas de la mano durante toda la tarde, de modo que no he podido ver nada de lo que ocurría.

—Lo sé, señora Legge. Pero tenemos que hacer a todo el mundo las mismas preguntas rutinarias. Por ejemplo, ¿dónde estaba usted entre las cuatro y cuarto y las cinco?

—Fui a tomar el té a las cuatro.

—¿En la tienda del té?

—Sí.

—Había mucha gente, según creo.

—Sí, una barbaridad.

—¿Vio usted a alguien conocido?

—Sí, algunas personas mayores. Nadie con quien me hable. ¡Dios mío, cómo deseaba el té! Como le digo, eso era a las cuatro. Volví a mi tienda a las cuatro y media y continué con mi tarea. ¡Y Dios sabe lo que les estaría prometiendo al final a aquellas mujeres! Varios millonarios, una carrera triunfal en Hollywood… ¡cualquiera sabe! Los viajes por mar y las rubias peligrosas resultaban ya demasiado sosos.

—¿Qué ocurrió durante la media hora en que estuvo usted ausente… quiero decir, suponiendo que hubiera alguien que quisiera que le predijera el porvenir?

—Ah, colgué un letrero en la tienda: «De vuelta a las cuatro y media».

El inspector hizo una anotación en su cuaderno.

—¿Cuándo vio usted a *lady* Stubbs por última vez?

—¿A Hattie? No sé. No andaba lejos cuando salía de la tienda para ir a tomar el té, pero no hablé con ella. No recuerdo haberla visto después. Alguien acaba de decirme que ha desaparecido, ¿es cierto?

—Sí, lo es.

—Ah bueno —dijo Sally alegremente—; está un poquito tocaba del seso, ¿sabe? Me figuro que el asesinato la asustó.

—Bien, muchas gracias, señora Legge.

La señora Legge aceptó sin tardanza la despedida. Al salir, se cruzó en la puerta con Hércules Poirot.

3

Mirando al techo, el inspector empezó a hablar.

—La señora Legge dice que estuvo en la tienda del té entre las cuatro y las cuatro y media. La señora Folliat dice que ella estaba allí, sirviendo tés desde las cuatro en adelante, pero que la señora Legge no se encontraba entre las presentes —hizo una pausa y continuó—: La señorita Brewis dice que *lady* Stubbs le pidió que le llevara a Marlene Tucker una bandeja de pasteles y un zumo de frutas. Michael Weyman dice que es completamente imposible que

lady Stubbs hiciera semejante cosa… hubiera sido completamente impropio de ella.

—¡Ah —dijo Poirot—, las declaraciones contradictorias! Sí, siempre se encuentra uno con ellas.

—¡Y qué fastidioso es ponerlas en claro! —dijo el inspector—. Algunas veces tiene importancia, pero nueve de cada diez no la tienen. Bueno, está bien claro que nos espera un trabajo penoso.

—¿Y qué es lo que cree usted ahora, *mon cher*? ¿Cuáles son las últimas ideas?

—Creo —dijo el inspector con voz grave— que Marlene Tucker vio algo que no debía haber visto. Creo que Marlene Tucker fue asesinada por haber visto lo que vio.

—No le voy a contradecir —dijo Poirot—. El caso es saber qué vio.

—Puede haber visto un asesinato —dijo el inspector—. O puede haber visto a la persona que cometió un asesinato.

—¿Asesinato? —dijo Poirot—. ¿De quién?

—¿*Usted* qué cree, Poirot? ¿Estará *lady* Stubbs viva o muerta?

Poirot tardó unos segundos en contestar. Luego dijo:

—Yo creo, *mon ami*, que *lady* Stubbs está muerta. Y le voy a decir *por qué* lo creo. *Porque la señora Folliat lo cree*. Sí, diga lo que quiera ahora, aunque pretenda creer lo contrario, la señora Folliat cree que Hattie Stubbs está muerta. La señora Folliat sabe muchas cosas que nosotros ignoramos.

Capítulo XII

Cuando Hércules Poirot bajó a desayunar a la mañana siguiente, se encontró con la mesa casi vacía. La señora Oliver, sufriendo todavía los efectos del suceso del día anterior, tomaba el desayuno en la cama. Michael Weyman había tomado una taza de café y se fue temprano, únicamente *sir* George y la fiel señorita Brewis se sentaban a la mesa. *Sir* George daba muestras indudables de su estado mental, siendo incapaz de probar bocado. Su plato, colocado enfrente de él, estaba casi intacto. Apartó a un lado el pequeño montón de cartas que la señorita Brewis, después de haberlas abierto, había colocado ante él. Tomó un poco de café, como si no supiera lo que hacía.

—Buenos días, *monsieur* Poirot —dijo de un modo mecánico, cayendo luego de nuevo en su preocupación. De cuando en cuando lanzaba exclamaciones en voz baja.

—¡Es increíble este maldito asunto! ¿Dónde *puede* estar?

—La encuesta tendrá lugar el jueves, en el Instituto —dijo la señorita Brewis—. Telefonearon para decírnoslo.

—¿La encuesta? —dijo *sir* George—. ¡Ah, sí, claro!

Parecía ofuscado e indiferente. Después de tomar uno o dos sorbos más de café, dijo:

—Nunca acaba uno de conocer a las mujeres. Pero ¿qué estará haciendo?

La señorita Brewis apretó los labios. Poirot observó acertadamente que se encontraba en un estado de gran tensión nerviosa.

—Hodgson viene a verle esta mañana —observó la señorita Brewis— sobre la electrificación de los cobertizos donde se ordeña. Y a las doce viene él…

Sir George la interrumpió:

—No puedo ver a nadie. ¡Échelos a todos! ¿Cómo diablos cree usted que puede ocuparse de los negocios un hombre al que la preocupación por su mujer tiene medio loco?

—Como usted diga, *sir* George.

La contestación de la señorita Brewis fue el equivalente doméstico del «como diga su señoría» de los tribunales. Su desagrado era evidente.

—¡Nunca se sabe —dijo *sir* George— lo que las mujeres tienen en la cabeza o las tonterías que son capaces de hacer! Estará usted de acuerdo, ¿verdad?

Esta última pregunta se la espetó a Poirot.

—*Les femmes?* Son inexplicables —dijo Poirot alzando las cejas y las manos con fervor gálico. La señorita Brewis se sonó irritada.

—Parecía que estaba bien —dijo *sir* George—. Estaba contentísima con su sortija nueva y se puso muy elegante para la fiesta. Todo como de costumbre. No es como si hubiéramos tenido unas palabras o una disputa sobre cualquier cosa. Marcharse sin decir una palabra…

—Respecto a esas cartas, *sir* George… —empezó la señorita Brewis.

—¡Que se vayan al infierno las malditas cartas! —dijo *sir* George, y apartó su taza de café.

Cogió las cartas que estaban junto a su plato y casi se las tiró a ella.

—¡Contéstelas como quiera! No quiero que me molesten —y continuó, más para sí mismo que para los demás, en tono dolido—: No puedo hacer nada… Ni siquiera sé si ese policía sirve. Habla con amabilidad y todo eso, pero…

—Creo que la policía es muy eficiente —dijo la señorita Brewis —. Tienen muchas facilidades para seguir la pista de las personas desaparecidas.

—A veces tardan días —dijo *sir* George— en encontrar a un desgraciado chiquillo que se ha escapado de casa y se ha escondido en un pajar.

—No me parece probable que *lady* Stubbs esté en un pajar, *sir* George.

—¡Si al menos pudiera hacer algo! —repitió el desgraciado

esposo—. Creo que voy a poner un anuncio en los periódicos. Tome nota, Amanda, por favor —se quedó un momento pensativo—. «Hattie. Por favor vuelve a casa. Estoy desesperado. *George*». En todos los periódicos, señorita Brewis.

La señorita Brewis dijo con acritud:

—*Lady* Stubbs no lee mucho los periódicos, *sir* George. No tiene el menor interés en las cosas generales o en saber lo que ocurre por el mundo —y añadió con mala intención, aunque *sir* George no se encontraba en disposición de apreciarlo—: Claro que puede usted poner un anuncio en el *Vogue*. Eso puede que atrajera su atención.

Sir George dijo ingenuamente:

—Donde usted quiera, pero hágalo.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta. Con la mano en el picaporte se detuvo y volvió hacia atrás unos cuantos pasos. Le habló directamente a Poirot.

—Escuche, Poirot —dijo—, *usted* no cree que esté muerta, ¿verdad?

Poirot contestó con la vista fija en su taza de café:

—Creo, *sir* George, que es demasiado pronto para suponer una cosa así. No hay razón todavía para alimentar una idea semejante.

—¡Conque lo cree usted! —dijo *sir* George apesadumbrado—. Bueno —añadió en tono desafiador—. ¡Yo no lo creo! *Yo sé* que está perfectamente.

Afirmó varias veces con la cabeza en actitud cada vez más desafiadora, y salió dando un portazo.

Poirot, pensativo, untó una tostada con mantequilla. En los casos en que se creía que una mujer había sido asesinada, siempre sospechaba automáticamente del marido. (Asimismo, cuando era el marido el que moría, sospechaba de la esposa). Pero en este caso no sospechaba que *sir* George hubiera matado a *lady* Stubbs. Por lo que había observado, estaba completamente convencido de que *sir* George quería mucho a su mujer. Además, si su excelente memoria le era fiel, y le era siempre muy fiel, *sir* George había estado en el césped toda la tarde, hasta el momento en que él y la señora Oliver habían ido a la caseta y descubrieron el cadáver. Estaba en el césped cuando habían vuelto con la noticia. No, *sir* George no era responsable de la muerte de Hattie. Es decir, suponiendo que Hattie estuviera muerta. Después de todo, se dijo Poirot, no había razón

todavía para creerlo. Lo que acababa de decirle a *sir* George era muy cierto. Pero en su interior estaba firmemente convencido de que se trataba de un asesinato, de un doble asesinato.

La señorita Brewis interrumpió sus pensamientos al decir con voz llena de rencor y en la que se adivinaban las lágrimas:

—¡Los hombres son tan estúpidos! ¡Unos completos estúpidos! Muy inteligentes para muchas cosas y luego van y se casan con quien menos les conviene.

Poirot siempre estaba dispuesto a dejar hablar a la gente. Cuantas más personas le hablaran y cuanto más le dijeran, mejor. Casi siempre se encontraba entre la paja un grano de trigo utilizable.

—¿Le parece a usted que ha sido un matrimonio desafortunado? —preguntó.

—Desastroso… completamente desastroso.

—¿Quiere usted decir que… no han sido felices?

—Ella ha ejercido una influencia nefasta para él, en todos sentidos.

—Muy interesante lo que dice. ¿Qué clase de influencia?

—Le lleva y le trae a su capricho. Hace que le compre regalos muy caros… tiene más joyas de las que pueda ponerse una mujer. Y pieles. Tiene dos abrigos de visón y uno de armiño ruso. ¿Para qué puede querer una mujer dos abrigos de visón, dígame usted?

Poirot negó con la cabeza.

—No lo sé —dijo.

—¡Astuta! —continuó la señorita Brewis—. ¡Falsa! Siempre haciéndose la simple, sobre todo cuando había gente. ¡Creería que así le gustaba a él!

—¿Y le gustaba a él así?

—¡Bah, los hombres! —dijo la señorita Brewis con voz temblorosa y al borde de la histeria—. No aprecian la eficacia, ni la generosidad, ni la lealtad, ni *ninguna* de esas bellas cualidades. Con una mujer inteligente y capaz, *sir* George hubiera llegado a cualquier parte.

—¿Adonde? —preguntó Poirot.

—Pues podía tomar parte en los asuntos de la región. O presentarse al Parlamento. Vale mucho más que el pobre señor Masterton. No sé si ha oído usted alguna vez al señor Masterton en

una tribuna… Es un orador vacilante y sin la menor inspiración. Debe su posición a su mujer enteramente. Es el poder detrás del trono. Es ella la que tiene toda la energía, la iniciativa y la agudeza política.

Poirot se estremeció de horror ante la idea de ser el marido de la señora Masterton, pero convino sinceramente con las palabras de la señorita Brewis.

—Sí —dijo—; es todo lo que usted dice. Una *femme formidable* —murmuró para sí.

—*Sir* George no parece tener ninguna ambición —continuó la señorita Brewis—. Parece tan contento de vivir aquí, trabajar un poquito y hacer el papel de señor campesino, yendo a Londres de cuando en cuando para atender a las empresas que dirige y todo eso, pero podría llegar mucho más lejos con su capacidad. Es un hombre verdaderamente notable, *monsieur* Poirot. Esa mujer nunca lo ha comprendido. Le considera como una máquina de regalar abrigos de pieles, joyas y vestidos caros. Si estuviese casado con alguien que apreciara de verdad su inteligencia…

La voz temblaba, insegura, y se calló de pronto.

Poirot la miró con auténtica compasión. La señorita Brewis estaba enamorada de su jefe. Le entregaba una devoción fiel, leal y apasionada, de la cual probablemente no se daba él cuenta y que, desde luego, no le hubiera interesado. Para *sir* George, Amanda Brewis era una máquina eficiente, que le libraba de las cargas de la vida diaria, que contestaba a las llamadas telefónicas, escribía cartas, contrataba a los criados, disponía las comidas y, en general, le hacía la vida fácil. Poirot dudó que la hubiera mirado alguna vez como a una mujer. Y eso, pensó, tenía sus peligros. En estas circunstancias, ella podía alcanzar un grado de excitación, de histeria alarmante, sin que el despreocupado objeto de su devoción se diera la menor cuenta.

—Es una gata astuta, intrigante y hábil —dijo la señorita Brewis llorando.

—Dice usted *es*, no *era* —dijo Poirot.

—¡Claro que no está muerta! —dijo la señorita Brewis con rencor—. ¡Se marchó con un hombre, eso es lo que hizo! ¡Es de ese estilo!

—Es posible. Siempre es posible —dijo Poirot.

Cogió otra tostada; examinó tristemente el bote de mermelada ácida; miró por la mesa si había cualquier clase de mermelada dulce y al no verla se resignó a tomar mantequilla.

—Es la única explicación —dijo la señorita Brewis—. Claro que a *él* nunca se le ocurriría…

—¿Ha habido… algún… problema con algún hombre? —preguntó Poirot con delicadeza.

—Ha sido muy hábil —dijo la señorita Brewis.

—¿Quiere usted decir que no observó nada de eso?

—Ya tendría buen cuidado de que no me diera cuenta yo —dijo la señorita Brewis.

—Pero usted cree que puede que haya habido… ¿cómo diríamos… algún episodio secreto?

—Ha hecho todo lo que ha podido para embaucar a Michael Weyman —dijo la señorita Brewis—. ¡Llevándole a ver el jardín de las camelias en esta época del año! ¡Fingiendo interesarse tanto por el pabellón de tenis!

—Después de todo, el motivo de su presencia aquí es construir el pabellón y tengo entendido que *sir* George lo construye principalmente por complacer a su esposa.

—No juega bien al tenis —dijo la señorita Brewis—. No vale para ningún deporte. Lo único que quiere es un sitio bonito donde sentarse mientras los demás corren y se sofocan. Ah, sí, ya lo creo, ha hecho todo lo que ha podido para embaucar a Michael Weyman. Y probablemente lo hubiera conseguido si el señor Weyman no hubiera tenido otras cosas en qué pensar.

—Ah —dijo Poirot, poniendo un poquito de mermelada ácida en una esquina de su tostada y cogiendo un bocado, con miedo—. ¿Conque el señor Weyman tiene otras cosas en qué pensar?

—Fue la señora Legge quien le recomendó a *sir* George —dijo la señorita Brewis—. Le conocía antes de casarse. Vivía en Chelsea, creo[7]. Ella pintaba antes, ¿sabe?

—Parece una joven muy atractiva e inteligente —dijo Poirot, tanteando el terreno.

—Ah, sí, es muy inteligente —dijo la señorita Brewis—. Ha ido a la Universidad y creo que, si no se hubiera casado, hubiera hecho carrera.

—¿Hace mucho que se ha casado?

—Creo que hace unos tres años. Me parece que el matrimonio no ha resultado muy bien.

—¿Hay… incompatibilidad?

—Él es un hombre extraño, de carácter muy difícil. Anda mucho solo y algunas veces le he visto muy enfadado con ella.

—Ah, bueno —dijo Poirot—; las peleas y las reconciliaciones forman parte de los primeros años de la vida matrimonial. Sin ellas, es posible que la vida fuera muy monótona.

—Desde que ha llegado Michael Weyman, ella le ha dedicado mucho tiempo —dijo la señorita Brewis—. Yo creo que él estaba enamorado de ella antes de que se casara con Alec Legge. Supongo que por parte de ella se trata sólo de un coqueteo.

—Pero ¿al señor Legge no le agradó quizá?

—Nunca se sabe lo que piensa. ¡Es tan vago! Pero creo que últimamente ha estado de peor humor que nunca.

—¿No siente admiración por *lady* Stubbs?

—Es probable que ella lo creyera así. ¡Piensa que con mover un dedo todos los hombres se enamoran de ella!

—En cualquier caso, si se ha marchado con un hombre, como usted insinúa, no ha sido con el señor Weyman, porque el señor Weyman sigue aquí.

—Es alguien con quien se ha estado viendo a escondidas, no tengo la menor duda —dijo la señorita Brewis—. Con frecuencia se escabulle de la sala a la chita callando y se marcha a los bosques sola. Anteanoche salió. Estaba bostezando y dijo que se iba a la cama. Pero yo la vi, menos de media hora más tarde, escabulléndose por la puerta lateral, con un chal en la cabeza.

Poirot contempló pensativo a la mujer sentada frente a él. Se preguntó si podría concederse algún crédito a las declaraciones de la señorita Brewis en lo que se refería a *lady* Stubbs, o si estaría tratando de engañarse a sí misma. La señora Folliat, estaba seguro de ello, no compartía las ideas de la señorita Brewis, y la señora Folliat conocía a Hattie mucho mejor de lo que podía conocerla la señorita Brewis. A la señorita Brewis le vendría muy bien que *lady* Stubbs se hubiera fugado con un amante. Estaría ella para consolar al afligido esposo y para ocuparse con eficiencia de los detalles del divorcio. Pero el que lo deseara no haría que fuera cierto, ni siquiera probable. Si Hattie Stubbs se había marchado con su

amante, había escogido un momento muy curioso para hacerlo, pensó Poirot. Por su parte, él no creía, por más vueltas que le daba, que lo hubiera hecho.

La señorita Brewis dio un resoplido y reunió un montón de cartas desparramadas.

—Si *sir* George quiere realmente que se pongan esos anuncios, será mejor que me ocupe de ello —dijo—. Una completa tontería y una pérdida de tiempo. Ah, buenos días, señora Masterton —añadió al abrirse la puerta y entrar autoritaria la señora Masterton.

—He oído decir que la encuesta ha sido fijada para el jueves —tronó—. Buenas, *monsieur* Poirot.

La señorita Brewis se detuvo con las manos llenas de cartas.

—¿Puedo servirla en algo, señora Masterton? —preguntó.

—No, gracias, señorita Brewis. Supongo que tendrá usted bastante en qué ocuparse esta mañana, pero sí quiero darle las gracias por el excelente trabajo que desarrolló usted ayer. Es usted tan trabajadora y sabe organizar las cosas tan bien… Todos le estamos muy agradecidos.

—Gracias, señora Masterton.

—Bueno, no quiero entretenerla. Me sentaré a hablar un momento con *monsieur* Poirot.

—¡Encantado, señora! —dijo Poirot. Se había puesto en pie e hizo una inclinación.

La señora Masterton acercó una butaca y se sentó. La señorita Brewis salió de la habitación, habiendo recuperado su habitual actitud de eficiencia.

—Es una mujer maravillosa —dijo la señora Masterton—. No sé lo que hubieran hecho los Stubbs sin ella. El llevar una casa es muy difícil en estos tiempos. La pobre Hattie no hubiera podido con ese trabajo. Qué cosa más extraordinaria, *monsieur* Poirot. He venido a preguntarle su opinión.

—¿Qué es lo que *usted* piensa de ello, señora?

—Bueno, no es idea agradable, pero yo creo que tenemos algún individuo patológico por esta región. Espero que no se trate de uno de por aquí. Puede que lo hayan dejado salir de un manicomio… en estos tiempos los dejan salir a medio curar. Lo que quiero decir es que nadie podía desear estrangular a la chica de Tucker. No puede haber el menor motivo, a no ser que se trate de un anormal. Y si ese

hombre, quienquiera que sea, *es* anormal, lo probable es que haya estrangulado también a esa pobre chica, Hattie Stubbs. La pobre no es muy despierta. Si se encontró con un hombre de aspecto normal, que le pidió que fuera al bosque a ver cualquier cosa, probablemente se fue con él, dócil como una cordera, sin sospechar nada.

—¿Cree usted que su cadáver estará en algún lugar de la finca?

—Sí, *monsieur* Poirot, lo creo. Lo encontrarán cuando registren el terreno. Claro que con una extensión de unos sesenta y cinco acres de tierra, habrá mucho que buscar, si lo han metido entre la maleza o lo han tirado por un declive y está en el fondo, entre los árboles. Lo que necesitan son sabuesos —dijo la señora Masterton, y, según hablaba, ella misma parecía un sabueso—. ¡Sabuesos! Llamaré yo misma al jefe de la policía y se lo diré claramente.

—Es muy posible que tenga usted razón, señora —dijo Poirot. Ésta era, evidentemente, la única contestación que podía dársele a la señora Masterton.

—Claro que tengo razón —dijo la señora Masterton—, pero me tiene muy intranquila el que ese hombre ande por los alrededores. Cuando salga de aquí voy a ir a las casas del pueblo, diciendo a las madres que tengan mucho cuidado con sus hijas… que no las dejen salir solas. No resulta agradable, *monsieur* Poirot, la idea de tener un asesino entre nosotros.

—Una cosa, señora. ¿Cómo pudo un extraño haber entrado en la caseta de los botes? Hubiera necesitado una llave.

—Ah, eso fue muy sencillo —dijo la señora Masterton—. Ella salió de la caseta, naturalmente.

—¿Que salió de la caseta?

—Sí. Supongo que se aburriría, como cualquier chica de su edad. Probablemente anduvo vagando por ahí, mirando. Lo más probable es, yo creo, que vio al asesino de Hattie Stubbs. Oyó una lucha o algo así, fue a ver, y el asesino de *lady* Stubbs tuvo que matarla también a ella, naturalmente. Sería muy fácil para él llevarla de nuevo a la caseta, dejarla allí y salir tirando de la puerta. Tenía una cerradura Yale. Se cerraba sola.

Poirot afirmó con un suave movimiento de cabeza. No era su propósito discutir con la señora Masterton o resaltar el interesante hecho de que si Marlene Tucker había sido asesinada fuera de la

caseta, el asesino tenía que saber bastantes detalles del juego para ponerla en el lugar exacto y en la postura que debía adoptar. En lugar de ello dijo amablemente:

—*Sir* George Stubbs confía en que su esposa siga con vida.

—Eso es lo que dice, porque quiere creerlo. La quería mucho, ¿sabe? —y añadió inesperadamente—: Me gusta *sir* George, a pesar de su origen, de pertenecer al mundo de los negocios y todo eso. Se le ha acogido muy bien en la provincia. Lo peor que tiene es que es un poquito *snob*. Y después de todo el snobismo es una cosa bastante inofensiva.

Poirot dijo cínicamente:

—En estos tiempos, señora, el dinero tiene tanto valor como la buena cuna.

—Amigo mío, estoy completamente de acuerdo con usted. Él no tiene necesidad de ser *snob*… Con comprar la casa y tirar el dinero, hubiéramos venido todos a visitarle. Pero se le aprecia realmente. No es sólo por el dinero. Claro que Amy Folliat ha tenido algo que ver con esto. Los ha presentado en todas partes y como tiene mucha influencia por aquí… ¡Si ha habido algún Folliat aquí desde los lejanos tiempos de los Tudor!

—Siempre ha habido algún Folliat en Nasse House —murmuró Poirot para sí.

—¡Sí! —la señora Masterton suspiró—. Es triste, todo lo que se ha llevado la guerra. Jóvenes muertos en el frente, derechos reales, y todo eso. Luego, el que hereda una propiedad como ésta, no puede sostenerla y no tiene más remedio que venderla…

—Pero la señora Folliat, aunque ha perdido su hogar, continúa viviendo en la finca.

—Sí. Y ha puesto muy mona la casa del guarda. ¿Ha estado usted dentro?

—No… nos despedimos cuando llegamos al umbral de la puerta.

—No le hubiera hecho gracia a todo el mundo —dijo la señora Masterton— vivir en la casa del guarda de su antiguo hogar y ver instaladas en él a personas extrañas. Pero si he de hacer justicia a Amy Folliat, no creo que ella se sienta amargada por ello. En realidad, fue ella la que lo planeó todo. No hay duda de que animó a Hattie a venir aquí y consiguió que convenciera a George Stubbs. Yo creo que lo que Amy Folliat no hubiera podido soportar sería el

ver su casa convertida en un albergue o una institución, o que la derribaran, para construirla de nuevo —se puso en pie—. Bueno, tengo que marcharme. Soy una mujer de muchas ocupaciones.

—Claro. Tiene usted que hablar con el jefe de policía sobre los sabuesos.

La señora Masterton soltó una carcajada profunda, muy semejante a un ladrido.

—He criado sabuesos, en otros tiempos —dijo—. La gente me dice que me parezco un poco a ellos.

Poirot se quedó un poco desconcertado y ella fue lo bastante aguda para notarlo.

—Apuesto algo a que usted también lo ha pensado, *monsieur* Poirot —concluyó la dama.

Capítulo XIII

Cuando la señora Masterton se hubo marchado, Poirot salió y se paseó por los bosques. No tenía los nervios tan templados como de costumbre. Sentía un deseo irresistible de mirar detrás de cada arbusto y examinar cada macizo de rododendros, como posibles escondrijos de un cadáver. Por último llegó al templete y entró en él, sentándose en un banco de piedra, para descansar los pies que, según su costumbre, iban encerrados en zapatos de charol, ceñidos y puntiagudos.

Por entre los árboles vislumbraba el río, que relucía débilmente, y la orilla opuesta, cubierta de árboles. Coincidió con el joven arquitecto en que aquél no era lugar apropiado para colocar una fantasía arquitectónica de aquella clase. Claro que podían talarse algunos árboles, pero incluso así no se obtendría una buena vista. Mientras que, como Michael Weyman había dicho, en el montículo, junto a la casa, podía haberse construido un templete con una vista muy pintoresca río abajo, hasta Elmmouth. Los pensamientos de Poirot cambiaron bruscamente de rumbo. Helmmouth, el yate *Espérance* y Étienne de Sousa. Todo tenía que ensamblarse, formando una especie de tejido, pero no podía imaginar el aspecto de ese tejido. Aquí y allá aparecían hilos tentadores, pero eso era todo.

Algo reluciente atrajo su mirada y se agachó a recogerlo. Estaba en una pequeña grieta de la base de hormigón del templete. Lo colocó en la palma de la mano, pareciéndole como si lo reconociera. Era un pequeño dije de oro, en forma de aeroplano. Mientras lo contemplaba, con el ceño fruncido, una escena se presentó a su imaginación. Un brazalete, un brazalete de oro con dijes tintineantes. Se vio de nuevo sentado en la tienda y la voz de

madame Zuleika, alias Sally Legge, hablaba de mujeres morenas, viajes por mar y una carta con buenas noticias. Sí, llevaba un brazalete, del que colgaba una multitud de pequeños objetos de oro. Esas pulseras habían estado de moda cuando Poirot era joven y volvían a estarlo entonces. Probablemente por ese motivo le habían llamado la atención. Era de suponer que la señora Legge había estado sentada en el templete y se le había caído de su brazalete uno de los dijes. Puede que ni siquiera se hubiera dado cuenta. Puede que hubiera ocurrido hacía días, quizá semanas. O podía haber ocurrido la tarde anterior…

Poirot consideró la última posibilidad. Luego oyó pasos fuera y levantó vivamente la vista. Una figura dio la vuelta al templete y se detuvo a la puerta, sobresaltada, al ver a Poirot. Poirot miró con atención al joven delgado y rubio, que llevaba una camisa con distintas variedades de tortugas de mar y de tierra. La camisa era inconfundible. La había visto de cerca el día anterior, cuando su dueño estaba lanzando cocos.

Observó la extraordinaria confusión del joven, que dijo, con acento extranjero:

—Perdone… no sabía…

Poirot sonrió amablemente, pero con expresión reprobatoria.

—Me temo —dijo— que se ha metido usted en terreno privado.

—Sí, lo siento.

—¿Está usted en el Albergue?

—Sí, sí. Creí que a lo mejor se podía cruzar por los bosques hasta el embarcadero.

—Me parece —dijo Poirot amablemente— que tendrá usted que volver por donde ha venido. No hay derecho de paso.

El joven dijo de nuevo, mostrando toda su dentadura en una sonrisa que pretendía ser amable:

—Lo siento. Lo siento mucho.

Hizo una inclinación y se marchó.

Poirot salió del templete y volvió al sendero, mirando cómo el chico se alejaba. Cuando llegó al final del sendero, el chico miró por encima del hombro. Al ver que Poirot le observaba, apresuró el paso y desapareció tras una vuelta del sendero.

«*Eh bien!* —se dijo Poirot—; ¿habré visto a un asesino o no? Vamos…».

El joven, desde luego, había estado en la verbena el día anterior y había puesto mal gesto al tropezar con Poirot; por lo tanto, debía saber muy bien que no estaba permitido el paso a través de los bosques hasta el embarcadero. Si, realmente, *estuviera* buscando un camino para llegar al barco, no hubiera cogido el del templete, sino que hubiera continuado más abajo, al nivel del río. Además, había llegado al templete con el aire del que llega a un lugar de una cita, y se sorprende al encontrar a quien no espera.

«Conque eso es lo que hay —se dijo Poirot—. Vino aquí a reunirse con alguien. ¿Con quién vendría a reunirse? —y añadió—: ¿Y para qué?».

Bajó despacio hasta la vuelta del camino y miró a lo lejos, donde éste se perdía entre los árboles. Ya no se veía al joven de la camisa de tortugas. Probablemente había considerado prudente retirarse lo más aprisa posible. Poirot volvió sobre sus pasos, moviendo la cabeza con ademán de duda. Hundido en sus pensamientos, dio la vuelta al templete y se detuvo en el umbral, sobresaltándose a su vez. Sally Legge estaba allí, de rodillas, con la cabeza inclinada sobre las grietas del suelo. Se puso en pie de un salto, asustada.

—¡Ah, *monsieur* Poirot, qué susto me ha dado! ¡No le vi venir!

—¿Buscaba usted algo?

—Yo… no, no precisamente.

—Puede que haya perdido usted algo —dijo Poirot—; que se le haya caído algo. O puede que… —adoptó una actitud picaresca y galante—, o puede que tuviera usted una cita. ¿Por desgracia no seré yo la persona con quien venía a reunirse?

Sally Legge había recobrado ya su aplomo.

—¿Pero se tienen citas a media mañana? —preguntó.

—Algunas veces —dijo Poirot— uno tiene que citarse a la única hora que puede. Algunos maridos —añadió, en tono sentencioso— son celosos.

—No creo que mi marido lo sea —dijo Sally Legge con un tanto de ironía.

Había hablado en tono ligero, pero Poirot adivinó tras sus palabras una nota de amargura.

—Está tan monopolizado por sus propios asuntos…

—Todas las mujeres se quejan de sus maridos por lo mismo —dijo Poirot—, especialmente si son ingleses.

—Ustedes los extranjeros son más galantes.

—Sabemos —dijo Poirot—, que es necesario decirle a una mujer, por lo menos una vez a la semana, y mejor tres o cuatro veces, que la queremos; y también que es conveniente llevarle unas flores, hacerle un cumplido, decirle que está guapa con su vestido o su sombrero nuevo…

—¿Hace *usted* eso?

—Yo, señora, no soy marido —dijo Hércules Poirot—; ¡por desgracia!

—Estoy segura de que no lo considera usted una desgracia. Estoy segura de que está usted encantado de ser un soltero sin quebraderos de cabeza.

—No, no, señora; es horrible, la infinidad de cosas que me he perdido en la vida.

—Yo creo que casarse es una tontería —dijo Sally Legge.

—¿Echa usted de menos los tiempos en que pintaba en su estudio de Chelsea?

—Parece usted muy enterado de mis cosas, *monsieur* Poirot.

—Soy un chismoso —confesó Hércules Poirot—; me gusta saberlo todo —y continuó—: ¿Los echa usted de menos de verdad, señora?

—Ah, no sé.

Se sentó con impaciencia. Poirot se sentó a su lado.

Y una vez más fue testigo de un fenómeno al que estaba acostumbrándose. Aquella atractiva pelirroja estaba a punto de decirle cosas que con toda seguridad no hubiera dicho a un inglés.

—Tenía la esperanza —dijo Sally Legge— de que cuando viniéramos aquí de vacaciones, lejos de todo, las cosas volverían a estar como antes… Pero no ha sido así.

—¿No?

—No. Alec sigue de tan mal humor y… ¡ah, no sé!, encerrado en sí mismo. No sé lo que le pasa. Siempre está nervioso y como de punta. Recibe llamadas telefónicas y dejan recados extraños y no me cuenta nada. Eso es lo que me indigna. ¡Que no me cuenta *nada*! Al principio creí que sería una mujer, pero después de pensarlo, no lo creo. No…

Pero en su voz había una falta de seguridad que Poirot observó en seguida.

—¿Le gustó ayer su té, señora? —preguntó.

—¿Que si me gustó mi té?

Sally le miró con el ceño fruncido, como si sus pensamientos volvieran de muy lejos. Luego dijo con cierto apresuramiento:

—Ah, sí. No tiene usted idea de lo cansada que estaba, sentada en aquella tienda y envuelta en todos aquellos velos. Era asfixiante.

—La atmósfera de la tienda donde se servía el té también debía ser asfixiante, ¿no?

—Ah, sí, también. Pero no hay nada como una tacita de té, ¿verdad?

—Buscaba usted algo hace un momento, ¿verdad, señora? ¿No sería esto por casualidad?

Extendió la mano mostrándole en su palma el pequeño dije de oro.

—Yo… ah, sí. Ah, muchas gracias, *monsieur* Poirot. ¿Dónde lo encontró?

—Estaba aquí, en el suelo, en aquella grieta.

—Debe habérseme caído en alguna ocasión.

—¿Ayer?

—No, ayer no. Hace más tiempo.

—Pero, señora, estoy seguro de que tenía usted en la muñeca este dije, precisamente cuando estaba leyéndome las rayas de la mano.

Nadie sería capaz de mentir descaradamente mejor que Hércules Poirot. Habló con una seguridad absoluta y, ante aquella completa y rotunda seguridad, Sally Legge bajó los párpados.

—No; recuerdo bien —dijo—. Hasta esta mañana no lo eché en falta.

—Me alegro, entonces —dijo Poirot, galante—, de poder devolvérselo.

Ella, nerviosa, le daba vueltas al dije entre los dedos. Luego se levantó.

—Bueno, *monsieur*, gracias, muchas gracias —remachó.

Respiraba con irregularidad y su mirada expresaba su nerviosismo.

Salió apresuradamente del templete. Poirot se recostó en su asiento y movió la cabeza.

«No —se dijo—. No. Tú no fuiste ayer tarde a la tienda donde se

servía el té. Si tenías tanto interés en saber si eran las cuatro, no era porque quisieras tomar un té. Fue aquí a donde viniste ayer tarde. *A mitad del camino de la caseta de los botes*. Viniste aquí a encontrarte con alguien».

Oyó de nuevo pasos que se aproximaban. Pasos rápidos, impacientes. «Y puede que aquí venga —dijo Poirot sonriendo ante la idea— la persona con quien la señora Legge vino a reunirse aquí».

Pero entonces por la esquina del templete apareció Alec Legge y Poirot exclamó:

—Me he equivocado otra vez.

—¿Eh? ¿Qué dice?

Alec Legge pareció sobresaltarse.

—Decía —explicó Poirot— que me he equivocado de nuevo. No me equivoco con frecuencia —explicó— y me desespero cuando esto ocurre. No era a usted a quien esperaba ver ahora.

—¿A quién esperaba usted ver? —preguntó Alec Legge.

Poirot se apresuró a replicar:

—A un joven… casi un chiquillo, con una de esas camisas de dibujos muy alegres, llena de tortugas.

Le satisfizo el efecto de sus palabras. Alec Legge avanzó un paso hacia él, hablando de un modo incoherente:

—¿Cómo lo sabe? ¿Cómo…, qué quiere usted decir?

—Soy adivino —dijo Hércules Poirot cerrando los ojos.

Alec Legge avanzó otro par de pasos. Poirot comprendió que tenía frente a él a un hombre ciego de ira.

—¿Qué diablos quiso usted decir? —preguntó, un tanto preocupado.

—Creo que su amigo ha vuelto al Albergue Juvenil —dijo Poirot —. Si quiere usted verle, tendrá que ir allá.

—¡Conque esas tenemos! —murmuró Alec Legge.

Se dejó caer en el otro extremo del banco de piedra.

—¿Conque es por eso por lo que está usted aquí? No era para «entregar los premios». Debí haberlo comprendido —volvió hacia Poirot un rostro ansioso y triste—. Ya sé lo que debe parecer todo esto. Ya sé lo que parece. Pero no es lo que usted cree. Soy una víctima de todos ellos. Le digo a usted que una vez que se deja coger uno por las garras de esta gente, no es fácil librarse. Y yo

quiero librarme. Ése es el quid de la cuestión. *Yo quiero librarme*. Se desespera uno. Le entran a uno deseos de tomar medidas desesperadas. Está uno como un ratón en una ratonera y con la sensación de no poder hacer nada. ¡Ah, bueno, de nada sirve hablar! Supongo que ya sabe usted lo que quería saber. Ya tiene usted pruebas.

Se levantó, se tambaleó un poco, como si apenas pudiera ver el camino, luego salió precipitadamente, sin volver la vista.

Hércules Poirot se quedó atrás, con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas.

—Todo esto es muy curioso —dijo—. Curioso e interesante. Tengo las pruebas que necesitaba. ¿Pruebas de qué? ¿De un asesinato?

Capítulo XIV

1

El inspector Bland estaba sentado en la estación de policía de Helmmouth. El superintendente Baldwin, un hombre alto, de aspecto animoso, se sentaba al otro lado de la mesa. En la mesa, entre los dos hombres, había un bulto negro, empapado. El inspector Bland lo tocó con el dedo con cuidado.

—No hay duda de que es un sombrero —dijo—. Estoy seguro, aunque no creo que pudiera jurarlo. Parece que le gustaba esa forma. Eso me dijo la doncella. Tenía varios de ésos. Uno rosa pálido y otro amoratado, pero ayer llevaba el negro. Sí, ése es. ¿Y lo sacaron ustedes del río? Eso parece indicar que estábamos en lo cierto.

—No hay seguridad todavía —dijo Baldwin—. Después de todo —añadió— cualquiera pudo tirar el sombrero al río.

—Sí —dijo Bland—. Pudieron tirarlo desde la caseta de los botes o desde un yate.

—El yate está perfectamente vigilado —dijo Baldwin—. Si está allí, viva o muerta, allí sigue.

—¿No ha bajado él a tierra hoy?

—Hasta ahora no. Está a bordo. Ha estado sentado fuera, en una silla extensible, fumando un cigarro.

El inspector Bland echó una ojeada al reloj.

—Ya casi es la hora de subir a bordo —dijo.

—¿Cree usted qué la encontrará? —preguntó Baldwin.

—No lo aseguraría —dijo Bland—. Barrunto que es un tipo muy listo.

Se hundió por un momento en sus pensamientos y volvió a tocar

el sombrero. Luego dijo:

—¿Y respecto al cadáver, caso de que lo haya? ¿Tiene usted alguna idea sobre ello?

—Sí —dijo Baldwin—. Hablé con Otterwin esta mañana. Es un guardacostas jubilado. Siempre le consulto en todo lo relacionado con mareas, y corrientes. A la hora en que esa señora fue a parar al río, suponiendo que fuera a parar al río, la marea estaba baja. Como hay luna llena, subiría rápidamente. Opina que el cadáver sería arrastrado por el mar y la corriente lo llevaría hacia la costa de Cornualles. No puede saberse con seguridad el lugar donde aparecería el cadáver, ni siquiera que apareciera en ningún sitio. Hemos tenido aquí dos ahogados cuyos cadáveres no han sido recuperados. Además, se destrozan contra las rocas junto a Start Point. Por otra parte, podría aparecer cualquier día.

—Si no aparece, habrá dificultades —dijo el inspector Bland.

—¿Está usted firmemente convencido de que fue a parar al río?

—No se me ocurre otra cosa —dijo el inspector Bland con expresión sombría—. Hemos vigilado los autobuses y los trolebuses. Este lugar es un callejón sin salida. Iba vestida de un modo muy llamativo y no se llevó con ella otros vestidos. Conque yo diría que no salió de Nasse. Su cadáver está o bien en el mar o escondido en algún lugar de la finca. Lo que necesito ahora —continuó apesadumbrado— es el *motivo*. Y el cadáver, por supuesto —dijo como recordando de pronto—. No puedo llegar a ninguna parte sin el cadáver.

—¿Y de la otra chica?

—Vio el otro asesinato… o vio algo. Llegaremos a los hechos al final. Pero no va a ser tarea fácil.

Baldwin, por su parte, miró el reloj.

—Es hora de irnos —dijo.

Los dos policías fueron recibidos a bordo del *Espérance* con toda la encantadora cortesía de De Sousa. Les ofreció algo de beber, ofrecimiento que ellos rechazaron, y a continuación se mostró amablemente interesado por sus actividades.

—¿Han adelantado ustedes en su investigación de la muerte de esa chica?

—Estamos progresando bastante —le dijo el inspector Bland.

El superintendente tomó las riendas y expresó con mucha

delicadeza el objeto de su visita.

—¿Les gustaría registrar el *Espérance*? —a De Sousa no pareció enfadarle, sino más bien divertirle la idea—. ¿Pero por qué? ¿Creen ustedes que tengo escondido al asesino o que el asesino soy yo mismo?

—Es necesario, señor De Sousa; estoy seguro de que lo comprenderá usted así. La autorización de registro…

De Sousa alzó las manos.

—Pero si estoy deseando colaborar con ustedes… ¡si no deseo otra cosa! Vamos a tratar esto entre amigos. Tienen ustedes libertad absoluta para registrar todo lo que quieran en mi barco. Ah, ¿a lo mejor creen ustedes que tengo aquí a mi prima *lady* Stubbs? ¿Creen que se ha escapado de lado de su marido y ha venido a refugiarse aquí? Pero registren, caballeros, registren por favor.

Pusieron manos a la obra. El registro fue muy concienzudo. Por último, esforzándose en ocultar su desilusión, los dos policías se despidieron del señor De Sousa.

—¿No han encontrado ustedes nada? ¡Qué desilusión! Pero ya se lo dije a ustedes… Tomarán algo, ¿no?

Les acompañó hasta el bote, que les esperaba al costado del *Espérance*.

—¿Y yo? —preguntó—, ¿puedo marcharme? Comprenderán que esto resulta un poco aburrido. Hace buen tiempo y me gustaría mucho continuar hasta Plymouth.

—Le agradeceríamos mucho, señor, que permaneciera usted aquí para la encuesta, qué es mañana, por si el «coroner» quisiera preguntarle algo.

—Naturalmente. Quiero ayudar en todo lo que pueda. Pero ¿y después?

—Después, señor —dijo el superintendente Baldwin con el rostro impasible—, está usted en libertad, naturalmente, de ir a donde guste.

Lo último que vieron, mientras la lancha se alejaba del yate, fue el rostro sonriente de De Sousa, que les miraba desde arriba.

2

La encuesta estuvo completamente desprovista de interés. Aparte del informe médico y de la identificación del cadáver poco hubo para satisfacer la curiosidad de los espectadores. Se solicitó un aplazamiento y fue concedido. Todo el procedimiento había sido pura cuestión de fórmula.

Lo que ocurrió después de la encuesta, sin embargo, no fue tan convencional. El inspector Bland dedicó la tarde a dar un paseo en el famoso barco de recreo, el «Devon Belle». Salió de Brixwell a eso de las tres, dio la vuelta al cabo, continuó bordeando la costa, entró en la desembocadura del Helm y siguió río arriba. Además del inspector Bland, iban a bordo unas 230 personas. Se sentó a estribor, escudriñando la orilla cubierta de árboles. Después de una revuelta del río, pasaron por delante de la solitaria caseta de tejado gris que pertenecía a Hoodown Park. El inspector Bland miró disimuladamente su reloj de pulsera. Eran las cuatro y cuarto. Estaban en aquel momento pasando cerca de la caseta de Nasse. Se la veía, distante, abrigada entre los árboles, con su balconcito y su pequeño desembarcadero. Nada indicaba que hubiera alguien dentro de la caseta, aunque en realidad el inspector Bland sabía con certeza que *había* una persona dentro. Hoskins, cumpliendo órdenes, estaba de servicio en la caseta de los botes.

No lejos de los peldaños de la caseta había una pequeña lancha. En la lancha había un hombre y una chica, con ropa de excursionistas. Estaban entregándose a lo que parecía una payasada bastante tosca. La chica gritaba, el hombre fingía, jugando, que iba a tirarla por la borda. En aquel preciso instante, una voz estentórea habló a través de la bocina.

—Señoras y caballeros —tronó—, estamos llegando al famoso pueblo de Gitcham, donde nos detendremos tres cuartos de hora y donde podrán tomar el té, cangrejos o langosta y crema de Devonshire. A la derecha tienen la propiedad de Nasse House. Pasaremos por delante de la casa dentro de dos o tres minutos. Se divisa apenas a través de los árboles. En un principio, perteneció a *sir* Gervase Folliat, contemporáneo de *sir* Francis Drake, que se embarcó con él en su viaje al Nuevo Mundo, y en la actualidad es propiedad de *sir* George Stubbs. A la izquierda tienen la famosa Gooseacre Rock. En esta roca, señoras y caballeros, era costumbre depositar a las mujeres regañonas cuando la marea era baja, y

dejarlas allí hasta que el agua les llegara al cuello.

Todos los pasajeros del «Devon Belle» contemplaron fascinados la Gooseacre Rock. Hubo muchas bromas, risitas agudas y risotadas.

Mientras ocurría esto, el excursionista de la lancha, tras un último forcejeo, consiguió tirar a su amiga por la borda. Agachándose, la tuvo metida bajo el agua, riéndose y diciendo: «No, no te saco hasta que prometas portarte como es debido».

Nadie, sin embargo, observó esto, salvo el inspector Bland. Todos habían estado escuchando la voz que salía de la bocina, mirando entre los árboles, para captar la vista de Nasse House, cuando aparecía por primera vez o contemplando fascinados la Gooseacre Rock.

El excursionista soltó a la chica, ella se hundió en el agua y segundos más tarde apareció al otro lado del bote. Nadó hasta él y subió por el costado, con destreza. Alice Jones, perteneciente al cuerpo femenino de policía, era una nadadora consumada.

El inspector Bland bajó a tierra en Gitcham, con los otros 230 pasajeros y tomó té, langosta, crema de Devonshire y unas tortas. Mientras comía, se decía: «¡De modo que *pudo* haber ocurrido y nadie lo hubiera notado!».

3

Mientras el inspector Bland hacía su experimento en el río Helm, Hércules Poirot hacía otro experimento con una tienda en el césped de Nasse House. En realidad, era la misma tienda donde *Madame* Zuleika había estado leyendo las rayas de la mano. Cuando los demás puestos y tiendas habían sido desarmados. Poirot había solicitado que dejaran aquélla.

Entró en la tienda, cerró las solapas y se dirigió al fondo. Con manos hábiles, desató las solapas del fondo, salió de la tienda y volvió a atarlas, hundiéndose en el seto de rododendros colocado inmediatamente detrás. Deslizándose por entre dos arbustos, no tardó en llegar a un pequeño cenador rústico. Era una especie de quiosco, con una puerta cerrada; Poirot abrió la puerta y entró. En el interior estaba muy oscuro, porque entraba muy poca luz a través

de los rododendros que habían crecido a su alrededor, desde que habían sido colocados allí, hacía ya muchos años. Había una caja con bolas de criquet y algunos aros oxidados, uno o dos palos rotos de *hockey*, gran cantidad de arañas y de ciempiés y una marca más o menos redonda en el polvo del suelo. Poirot la contempló durante, un momento. Se arrodilló y, sacando de su bolsillo una cinta de medir, tomó las medidas con todo cuidado. Luego movió la cabeza satisfecho.

Salió sin hacer ruido, cerrando la puerta. Luego siguió en dirección oblicua, a través de los rododendros. Se abrió camino cuesta arriba, y poco después salió al sendero que conducía al templete desde allí a la caseta de los botes.

No entró en el templete en aquella ocasión, sino que continuó por el zigzagueante camino hasta la caseta. Llevaba la llave, abrió la puerta y entró.

Salvo por la retirada del cadáver y de la bandeja con el vaso y el plato, estaba exactamente tal como lo recordaba. La policía había anotado y fotografiado todo lo que contenía. Se acercó a la mesa, donde yacían los «tebeos». Les dio la vuelta y al ver las palabras que Marlene había escrito antes de morir, la expresión de Poirot era bastante parecida a la del inspector Bland. «Jackie Blackie anda con Susan Brown». «George Porgie besa a las exploradoras en el bosque». «Peter pellizca a las chicas en el cine». «A Biddi Fox le gustan los chicos». «Albert anda con Doreen».

Las anotaciones le parecieron patéticas en su juvenil crudeza. Recordó el rostro vulgar de Marlene. Pensó que probablemente los chicos no habrían pellizcado a Marlene en el cine. Defraudada, Marlene había encontrado un sustituto emocionante en fisgar y espiar a sus jóvenes contemporáneos. Había espiado, había husmeado y había visto cosas. Cosas que no tenía por qué haber visto, cosas, generalmente, de poca importancia, pero puede que en cierta ocasión hubiera visto algo de mayor importancia. Algo de cuya importancia en relación con ciertas cosas, ella misma no tenía idea.

Todo esto eran simples conjeturas y Poirot movió la cabeza con expresión incierta. Su pasión por el orden era cada vez mayor y colocó ordenadamente el montón de «tebeos» sobre la mesa. Mientras lo hacía, le asaltó de pronto la sensación de que algo

faltaba. Algo… ¿Qué sería? Algo que *debía* haber estado allí… Algo… Meneó la cabeza, al desaparecer la impresión pasajera.

Salió lentamente de la caseta de los botes, descontento y disgustado consigo mismo. Él, Hércules Poirot, había sido llamado para evitar un asesinato… y no lo había evitado. Había ocurrido en realidad. Era ignominioso. Y al día siguiente debía regresar a Londres, derrotado. Se sentía ridículamente apabullado… Sus mismos bigotes colgaban de un modo muy triste.

Capítulo XV

Quince días más tarde, el inspector Bland celebró una larga y desagradable entrevista con el jefe de policía de la provincia. El comandante Merrall tenía unas cejas enmarañadas y parecía un fox terrier malhumorado. Pero todos sus hombres le querían y respetaban a su juicio.

—Bien, bien, bien —dijo el comandante Merrall—; ¿con qué contamos? Con nada que nos sirva de base para actuar. A ese De Sousa no podemos relacionarlo de ningún modo con la chica exploradora. Si el cadáver de *lady* Stubbs hubiera aparecido, sería otra cosa —bajó las cejas hasta juntarlas con la nariz y miró a Bland —. Usted cree que *hay* un cadáver, ¿no?

—¿Qué cree usted, señor?

—Ah, estoy de acuerdo con usted. De otra forma, ya hubiéramos dado con ella. A no ser, claro está, que hubiera hecho planes con todo cuidado. Y no veo nada que indique que haya sido así. No tenía dinero. Hemos investigado el aspecto económico del asunto. Era *sir* George el del dinero. Le asignó una cantidad muy generosa, pero ella por sí misma no tiene ni un penique. Y no hay el menor indicio de que exista un amante. No hay rumores, ni cotilleos… y los hubiera habido en un lugar como ése.

Se paseó por la habitación de arriba abajo.

—La realidad es que no sabemos nada. *Creemos* que De Sousa, por algún motivo particular suyo, se deshizo de su prima. Lo más probable es que se hubiera citado con ella en la caseta de los botes, llevándola a la lancha y tirándola por la borda. ¿Ha comprendido usted que pudo ocurrir así?

—¡Y tal! Podría uno ahogar a toda la gente de un bote en esa época del año en el río en la orilla. Nadie hubiera sospechado nada.

Todo el mundo se pasa el tiempo chillando y empujándose. Pero lo que De Sousa no sabía *era* que la chica estaba en la caseta, aburriéndose de muerte, sin nada que hacer, y hay diez posibilidades contra una de que estuviera mirando por la ventana.

—¿Hoskins miró por la ventana y contempló toda la escena que usted representó y usted no lo vio?

—No, señor. A no ser que la persona que estuviera dentro de la caseta se asomara al balcón y se mostrara, uno no tendría ni idea de que allí hubiera alguien.

—O puede ser que la chica saliera efectivamente al balcón. De Sousa se da cuenta de que ha visto lo que está haciendo, baja a tierra y entabla conversación con ella. Consigue que le deje entrar en la caseta, después de preguntarle qué es lo que está haciendo allí. Ella se lo dice, satisfecha de su papel en la Persecución del Asesino, él le pone la cuerda alrededor del cuello, como una broma, y ¡paf! —el comandante Merrall hizo con las manos un gesto expresivo—. ¡Y eso fue todo! Muy bien, Bland; muy bien. Digamos que fue así como ocurrió. Todo es pura suposición. No tenemos la menor prueba. No tenemos cadáver, y si intentáramos detener a De Sousa en este país, buena la armaríamos. Tendremos que dejarle marchar.

—¿Se marcha, señor?

—Levará anclas dentro de una semana. Vuelve a su isla.

—De modo que no tenemos mucho tiempo —dijo el inspector Bland con expresión sombría.

—¿Supongo que habrá otras posibilidades?

—Ah, sí, señor, hay varias *posibilidades*. Yo sigo aferrado a la idea de que ha sido asesinada por alguien que conocía todos los detalles de la Persecución del Asesino. Podemos descontar a dos personas: *sir* George Stubbs y al capitán Warburton. Estuvieron dirigiendo unos juegos y ocupándose de cosas durante toda la tarde. Docenas de personas responden por ellos. Lo mismo puede decirse de la señora Masterton, en caso de que se la incluya.

—Hay que incluir a todo el mundo —dijo el comandante Merrall —. Me está telefoneando continuamente para hablarme de sabuesos. En una novela policíaca —añadió con melancolía— ella hubiera sido la asesina. Pero ¡maldita sea!, conozco a Connie Masterton muy bien de toda la vida. No puedo imaginármela

estrangulando a exploradoras o desembarazándose de misteriosas bellezas exóticas. Bueno, ¿quién más hay?

—La señora Oliver —dijo Bland—. Ella inventó la Persecución del Asesino. Es bastante excéntrica y estuvo sola la mayor parte de la tarde. Luego está el señor Alec Legge.

—El de la casa de color de rosa, ¿eh?

—Sí. Se marchó de la verbena bastante temprano o al menos no fue visto más. Dice que se cansó de aquello y volvió andando a su casa. Por otra parte, el viejo Merdell, ese hombre que está en el embarcadero, que cuida de los botes y ayuda a la gente a estacionar los coches, dice que Alec Legge pasó por delante de él, camino de su casa, a eso de las cinco. No antes. Eso hace que quede una hora sin justificar. Él dice, como es natural, que Merdell no tiene idea del tiempo y que se equivoca en la hora en que le vio. Y, después de todo, el viejo tiene noventa y dos años.

—Muy poco satisfactorio —dijo el comandante Merrall—. ¿No hay motivo ni nada por el estilo que le una al asunto?

—Puede que tuviera un lío con *lady* Stubbs —dijo Bland no muy convencido— y puede que él la hubiera matado y puede que la chica lo hubiera visto…

—¿Y escondió en algún sitio el cadáver de *lady* Stubbs?

—Sí. Pero que me aspen si sé cómo o dónde. Mis hombres han registrado los sesenta y cinco acres y no hay rastro de tierra removida y puedo decir que a estas horas hemos escudriñado debajo de todos los arbustos y matorrales. Sin embargo, supongamos que se las arregló para ocultar el cadáver; puede haber tirado el sombrero al río para despistarnos. ¿Y Marlene Tucker le vio y entonces él se deshizo de ella? Esa parte de la historia es siempre la misma —el inspector Bland hizo una pausa, diciendo a continuación—: Y, naturalmente, tenemos a la señora Legge…

—¿Qué sabemos de ella?

—Dice que estuvo en la tienda del té desde las cuatro hasta las cuatro y media, pero no estuvo —dijo el inspector Bland lentamente —. Lo supe en seguida que hablé con ella y con la señora Folliat. Y esa hora es, precisamente, la esencial —de nuevo se detuvo—. Y luego tenemos al arquitecto, el joven Michael Weyman. Es difícil relacionarlo con el asunto, pero es lo que llamaría un asesino *probable*, uno de esos tipos descarados y fuertes. Mataría a

cualquiera con toda tranquilidad. No me extrañaría nada que anduviera con gente de malas costumbres.

—¡Es usted tan terriblemente respetable, Bland! —dijo el comandante Merrall—. ¿Qué cuenta de sus movimientos?

—Una cuenta muy vaga, señor. Muy vaga realmente.

—Eso prueba que es un auténtico arquitecto —dijo el comandante Merrall con calor. Acababa de construir una casa cerca de la costa—. Son tan vagos… Algunas veces me extraña que estén vivos…

—No sabe dónde estuvo ni a qué hora y parece que nadie le ha visto. Hay pruebas de que a *lady* Stubbs le gustaba.

—¿Está usted insinuando que se trata de uno de esos asesinatos sexuales?

—Sólo miro a mi alrededor a ver lo que puedo encontrar, señor —dijo Bland—; y luego la señorita Brewis…

Hizo una pausa. Una larga pausa.

—Ésa es la secretaria, ¿no?

—Sí, señor. Una mujer muy eficiente.

De nuevo se produjo un silencio. El comandante Merrall clavó en su subordinado una mirada penetrante.

—Tiene alguna idea respecto a ella, ¿verdad? —dijo.

—Sí, señor, la tengo. Verá usted, admite abiertamente que estuvo en la caseta de los botes alrededor de la hora en que tuvo que cometerse el asesinato.

—¿Lo hubiera admitido en caso de ser culpable?

—Puede ser que sí —dijo el inspector Bland lentamente—. En realidad, es lo mejor que podía hacer. Si coge ella una bandeja con pasteles y un zumo de frutas y le dice a todo el mundo que va a llevársela a la chica… bien, entonces su presencia allí queda justificada. Va allí, vuelve y dice que la chica estaba viva entonces. Hemos creído en su palabra. Pero si piensa usted en el informe médico, señor, recordará que el doctor Cook dijo que la muerte había ocurrido entre las cuatro y las cinco menos cuarto. La única prueba que tenemos de que Marlene estaba viva a las cuatro y cuarto es la palabra de la señorita Brewis. Y hay un punto curioso en su declaración. Me dijo que había sido *lady* Stubbs la que había dicho que le llevara a Marlene los pasteles y el zumo de frutas. Pero otro testigo afirmó categóricamente que *lady* Stubbs nunca hubiera

pensado en semejante cosa. Y creo que tiene razón. No es propio de *lady* Stubbs. *Lady* Stubbs era una mujer muy guapa y muy tonta que sólo pensaba en sí misma y en su aspecto físico. Al parecer, nunca escogió un menú, ni mostró el menor interés por el orden de la casa, ni pensó en nadie en absoluto, aparte de su bella persona. Cuanto más pienso en ella, más improbable me parece que le hubiera dicho a la señorita Brewis que llevara nada a la chica.

—Sí, Bland; hay algo de cierto en lo que usted indica —dijo Merrall—; pero, de ser así, ¿qué motivo podía tener?

—Ninguno para matar a la chica —dijo Bland—; pero sí creo que podía tener un motivo para matar a *lady* Stubbs. Según *monsieur* Poirot, de quien ya le hablé a usted, está completamente chiflada por su jefe. Supongamos que siguiera a *lady* Stubbs al bosque y la matara y que Marlene Tucker, aburrida de estar en la caseta, hubiera salido y lo hubiera visto todo. Entonces, naturalmente, tendría que matar a Marlene también. ¿Y qué es lo que haría a continuación? Poner el cadáver de la chica en la caseta, volver a la casa, coger la bandeja y bajar a la caseta de nuevo. Así justifica su ausencia de la fiesta y tenemos su declaración, al parecer la única declaración que podemos fiarnos, *de que Marlene Tucker estaba viva a las cuatro y cuarto*.

—Bueno —suspiró el comandante Merrall—. Siga con eso, Bland. Siga con eso. Si ella es la culpable, ¿qué cree usted que hizo con el cadáver?

—Esconderlo en el bosque, enterrarlo o tirarlo al río.

—Lo de tirarlo al río sería un poco difícil, ¿no?

—Depende del lugar donde se haya cometido el asesinato —dijo el inspector—. Es una mujer muy forzuda. Si no fue muy lejos de la caseta, *pudo* haberla arrastrado hasta allí y tirarla por el borde del embarcadero.

—¿En presencia de los barcos que pasan por el río?

—Hubiera parecido que se trataba de una de tantas payasadas. Era arriesgado, pero posible. Pero mi opinión personal es que es mucho más probable que ocultara el cadáver en alguna parte y tirara al río solamente el sombrero. Es posible que ella, conociendo como conoce la casa y toda la finca, supiera de un lugar donde esconder el cadáver. Más tarde, pudo habérselas arreglado para deshacerse de él, tirándolo al río. ¿Quién sabe? Eso naturalmente

suponiendo que haya sido ella —añadió el inspector Bland— pero yo, señor, sigo con la idea de que ha sido De Sousa…

El comandante Merrall había estado haciendo anotaciones en un cuaderno. En aquel momento levantó la mirada y aclaróse la garganta.

—Entonces, resulta lo siguiente. Podemos resumirlo así; tenemos cinco o seis personas que pueden *haber* matado a Marlene Tucker. Algunas de ellas son más probables que las otras, pero no podemos pasar de ahí. En términos generales, sólo sabemos *por qué* ha sido asesinada. Fue asesinada porque vio algo. Pero hasta que sepamos qué es exactamente lo que vio no sabremos quién la ha matado.

—Expresado así, hace usted que parezca bastante difícil.

—Es que *es* difícil. Pero lo solucionaremos… al final.

—Y entretanto, ese tipo habrá salido del país, riéndose para sus adentros, y habiendo cometido dos asesinatos.

—Está usted muy seguro de que ha sido él, ¿verdad? No digo que esté equivocado. Sin embargo…

El jefe de policía permaneció en silencio durante unos segundos. Luego dijo encogiéndose de hombros:

—En cualquier caso, es preferible a habérselas con uno de esos asesinos psicopáticos. Probablemente a estas horas tendríamos ya un tercer asesinato.

—Dicen que a la tercera va la vencida —dijo el inspector, sombrío.

Repitió ésta observación a la mañana siguiente, cuando se enteró de que el viejo Merdell, volviendo a su casa de una visita a su taberna favorita al otro lado del río, en Gitcham, debía haberse excedido en sus tragos y se había caído al río al acercarse al embarcadero. Su bote había sido encontrado a la deriva y el cadáver había sido recuperado aquella noche.

La encuesta fue breve y sencilla. La noche había sido oscura y nublada, el viejo Merdell había bebido tres pintas de cerveza, y después de todo, tenía noventa y dos años.

El veredicto fue el de muerte por accidente.

Capítulo XVI

1

Hércules Poirot estaba sentado en una butaca cuadrada frente a la chimenea cuadrada de la habitación cuadrada de su piso de Londres. Frente a él había varios objetos que no eran cuadrados, sino violenta y casi increíblemente curvos. Examinando por separado cada uno de ellos, no parecía posible que pudiera ejercer ninguna función en el mundo normal. Su forma era improbable, irresponsable y como surgida por casualidad. Naturalmente, en realidad no eran nada de eso. Valorándolos con justicia cada uno tenía un lugar determinado en determinado universo. Colocado cada uno en el lugar exacto de su propio universo, no solamente adquirían sentido, sino que componían un cuadro. En otras palabras: Hércules Poirot estaba ordenando un rompecabezas.

Miró a un rectángulo, que todavía presentaba huecos de formas improbables. Encontraba esa ocupación sedante y agradable. Del desorden surgía el orden. Tenía, pensó, cierto parecido con su profesión. También en ella se enfrentaba uno con hechos imposibles o improbables, hechos que no parecían tener la menor relación unos con otros, y, sin embargo, todos formaban una parte equilibrada del todo. Con habilidad, cogió una pieza improbable, color gris oscuro y la acopló en un cielo azul. Entonces vio que se trataba de parte de un aeroplano.

—Sí —se dijo Poirot—; eso es lo que uno debe hacer. La pieza imposible, la pieza improbable, la pieza lógica que no es lo que parece, todas tienen su lugar señalado y, una vez colocada en él *eh bien*, se acabó el asunto. Todo está claro. En rápida sucesión, fue colocando un pequeño fragmento de un minarete, otra pieza que

parecía parte de un toldo de rayas y era en realidad el lomo de un gato, y un trozo de puesta de sol, que había cambiado con rapidez asombrosa del anaranjado al rosa.

Si supiera uno lo que tenía que buscar, sería muy fácil, se dijo Poirot. Pero uno no sabe lo que tiene que buscar. Suspiró irritado. Sus ojos pasaron del rompecabezas que tenía frente a sí a la butaca colocada al otro lado de la chimenea. Menos de media hora antes, había estado sentado allí el inspector Bland tomando té y bollos (bollos cuadrados) y charlando tristemente. Había tenido que ir a Londres para un servicio y, terminado éste, se había acercado a ver a *Monsieur* Poirot. Quería saber, explicó, si *monsieur* Poirot tenía alguna idea. Luego había explicado sus propias ideas. Poirot había coincidido con él en todos los puntos. El inspector Bland, pensó Poirot, había hecho un resumen del caso muy justo e imparcial.

Había pasado un mes, casi cinco semanas, desde los acontecimientos de Nasse House. Cinco semanas negativas, de completa inactividad. El cadáver de *lady* Stubbs no había sido hallado. Si estaba viva, no se había dado con ella. Lo más probable, había observado el inspector, era que estuviera muerta. Poirot convino en ello.

—Claro —dijo Bland— que puede que el cuerpo no haya sido llevado a tierra todavía. Una vez que un cadáver está en el agua, nunca se sabe. Puede que aparezca todavía, aunque para entonces no habrá quien lo reconozca.

—Hay una tercera posibilidad —señaló Poirot.

Bland afirmó con un movimiento de cabeza.

—Sí —dijo—. Ya he pensado en ella. No dejo de pensar en ella, en realidad. Se refiere usted a que el cuerpo está allí, en Nasse, escondido en algún lugar donde no se nos ocurrió buscar. Puede ser, desde luego. Es una posibilidad. En una casa antigua, rodeada de todo ese terreno, habrá lugares en los que nadie pensaría, que nunca llegaría uno a suponer que existieran.

Hizo una pausa, caviló unos instantes y luego dijo:

—Todavía el otro día estuve en una casa. Durante la guerra construyeron un refugio contra los bombardeos. Una gruta endeble, de confección poco menos que casera, en el jardín, junto al muro de la casa, y abrieron un pasadizo desde el refugio hasta la casa, hasta la bodega. Bueno, la guerra terminó, el refugio se derrumbó,

hicieron unos montículos y construyeron como una especie de jardín rocoso. Pasando ahora por el jardín, nadie diría que aquello había sido un refugio antiaéreo y que hay una cámara debajo. Parece como si toda la vida hubiera sido un jardín rocoso. Y allí, detrás de una gran tinaja de vino, en la bodega, sigue estando el pasadizo que lleva al refugio. Eso es lo que quiero decir. Una cosa así. Un camino o algo que conduzca a un sitio del que ningún extraño puede tener idea. ¿Supongo que no habrá ningún escondite de los que utilizaban los sacerdotes cuando las persecuciones religiosas?

—No creo… en esa época no.

—Eso es lo que dice el señor Weyman. Dice que la casa fue construida alrededor de 1790. No había razón para que los sacerdotes se ocultaran en esa época. De todos modos, podría haber en alguna parte algún cambio en la estructura de la casa, del que alguien de la familia podía tener noticia. ¿Qué cree usted, *monsieur* Poirot?

—Es posible, sí —dijo Poirot—. *Mais oui*, decididamente es una idea. Si acepta uno esa posibilidad, lo siguiente es pensar, ¿quién conocería la existencia de algo así? Supongo que cualquiera de los que están en la casa podría saberlo, ¿no le parece?

—Sí. Claro que eso dejaba fuera a De Sousa —el inspector no parecía satisfecho. De Sousa seguía siendo su sospechoso favorito—. Como usted dice, cualquiera que viviera en la casa, un criado o alguien de la familia, podía saberlo. Sería menos probable que lo supiera alguien que se encuentra en la casa sólo de paso. Y gente como los Legge, que viven fuera y sólo van de visita, todavía menos probable.

—La persona que con toda seguridad conocería la existencia de una cosa así y que podía decírselo, si se lo pregunta, es la señora Folliat —dijo Poirot, plenamente convencido.

La señora Folliat, pensó, sabía todo lo que había que saber sobre Nasse House. La señora Folliat sabía muchas cosas… La señora Folliat había sabido desde el primer momento que Hattie Stubbs estaba muerta. La señora Folliat sabía, antes de que Marlene y Hattie Stubbs murieran, que el mundo era muy malo y que había gente muy mala en él. La señora Folliat, pensó Poirot irritado, era la clave de todo el asunto. Pero la señora Folliat no iba a descubrir su

secreto fácilmente.

—Me he entrevistado con esa señora varias veces —dijo el inspector—. Muy amable, muy agradable, y parece disgustarle mucho el no poder aportar ninguna idea que nos ayude.

«¿No puede o no quiere?», pensó Poirot; Bland, posiblemente, pensaba lo mismo.

—Hay cierta clase de señoras a las que uno no puede obligar a hablar. No puede uno asustarlas ni convencerlas ni engañarlas.

«No —pensó Poirot—, ni se podía obligar, ni convencer ni engañar a la señora Folliat».

El inspector había terminado de tomar su té, había suspirado y se había marchado, y Poirot había sacado su rompecabezas para aliviar su creciente exasperación. Porque estaba exasperado. Exasperado y humillado al mismo tiempo. La señora Oliver le había llamado a él, Hércules Poirot, para aclarar un misterio. Tenía la impresión de que algo andaba mal, y era cierto, algo andaba mal. Había acudido esperanzada a Poirot, primero, para evitar el mal, y no lo había evitado, y, segundo para descubrir al asesino, y no había descubierto al asesino. Se hallaba sumergido en la niebla, en la niebla en la que, de cuando en cuando, surgen resplandores que ciegan. De cuando en cuando, o así se lo parecía a él, había visto uno de esos resplandores fugaces. Y nunca había podido llegar más lejos. No había podido valorar lo que le parecía haber visto por un momento.

Poirot se levantó, cruzó al otro lado de la chimenea, colocó la otra butaca cruzada de modo que formara un ángulo perfecto con el hogar, y se sentó en ella. Había pasado del rompecabezas de cartón y madera pintada al rompecabezas de un asesino. Sacó de su bolsillo un cuadernito y escribió con su letra pequeña y clara:

«Étienne de Sousa, Amanda Brewis, Alec Legge, Sally Legge, Michael Weyman».

Era materialmente imposible que *sir* George o Jim Warburton hubieran matado a Marlene Tucker. Como no era materialmente imposible que la señora Oliver lo hubiera hecho, añadió su nombre, después de una breve pausa. También añadió el nombre de la señora Masterton, puesto que no recordaba haberla visto constantemente en el césped entre las cuatro y las cinco menos cuarto. Añadió el nombre de Hender, el mayordomo; más bien

porque en la Persecución del Asesino, figuraba un mayordomo siniestro que porque sospechara realmente del moreno artista del gong. También escribió «chico de la camisa de tortugas», seguido de un signo de interrogación. Luego sonrió, meneó la cabeza, cogió un alfiler de la solapa de la chaqueta, cerró los ojos y pinchó en él. Era un sistema tan bueno como cualquier otro, pensó.

Se irritó justificadamente cuando comprobó que el alfiler había traspasado el último nombre.

—Soy un imbécil —dijo Hércules Poirot—. ¿Qué tiene que ver con esto el chico de la camisa de las tortugas?

Pero también se dio cuenta de que debía haber tenido alguna razón para incluir ese enigmático personaje en la lista. Recordó de nuevo el día en que estaba sentado en el templete y la cara de sorpresa del chico al verle allí. No era una cara muy agradable, a pesar de su belleza juvenil. Una cara arrogante y cruel. El joven había ido allí con algún fin. Había ido a encontrarse con alguien, de donde resultaba que ese alguien era una persona con quien no podía o no quería encontrarse de modo normal. Era un encuentro sobre el que no debía llamarse la atención. Un encuentro culpable. ¿Tendría algo que ver con el asesinato?

Poirot continuó con sus reflexiones. Era un chico que estaba en el Albergue Juvenil, un chico, por lo tanto, que sólo podía estar allí dos noches como máximo. ¿Habría ido allí por casualidad? ¿Sería uno de los muchos estudiantes jóvenes que visitan Gran Bretaña? ¿O habría ido allí por un motivo determinado, para encontrarse con determinada persona? Podrían haberse encontrado en la fiesta de un modo al parecer casual… acaso se habían encontrado. ¿Cómo saberlo?

Sé muchas cosas, se dijo Poirot. Tengo en mis manos muchas, muchas piezas de este rompecabezas. Tengo una idea acerca de la clase de crimen de que se trata… pero seguramente no miro a todo ello del modo que es debido.

Volvió una página de su cuaderno y escribió:

¿Le pidió lady Stubbs a la señorita Brewis que llevara el té a Marlene? Si no se lo pidió, ¿por qué la señorita Brewis dice que sí lo hizo?

Se puso a considerar la cuestión. Hubiera sido muy normal que a la señorita Brewis se le hubiera ocurrido llevarle a la chica unos pasteles y una bebida. Pero de ser así, ¿por qué no decirlo sencillamente? ¿Por qué iba a mentir y decir que *lady* Stubbs le había pedida que lo hiciera? ¿Habría ido la señorita Brewis a la caseta de los botes y encontrado a Marlene muerta y de ahí la mentira? A no ser que la señorita Brewis fuera la asesina, parecía muy poco probable. No era una mujer nerviosa ni imaginativa. Si hubiera encontrado a la chica muerta, ¿no sería lo más probable que hubiera dado la voz de alarma inmediatamente?

Se quedó contemplando durante algún tiempo las dos preguntas que acababa de escribir. No pudo evitar el pensar que en medio de aquellas palabras que acababa de escribir debía de haber algo que señalaba hacia la verdad y que él no era capaz de ver. Después de reflexionar durante cuatro o cinco minutos, escribió algo más.

Étienne de Sousa declara que escribió a su prima tres semanas antes de su llegada a Nasse House. ¿Es cierta o falsa esta declaración?

Poirot tenía la casi certeza de que era falsa. Recordó la escena durante el desayuno. No parecía haber la menor razón para que *sir* George y *lady* Stubbs fingieran una sorpresa (*lady* Stubbs incluso una consternación) que no sentían. No podía imaginar qué fin perseguían con ello. Sin embargo, concediendo que Étienne de Sousa hubiera mentido, ¿*por qué* había mentido? ¿Para dar la impresión de que su visita había sido anunciada y admitida? Podía ser, pero era un motivo muy poco convincente. Desde luego, no había prueba alguna de que semejante carta hubiera sido escrita o recibida. ¿Sería un intento por parte de Étienne de Sousa de demostrar su buena fe, de hacer que su visita pareciera natural e incluso esperada? Realmente, *sir* George le había recibido muy amistosamente, aunque no lo conocía.

Poirot hizo una pausa, deteniéndose en este pensamiento. *Sir George no conocía a De Sousa. Su esposa, que le conocía, no lo había visto*. ¿Habría algo de esto? ¿Sería posible que el Étienne de Sousa que había llegado aquel día a la fiesta no fuera el verdadero Étienne de Sousa? Consideró la cuestión, pero tampoco encontró un motivo

que la justificara. ¿Qué iba a ganar De Sousa? En cualquier caso, a De Sousa no le beneficiaba la muerte de Hattie. Hattie, según la policía había averiguado, no tenía dinero propio, excepto el de su esposo.

Poirot trató de recordar con exactitud lo que le había dicho *lady* Stubbs aquella mañana. «Es un hombre malo. Hace cosas malas». Y, según Bland, le había dicho a su esposo: «Mata a la gente». Examinando todos los hechos, había en todo eso algo significativo. *Mata a la gente*.

El día en que Étienne de Sousa había llegado a Nasse House, una persona había sido asesinada con toda seguridad, posiblemente dos personas. La señora Folliat había dicho que no había que hacer caso de las frases melodramáticas de Hattie. Lo había dicho con mucha insistencia. La señora Folliat…

Hércules Poirot frunció el ceño; luego dio un golpe con la mano en el brazo del sillón.

—Siempre, siempre vuelvo a la señora Folliat. Es la clave de todo este asunto. Si yo supiera lo que ella sabe… No puedo seguir más tiempo sentado en un sillón, limitándome a pensar. No, tengo que coger un tren y volver a Devon para hacer una visita a la señora Folliat.

2

Hércules Poirot se detuvo un instante ante las grandes puertas de hierro forjado de Nasse House. Miró la calzada en curva que se extendía ante él. El verano había terminado. Las hojas doradas caían de los árboles, revoloteando suavemente. Los pequeños ciclámenes ponían una nota de color en las lomas de hierba situadas en primer término. Poirot lanzó un suspiro. La belleza de Nasse House le atraía, aun a su pesar. No sentía gran admiración por la belleza salvaje; le gustaban las recortadas y en orden; pero no podía dejar de apreciar la belleza, a un tiempo suave y salvaje, de aquellos árboles y arbustos.

A la izquierda estaba la casita blanca de la señora Folliat. Hacía buena tarde. Probablemente la señora Folliat no estaría en casa.

Andaría por los alrededores, con su cesta de jardinera, o si no, visitando a algunos vecinos. Tenía muchos amigos. Éste era su hogar y había sido su hogar durante muchos años. ¿Qué era lo que le había dicho el viejo del embarcadero? «Siempre seguramente habrá algún Folliat en Nasse House».

Poirot golpeó suavemente con los nudillos la puerta de la casa. Después de unos segundos de espera, oyó pasos dentro. Le parecieron unos pasos lentos y algo vacilantes. Luego se abrió la puerta y la señora Folliat apareció en el umbral. Poirot se sobresaltó al verla tan vieja y tan frágil. Ella le miró durante unos segundos, como si no creyera lo que veía, y luego dijo:

—¡*Monsieur* Poirot! ¡Usted!

Por un momento, le pareció que había visto el miedo asomar a sus ojos, pero acaso ello fuera pura imaginación por su parte. Dijo cortésmente:

—¿Puedo pasar, señora?

—Naturalmente.

Había recobrado todo su equilibrio, le hizo seña de que entrara y le condujo a su pequeña salita. En ella había un par de butacas cubiertas con exquisitos tapices de punto de aguja, sobre una mesita, un servicio de té de porcelana de Derby y en la repisa de la chimenea varias figuras de delicada porcelana procedentes de Chelsea. La señora Folliat dijo:

—Iré a buscar otra taza.

Poirot alzó la mano en débil protesta, pero ella no admitió la protesta.

—Tiene que tomar una tacita.

La señora Folliat salió de la habitación. Poirot echó una nueva ojeada a su alrededor. Una labor de punto de aguja con la aguja clavada descansaba sobre la mesa. Contra la pared había una estantería con libros. En la pared había un racimo de miniaturas y una fotografía borrosa, en un marco de plata, de un hombre con uniforme, con bigotes tiesos y barbilla débil.

La señora Folliat volvió a la habitación llevando una taza con su plato.

—¿Es su marido, señora? —dijo Poirot.

—Si.

Observando que la mirada de Poirot resbalaba por la repisa de la

estantería, como si buscara más fotografías, la señora Folliat dijo bruscamente:

—No soy aficionada a las fotografías. Le hacen a una vivir el pasado. Hay que aprender a olvidar. Hay que cortar las ramas secas.

Poirot recordó que la primera vez que había visto a la señora Folliat estaba recortando un arbusto con unas tijeras. Recordaba que había dicho algo entonces sobre las ramas secas. La miró pensativo tratando de llegar al fondo de su carácter. Era una mujer enigmática, pensó, y, a pesar de su dulzura y su fragilidad, tenía una faceta que podía ser cruel. Una mujer que podía cortar ramas secas, no solamente de la plantas, sino también de su propia vida…

La señora Folliat se sentó y sirvió una taza de té, preguntando:

—¿Leche? ¿Azúcar?

—Tres terrones de azúcar, si me hace usted el favor, señora.

Ella le tendió su taza y dijo en tono de desconfianza:

—Me sorprendió el verle. No sé por qué, no creí que volviera usted a pasar por esta parte del mundo.

—No estoy pasando, exactamente —dijo Poirot.

—¿No?

Hizo la pregunta levantando ligeramente las cejas.

—Mi visita a esta región es intencionada.

Ella siguió mirándole interrogante.

—He venido en parte para verla a usted, señora.

—¿Sí?

—Para empezar… ¿No habrá habido noticias de la joven *lady* Stubbs?

La señora Folliat negó con un suave movimiento de cabeza.

—El otro día, en Cornualles, la marea arrojó un cadáver a tierra —dijo—. George fue allí para ver si podía identificarlo. Pero no era ella —añadió—: Me da mucha pena George. La tensión ha sido muy grande para él.

—¿Sigue creyendo que su mujer puede estar viva?

La señora Folliat negó con un movimiento lento de cabeza.

—Creo —dijo— que está perdiendo las esperanzas. Después de todo, si Hattie estuviera viva, no le sería posible ocultarse, con toda la Prensa y la policía detrás de ella. Incluso si le hubiera ocurrido algo como la pérdida de la memoria…, bueno, la policía la habría encontrado a estas horas, ¿no es cierto?

—Sí, es de suponer que sí —dijo Poirot—. ¿Sigue buscándola la policía?

—Me figuro que sí. No lo sé en realidad.

—Pero *sir* George ha perdido las esperanzas.

—Él no lo dice —dijo la señora Folliat—. Claro que no lo he visto recientemente. Se ha pasado en Londres la mayor parte del tiempo.

—¿Y la chica asesinada? ¿No ha habido ningún progreso en este asunto?

—Que yo sepa, no. Parece un asesinato sin sentido, sin el menor objeto… Pobre chica.

—Veo, señora, que todavía le disgusta pensar en ella.

La señora Folliat no contestó en seguida. Pasados unos segundos dijo:

—Creo que cuando se es viejo, la muerte de una persona joven le disgusta a uno de un modo exagerado. Nosotros los viejos tenemos que morir, pero aquella chica tenía toda la vida por delante.

—Oh, quizá no hubiera sido una vida muy interesante.

—Puede que no, desde nuestro punto de vista, pero quizás a ella le pareciera interesante.

—Y aunque, como usted dice, los viejos tenemos que morir —dijo Poirot— no lo deseamos en realidad. Por lo menos *yo* no quiero morir. Todavía encuentro interesante la vida.

—Yo creo que no.

Habló más para sí misma que para él, con los hombros aún más hundidos.

—Estoy muy cansada, *monsieur* Poirot. Cuando llegue mi hora, no sólo estaré dispuesta, sino que la recibiré con alegría.

Él le dirigió una mirada fugaz. Como en otra ocasión, se preguntó si estaría hablando con una mujer enferma, una mujer que presentía o que tenía la certeza de la proximidad de la muerte. De otro modo no encontraba justificación a su intenso cansancio y la lasitud de su porte. Le parecía que aquella lasitud no era característica de la señora Folliat. Amy Folliat debía ser una mujer de carácter, enérgica y decidida. Había sobrellevado muchos disgustos, la pérdida de su hogar y de su fortuna, la muerte de sus hijos. Había sobrevivido a todo esto. Había cortado «las ramas

secas», según su expresión. Pero entonces había en su vida algo que no podía cortar, que nadie podía cortarle. Si no se trataba de una enfermedad física no veía qué podía ser. Ella sonrió, como si leyera sus pensamientos.

—En realidad, *monsieur* Poirot, no tengo mucho por qué vivir. Tengo muchos amigos, pero ningún pariente cercano, ni familia.

—Tiene usted su hogar —dijo Poirot en un arranque.

—¿Quiere usted decir Nasse? Sí…

—Es su hogar, aunque legalmente pertenezca a *sir* George Stubbs. Ahora que *sir* George se ha ido a Londres, gobierna usted en su hogar.

De nuevo sorprendió en sus ojos aquella expresión de miedo. Cuándo habló, lo hizo con voz fría.

—No comprendo qué es lo que quiere usted decir, *monsieur* Poirot. Le agradezco a *sir* George que me alquile esta casa, pero me la alquila. Le pago al año por la casa, con derecho a pasear por toda la finca.

Poirot extendió las manos.

—Le ruego me disculpe, señora. No era mi intención el ofenderla.

—Seguramente le he interpretado mal —dijo la señora Folliat, fríamente.

—Es un lugar muy hermoso —dijo Poirot—. La casa es hermosa y la tierra que la rodea es hermosa. Se respira una paz, una serenidad muy grandes.

—Sí —el rostro de ella se iluminó—. Siempre hemos experimentado esa sensación. Lo sentí la primera vez que vine aquí siendo una chiquilla.

—¿Pero se respira ahora la misma paz, la misma serenidad?

—¿Por qué no?

—Porque un crimen sigue impune —asestó Poirot—; se ha derramado sangre inocente. Hasta que se aclare el misterio, no habrá paz aquí. Y creo, señora, que usted lo sabe tan bien como yo.

La señora Folliat no contestó. Ni se movió ni dijo una palabra. Permaneció completamente inmóvil y Poirot no tenía idea de lo que estaba pensando. Se inclinó un poco y dijo:

—Señora, usted sabe muchas cosas, puede que sepa todo lo que hay que saber sobre este asesinato. Sabe usted quién mató a la chica

y sabe usted por qué. Sabe usted quién mató a Hattie Stubbs; puede que sepa dónde se encuentra su cadáver en estos momentos.

Entonces la señora Folliat habló. Con voz alta, casi dura.

—No sé nada —dijo—. *Nada*.

—Puede que no me haya expresado bien. No sabe usted la verdad, pero la adivina. Estoy completamente seguro de ello.

—¡Es usted…, y perdone, absurdo!

—No es absurdo; es algo muy distinto, es peligroso.

—¿Peligroso? ¿Para quién?

—Para usted, señora. Mientras guarde usted para sí lo que sabe, está usted en peligro. Conozco a los asesinos mejor que usted, señora.

—Ya se lo he dicho a usted, no sé nada.

—Sospecha, entonces…

—No sospecho nada.

—Eso, perdóneme, señora, no es cierto.

—Hablar por simples sospechas no estaría bien, sería una mala acción.

Poirot se inclinó hacia ella.

—¿Tan mala como la que se cometió hace un mes?

Ella se encogió en su asiento, haciéndose un montón.

—No me hable de eso —dijo en un susurro. Y luego añadió estremeciéndose—. De todos modos, ya ha pasado. Todo ha terminado.

—¿Cómo lo sabe usted, señora? Se lo digo por experiencia: los asesinos nunca terminan de matar.

Ella hizo un movimiento negativo de cabeza.

—No. No. Ya se ha acabado. Y además no puedo hacer nada. Nada.

Poirot se puso en pie y se quedó mirándola.

—Si hasta la policía se ha dado por vencida… —dijo la señora Folliat, angustiada.

Poirot negó con la cabeza.

—Ah, no, señora; está usted equivocada. La policía no se ha dado por vencida. Y yo —añadió— tampoco me doy por vencido. Recuerde, señora. Yo, Hércules Poirot, no me doy por vencido.

Fue un mutis muy típico de Poirot.

Capítulo XVII

Después de salir de Nasse, Poirot se fue al pueblo, donde preguntando encontró la casa ocupada por los Tucker. Su llamada quedó sin respuesta durante algún tiempo, ahogada por la voz aguda de la señora Tucker.

—… ¿En qué estarás pensando, Jim Tucker, para poner tus botas en mi linóleo? No te lo he dicho una vez, te lo he dicho mil veces. Me he pasado la mañana limpiándolo, y míralo ahora.

Un rumor sordo fue la reacción del señor Tucker a esas observaciones. En conjunto, era un rumor conciliador.

—No tienes por qué olvidarlo. Todo por tu manía de poner en la radio las noticias de deportes. No hubieras tardado ni dos minutos en quitarte las botas. Y tú, Gary, a ver lo que haces con ese caramelo. No te consiento que pongas los dedos pringosos en mi mejor tetera de plata. Marilyn, alguien llama a la puerta. Vete a ver quién es.

Se abrió la puerta con cuidado y una niña de unos once años se quedó mirando a Poirot con desconfianza. Tenía un caramelo en la boca, que le hinchaba una de las mejillas. Era una niña gorda, con pequeños ojos azules y belleza de cerdito.

—Es un señor, mami —gritó.

La señora Tucker, con mechones de pelo colgándote sobre el rostro acalorado, se acercó a la puerta.

—¿Qué hay? —preguntó con viveza—. No necesitamos…

Hizo una pausa y en su rostro apareció una vaga expresión de reconocimiento.

—Espere un momento; ¿no estaba usted aquel día con la policía?

—Siento, señora, haberle traído recuerdos tristes —dijo Poirot, pisando con firmeza en el interior.

La señora Tucker dirigió a sus pies una rápida mirada de agonía, pero los puntiagudos zapatos de charol de Poirot sólo habían pisado la carretera principal y no dejaron rastro de fango en el reluciente linóleo de la señora Tucker.

—Pase, señor, por favor —dijo ella, retrocediendo ante Poirot y abriendo una puerta situada a la derecha.

Poirot fue introducido en un saloncito desoladamente ordenado, que olía a cera de pulir muebles y en el que había un juego estilo jacobino, una mesa redonda, dos geranios en sus correspondientes macetas, un guardafuegos de bronce, muy complicado, y una gran variedad de delicadas figuritas de porcelana.

—Siéntese, señor, por favor. No recuerdo su nombre. En realidad, no creo que lo haya oído nunca.

—Mi nombre es Hércules Poirot —dijo Poirot rápidamente—. Me encuentro de nuevo por estas tierras y he venido a ofrecerles mi sentido pésame y a preguntarles si ha habido algún progreso. ¿Supongo que el asesino de su hija habrá sido hallado?

—No se sabe nada de él —dijo la señora Tucker, hablando con cierta amargura—; y es una verdadera vergüenza, si quiere que le diga la verdad. A mí me parece que la policía no se molesta por gentes como nosotros. Y además, ¿para qué sirve la policía? Si todos son como Bob Hoskins, no me extrañaría que todo el país fuera un conjunto de criminales. Lo único que hace Bob Hoskins es pasar el tiempo mirando dentro de los coches que se paran en el parque.

En este momento, apareció en la puerta el señor Tucker, sin botas, con los pies enfundados en unos calcetines. Era un hombre alto, de cara colorada y expresión pacífica.

—Los policías tienen su mérito —dijo con voz ronca—; tienen sus preocupaciones como todo el mundo. Estos maniáticos no son fáciles de coger. Se parecen a usted, o a mí…, no sé si me entiende —añadió, hablando a Poirot directamente.

La pequeña que había abierto la puerta a Poirot apareció detrás de su padre, y un niño de unos ocho años asomaba la cabeza por el hombro de su hermana. Todos se quedaron mirando a Poirot, con intenso interés.

—Ésta es su hija pequeña, ¿eh? —dijo Poirot.

—Ésta es Marilyn —dijo la señora Tucker—, y éste es Gary. Ven a saludar a este señor, Gary, y a ver qué modales tienes.

Gary se marchó a esconderse.

—Es muy vergonzoso —dijo la madre.

—Muy amable por su parte, señor —dijo el señor Tucker— el venir a preguntar por lo de Marlene. ¡Ha sido un asunto horrible!

—Acabo de visitar a la señora Folliat —dijo *monsieur* Poirot—. También ella parece muy afectada por este asunto.

—Desde entonces no anda bien —dijo la señora Tucker—. Es una señora muy mayor y la impresión ha sido muy grande para ella y más todavía habiendo ocurrido en su propia casa.

Poirot observó una vez más cómo todo el mundo, inconscientemente, consideraba a la señora Folliat como a la dueña de Nasse House.

—Le hace sentirse un poco responsable —dijo el señor Tucker—; aunque claro que ella no tuvo nada que ver con este asunto.

—¿Quién fue exactamente el que propuso que Marlene hiciera el papel de víctima?

—Preguntó Poirot.

—La señora de Londres, la que escribe libros —se apresuró a decir el señor Tucker.

Poirot dijo suavemente:

—Pero si no era de aquí. Ni siquiera conocía a Marlene.

—Fue la señora Masterton la que reunió a todas las chicas —dijo la señora Tucker—, y me figuro que fue la señora Masterton quien dijo que lo hiciera Marlene. Y a Marlene le encantó la idea.

De nuevo se encontró Poirot con que tropezaba con una pared en blanco. Pero ahora sabía lo que había sentido la señora Oliver cuando le había mandado llamar. Alguien había estado trabajando en la sombra, alguien que había hecho cumplir sus deseos por medio de personas de representación. La señora Oliver, la señora Masterton, eran los figurones.

—He estado preguntándome, señora Tucker —dijo Poirot—, si Marlene conocería a algún…, ¡hum!, a algún loco homicida.

—¡Cómo iba a conocer a una persona así! —dijo la señora Tucker, escandalizada.

—Pero es que, como acaba de observar su marido —dijo Poirot —, es muy difícil identificar a estos locos. Tienen el mismo aspecto que… que podemos tener usted y yo. Puede que a Marlene le haya hablado alguien en la fiesta, o antes. Puede haberse hecho amigo de

ella de un modo inocente, haberle hecho regalos, por ejemplo.

—No, no, señor; nada de eso. Marlene no hubiera aceptado regalos de un desconocido. No la he educado tan mal como para poder obrar así.

—Pero puede que no haya visto nada malo en ello —insistió Poirot—. Supongamos que una señora muy amable le ofreciera alguna cosa…

—¿Alguien, quiere usted decir, como la señora Legge, la de Mill Cottage?

—Sí —dijo Poirot—; alguien así.

—Una vez le dio una barra de labios, sí, señor —dijo la señora Tucker—. ¡Me enfadé muchísimo! No consentiré que te pongas esa basura en la cara, Marlene, le dije. Piensa en lo que diría tu padre. Bueno, pues me dijo, toda descarada «me lo dio la señora de la casa de Lawder. Me dijo que me sentaría muy bien». Bueno, le dije yo, no tienes que escuchar lo que digan las señoras de Londres. Eso está bien para ellas, pintarse la cara, ponerse negro en los ojos y en las pestañas y todo eso. Pero tú eres una chica decente, dije, y llevarás la cara lavada con agua y jabón hasta que seas mucho mayor de lo que eres.

—Pero me figuro que ella no estaría de acuerdo con usted —dijo Poirot sonriendo.

—Cuando yo digo una cosa, se hace —dijo la señora Tucker.

La gorda Marilyn saltó de pronto una risita divertida. Poirot le dirigió una mirada rápida.

—¿Le dio la señora Legge alguna otra cosa? —preguntó.

—Creo que le dio un pañuelo o algo así, uno que ya no usaba ella. Muy llamativo, pero no de buena calidad. Yo sé cuando una cosa es de calidad —dijo la señora Tucker moviendo la cabeza—. De chica trabajé en Nasse House. Aquéllas eran sedas, las que llevaban las señoras en aquellos tiempos. Nada de colorines y nylon y seda artificial; seda pura. ¡Qué digo, si algunos de aquellos vestidos de tafetán se tenían solos!

—A las chicas les gusta arreglarse un poco —dijo el señor Tucker indulgente—. A mí no me molestan los colores vivos, pero no consiento esa porquería de pintura en la boca.

—Estuve un poco dura con ella —dijo la señora Tucker, con los ojos húmedos de pronto— y luego se murió de aquel modo tan

horrible. Después hubiera deseado no haberle hablado tan duramente. ¡Ay, señor, parece que últimamente sólo nos caen desgracias y funerales! Dicen que la desgracia nunca viene sola y es bien cierto.

—¿Han tenido ustedes otras pérdidas? —preguntó Poirot cortésmente.

—El padre de mi mujer —explicó el señor Tucker—. Venía con el bote de la taberna de los «Tres Perros», de noche, muy tarde, y debió de haber perdido el pie al saltar al embarcadero y se cayó al río. Claro que debía haberse quedado quieto en casa, a su edad. Pero con los viejos no se sabe. Siempre andaba por el embarcadero.

—Padre siempre había entendido mucho de botes —dijo la señora Tucker—. En otros tiempos se ocupaba de los botes del señor Folliat, hace muchísimos años. No es que lo de mi padre fuera una gran pérdida —añadió vivamente—. Tenía más de noventa años y en muchas cosas era una verdadera prueba. Siempre farfullando tonterías. Ya era hora de que se muriera. Pero, naturalmente, tuvimos que enterrarlo con decencia… y los funerales cuestan mucho dinero.

Poirot no prestó atención a estas reflexiones económicas… Estaba recordando vagamente algo.

—¿Un hombre viejo… en el embarcadero? Recuerdo haber hablado con él. ¿Se llamaba…?

—Merdell, señor. Ése era mi nombre de soltera.

—¿Su padre, si mal no recuerdo, había sido jardinero mayor en Nasse?

—No, ése era mi hermano mayor. Yo era la más joven de todos los hermanos…, once éramos —y añadió con cierto orgullo—: Ha habido varios Merdell en Nasse durante mucho tiempo, pero ahora están todos desperdigados. Padre fue el último de nosotros.

Poirot dijo Suavemente:

—«Siempre habrá Folliat en Nasse House».

—¿Cómo dice, señor?

—Repito lo que me dijo su padre en cierta ocasión, en el embarcadero.

—Bueno, decía muchas tonterías. Tenía que mandarle callar muchas veces de mal modo.

—De modo que Marlene era nieta de Merdell… —dijo Poirot—.

Sí, ya empiezo a ver claro.

Se quedó en silencio durante un momento, mientras en su interior iba surgiendo una excitación enorme.

—¿Dice usted que su padre se ahogó en el río?

—Sí, señor. Había bebido un poco de más. Y no sé de dónde sacaba el dinero. Claro que se ganaba propinas de cuando en cuanto en el embarcadero por ayudar a la gente de los botes y aparcar los coches. Era muy astuto para esconder de mí el dinero. Sí, creo que había bebido demasiado. Perdió el pie, supongo, al bajar del bote y saltar al embarcadero. Y cayó al agua y se ahogó. El cadáver apareció en Helmmouth al día siguiente. Lo extraño fue que no hubiera ocurrido antes, con noventa y dos años y medio ciego, además.

—Pero lo cierto es que no ocurrió antes…

—Bueno, los accidentes ocurren, sea más tarde o más temprano.

—¡Accidente! —murmuró Poirot—. Me pregunto si habrá sido un accidente.

Se levantó.

—Debí haberlo adivinado —murmuró—. Debí haberlo adivinado hace mucho tiempo. Si la niña casi me lo dijo…

—¿Cómo dice, señor?

—Nada —dijo Poirot—. De nuevo les expreso mi más sentido pésame por las dos muertes, la de su hija y la de su padre.

Les estrechó las manos a los dos y salió de la casa.

«He sido un tonto —se dijo—. Un verdadero tonto. Lo he contemplado todo desde un punto equivocado».

—¡Eh, señor!

Era un susurro cauteloso. Poirot miró a su alrededor. Marilyn, la niña gorda, estaba de pie en la sombra que hacía la pared de su casa. Le hizo seña de que se acercara y le habló en un susurro.

—Mami no lo sabe todo —dijo—. A Marlene no le dio el pañuelo la señora de Mill Cottage.

—¿De dónde lo sacó?

—Lo compró en Torquay. También se compró unas barras de labios y un perfume, Nuit en Paris, un nombre muy raro. Y un bote de crema base, que habría visto en un anuncio —Marilyn se rio—. Mami no lo sabe. Marlene lo escondió todo en el fondo de su cajón, debajo de las camisetas de invierno. En la parada del autobús se iba

al lavabo y se pintaba cuando iba al cine.

Marilyn se rio otra vez.

—Mami nunca supo nada.

—¿No encontró tu madre esas cosas después de la muerte de tu hermana?

Marilyn sacudió la cabeza de pelo rubio y sedoso.

—No —dijo—. Las tengo yo ahora… en mi cajón. Mami no lo sabe.

Poirot la contempló pensativo, y dijo:

—Pareces una chica muy lista, Marilyn.

Marilyn se rio, confusa.

—La señorita Bird dice que no sirvo para la escuela secundaria.

—Bueno, la escuela secundaria no lo es todo —dijo Poirot—. Dime, ¿cómo conseguía Marlene el dinero para comprar esas cosas?

Marilyn se puso a mirar con mucha atención una cañería.

—No sé —murmuró.

—Yo creo que sí sabes —dijo Poirot.

Sin el menor rubor, Poirot sacó de su bolsillo media corona y la juntó con otra media.

—Creo —dijo— que hay un nuevo tono de pintura de labios, muy bonito, que se llama Beso de Carmín.

—Debe ser bárbaro —dijo Marilyn, adelantando la mano hacia los cinco chelines. Y empezó a hablar en un rápido susurro—. Marlene espiaba a la gente. Veía cosas… ya me entiende. Marlene prometía no decirlo y entonces le hacían un regalo, ¿entiende?

Poirot entregó los cinco chelines.

—Entiendo —dijo.

Le hizo una seña de despedida a Marilyn y se fue. De nuevo murmuró en voz baja, pero esta vez de un modo más incisivo:

—Entiendo.

Muchas cosas estaban adquiriendo sentido. No todas. El asunto no estaba claro todavía ni mucho menos, pero había acertado por fin con el camino. Había una pista muy clara, pero no había tenido la inteligencia necesaria para verla. La primera conversación con la señora Oliver, unas palabras casuales con Michael Weyman, la significativa conversación con el viejo Merdell en el embarcadero, una frase de la señorita Brewis que aclaraba muchas cosas…, la llegada de Étienne de Sousa.

Junto a la oficina de Correos del pueblo había una cabina telefónica.

Entró en ella y marcó un número. Minutos más tarde hablaba con el inspector Bland.

—Bueno, Poirot, ¿dónde está usted?

—Estoy aquí, en Nasse House.

—Pero ¿no estaba usted en Londres ayer por la tarde?

—Sólo se tarda tres horas y media en llegar aquí, en un buen tren —hizo notar Poirot—. Tengo que hacerle una pregunta.

—¿Sí?

—¿De qué clase era el yate de Étienne de Sousa?

—Me parece que sé lo que está pensando, *monsieur* Poirot, pero le aseguro que no había nada de eso. No era un barco preparado para contrabando, si eso es lo que quiere saber. No había tabiques disimulados ni trampas secretas. Los hubiéramos encontrado, de haberlos habido. No había ningún sitio donde pudiera esconderse un cadáver.

—Se equivoca usted, *mon cher*; no es eso lo que quería decir. Sólo le preguntaba qué clase de barco era. ¿Grande o pequeño?

—Ah, era un yate estupendo. Debió costar una fortuna. Todo muy elegante, recién pintado y equipado con mucho lujo.

—Exactamente —dijo Poirot.

Parecía tan sumamente complacido que el inspector se sorprendió.

—¿Qué anda usted tramando, *monsieur* Poirot? —preguntó,

—Étienne de Sousa —dijo Poirot— es un hombre rico. Esto, amigo mío, es un hecho muy significativo.

—¿Por qué? —preguntó el inspector Bland.

—Encaja con mi última teoría.

—¿Tiene usted una teoría, entonces?

—Sí. Por fin tengo una teoría. Hasta ahora he sido un estúpido.

—Querrá usted decir que todos hemos sido unos estúpidos.

—No —dijo Poirot—. Me refiero a mí especialmente. Tuve la buena suerte de que me obsequiaran con una pista perfectamente clara y no la vi.

—¿Pero ahora, tiene usted algo entre las manos?

—Sí, eso creo.

—Escuche, Poirot…

Pero Poirot había colgado. Después de buscar en sus bolsillos el dinero necesario, puso una conferencia a la señora Oliver a Londres.

—Pero —se apresuró a añadir una vez hubo solicitado el número — no molesten a la señora si se encuentra trabajando.

Recordaba lo amargamente que le había reprochado la señora Oliver una vez el haber interrumpido sus pensamientos creadores, privando al mundo, en consecuencia, de un misterio centrado en una anticuada camiseta de mangas largas. La telefonista, sin embargo, era incapaz de apreciar estos escrúpulos.

—Bueno —preguntó—, ¿quiere usted la conferencia o no?

—Sí —dijo Poirot, sacrificando el genio creador de la señora Oliver en el altar de su impaciencia. Se tranquilizó al oír decir a la señora Oliver:

—Es maravilloso que me haya llamado —dijo interrumpiendo sus excusas—. Ahora mismo iba a salir a dar una charla sobre «cómo escribo mis libros». Así le diré a mi secretaria que telefonee y diga que me han entretenido y no puedo salir.

—Pero, señora, no quiero privarla…

—No me priva usted de nada —dijo la señora Oliver muy alegre —. Hubiera hecho el ridículo más espantoso. Porque, ¿qué va una a decir del modo como escribe sus libros? Es decir, primero hay que pensar en algo, y cuando se ha pensado, se sienta uno y lo escribe. Eso es todo. Hubiera tardado exactamente tres minutos en explicarlo, y entonces se terminaría la charla y todo el mundo se quedaría allí fastidiado. No comprendo por qué todo el mundo tiene tanto interés en que los escritores *hablen* de su modo de escribir. Yo diría que la profesión de un escritor es escribir, no hablar.

—Y, sin embargo, yo quiero preguntarle a usted algo sobre su modo de escribir.

—Pregunte —dijo la señora Oliver—, pero probablemente no sabré contestarle. Quiero decir, todo lo que hace una es sentarse y escribir. Espere un segundo, me había puesto para la charla un sombrero completamente absurdo… y tengo que quitármelo ahora mismo. Me rasca la frente.

Se produjo una pausa momentánea, tras la cual continuó la voz de la señora Oliver, aliviada:

—En, realidad, los sombreros sólo son un símbolo en estos tiempos, ¿verdad? Quiero decir que ya no los lleva una por ningún

motivo razonable, para abrigarse la cabeza o para defenderla del sol o para ocultar la cara de las personas a quienes no quiere uno saludar. *Monsieur* Poirot, ¿decía usted algo?

—Fue sólo una exclamación. Es extraordinario —dijo Poirot muy impresionado—. Siempre me da usted ideas. Igual que mi amigo Hastings, a quien no veo hace muchos, muchos años. Acaba de darme usted la clave de otra pieza de mi problema. Pero dejemos eso. Deje que le haga mi pregunta. ¿Conoce usted a algún investigador atómico, mi estimada señora?

—¿Si conozco a algún investigador atómico? —dijo la señora Oliver con voz sorprendida—. No sé. Me figuro que debo conocer alguno. Nunca sé con claridad lo que hacen realmente.

—Sin embargo, en su Persecución del Asesino figura como sospechoso un investigador atómico, ¿no es eso?

—¡Ah, bueno! Eso fue para andar con los tiempos. Quiero decir, cuando fui a comprar regalos para mis sobrinos, las últimas Navidades, todo se volvía novelas científicas y juguetes supersónicos y estratosféricos, y entonces, cuando empecé con eso de la Persecución del Asesino, pensé: «Será mejor estar a la moda y que el más sospechoso sea un investigador atómico». Después de todo, si me hacía falta algo de jerga técnica, siempre podía preguntar a Alec Legge.

—¿Alec Legge…, el marido de Sally Legge? ¿Es investigador atómico?

—Sí, lo es. No está en Harwell, sino en algún lugar de Gales. Cardiff. ¿O Bristol? Es sólo una casa de campo que tiene en el río Helm. Sí, claro, entonces, después de todo, conozco a un investigador atómico.

—¿Y no sería por encontrarse con él en Nasse House por lo que se le ocurrió la idea de un investigador atómico? Pero su esposa no es yugoslava.

—¡Ah, no! —dijo la señora Oliver—. Sally no puede ser más que inglesa. Se habrá dado cuenta, ¿verdad?

—Entonces, ¿por qué se le ocurrió lo de la esposa yugoslava?

—No lo sé en realidad… ¿Sería por los refugiados? ¿Por los estudiantes? Todas esas chicas extranjeras del Albergue invadieron los bosques de Nasse House y hablando un inglés entrecortado…

—Ya veo… Sí; ahora veo muchas cosas.

—Ya era hora —dijo la señora Oliver.

—*Pardon?*

—Digo que ya era hora —dijo la señora Oliver—. Que ya era hora de que viera usted cosas, quiero decir. Hasta este momento no parece que haya hecho usted absolutamente nada.

Su voz encerraba un reproche.

—No se puede llegar al fondo de las cosas en un momento —se defendió Poirot—. La policía ha andado completamente desconcertada.

—¡Ah, la policía! —dijo la señora Oliver—. Otra cosa sería si una mujer estuviera al frente de Scotland Yard…

Poirot se apresuró a interrumpir la tantas veces repetida frase.

—El asunto ha sido muy complejo —dijo—. Extraordinariamente complejo. Pero ahora, y se lo digo confidencialmente, ¡ahora estoy llegando al fin!

La señora Oliver no se dejó impresionar.

—Sí, lo creo —dijo—; pero entretanto se han cometido dos asesinatos.

—Tres —corrigió Poirot.

—¿Tres asesinatos? ¿Quién es la tercera víctima?

—Un hombre viejo llamado Merdell —dijo Hércules Poirot.

—No me he enterado de eso —dijo la señora Oliver—. ¿Saldrá en los periódicos?

—No —dijo Poirot—, hasta ahora nadie ha sospechado que no se tratara de un accidente.

—¿Y no fue un accidente?

—No —dijo Poirot—, no fue un accidente.

—Bueno, dígame quién lo hizo…, es decir, quién los hizo; ¿o no puede usted decirlo por teléfono?

—Esas cosas no se dicen por teléfono —dijo Poirot.

—Entonces, cuelgo —dijo la señora Oliver—. No puedo soportarlo.

—Espere un momento —dijo Poirot—. Quería preguntarle otra cosa. ¿Qué era?

—Eso es un síntoma de la edad —dijo la señora Oliver—. Me pasa a mí. Se me olvidan las cosas…

—Era algo, un pequeño detalle… que me preocupaba. En la caseta de los botes…

Hizo retroceder a su imaginación. El montón de tebeos. Las frases de Marlene garabateadas en el margen. «Alberto sale con Doreen». Había tenido la impresión de que algo faltaba…, de que tenía que preguntar alguna cosa más a la señora Oliver.

—¿Sigue usted ahí, *monsieur* Poirot? —preguntó la señora Oliver. Al mismo tiempo, la telefonista solicitó más dinero para la prórroga.

Concluidas las formalidades de rigor, Poirot volvió a hablar.

—¿Está usted ahí, señora?

—Estoy aquí —dijo la señora Oliver—. Vamos a dejarnos de gastar dinero preguntándonos si estamos aquí. ¿De qué se trata?

—Es algo muy importante. ¿Recuerda usted su Persecución del Asesino?

—Pues claro que la recuerdo. Me parece que era de eso precisamente de lo que estábamos hablando, ¿no era así?

—Cometí un error muy grave —dijo Poirot—. No leí el resumen que hizo usted para los concursantes. Ante la importancia de descubrir al asesino, esto otro parecía no tener valor. Me equivoqué. Lo tenía. Usted es la persona sensitiva, señora. A usted la afecta la atmósfera, la personalidad de las personas que conoce. Y estas personas se reflejan en sus obras. No exactamente iguales a la realidad, pero son la inspiración de donde su cerebro extrae sus creaciones.

—Me gusta su lenguaje florido —dijo remarcando las palabras la señora Oliver—. Pero ¿qué quiere usted decir con exactitud?

—Que, desde el principio, ha sabido usted más de este crimen de lo que usted misma creía. Vamos ahora con la pregunta que quería decirle…, dos preguntas en realidad; pero la primera es muy importante. ¿Cuando empezó usted a organizar su Persecución del Asesino, pensaba usted ni remotamente que el cadáver fuera descubierto en la caseta de los botes?

—No.

—¿Dónde había pensado, señora Oliver, que fuera descubierto?

—En aquel pequeño cenador tan gracioso, metido entre los rododendros, cerca de la casa. Me parecía el lugar ideal. Pero entonces, alguien, no recuerdo quién, empezó a insistir en que era mejor en el templete. ¡Eso, claro, era *absurdo*! Es decir, cualquiera podía llegar allí por casualidad y encontrar el cadáver, sin haber

seguido ni una sola pista. ¡La gente es tan tonta! ¡Como es natural, no pude consentir en *eso*!

—Entonces, a cambio del cenador aceptó usted la caseta, ¿verdad?

—Sí, así es como ocurrió. En realidad, lo de la caseta no estaba mal, aunque yo sigo pensando que hubiera sido mejor el cenador.

—Sí, ésa es la técnica que me esbozó usted el primer día. Y hay otra cosa todavía. ¿Recuerda usted que me dijo que la última pista estaba escrita en uno de los tebeos que le llevaron a Marlene para que se entretuviera?

—Sí, claro.

—Dígame, ¿era algo así como… —hizo un esfuerzo mental para situarse de nuevo en el momento en que había estado leyendo las frases mal escritas—: «Alberto sale con Doreen», «Georgie Porgie besa a las exploradoras en el bosque», «Peter pellizca a las chicas en el cine»?

—¡Qué barbaridad, nada de eso! —dijo la señora Oliver ligeramente escandalizada—. No era nada tan tonto como eso. No, mi clave era completamente sencilla —bajó la voz y habló en tono misterioso—. «Mira en la mochila de la exploradora».

—*Epatant!* —exclamó Poirot—. *Epatant!* Naturalmente, el tebeo donde estaba escrito eso tenía que ser retirado de allí. ¡Podía haber dado alguna idea a alguien!

—La mochila, por supuesto, estaba en el suelo, junto al cadáver, y…

—Pero yo estoy pensando en otra mochila.

—Me está usted armando un lío con todas esas mochilas —se quejó la señora Oliver—. En mi historia no había más que una. ¿No quiere usted saber lo que había dentro?

—De ningún modo —dijo Poirot—. Es decir —añadió amable y cortésmente—, me encantaría oírlo, naturalmente, pero…

La señora Oliver pasó por encima del «pero».

—A *mí* me parece muy ingenioso —dijo con orgullo creador—. En la mochila de Marlene, que se suponía era la mochila de la yugoslava, no sé si me entiende…

—Sí, sí —dijo Poirot, disponiéndose a perderse en la niebla una vez más.

—Bueno, en la mochila estaba la botella de medicina, que

contenía el veneno con que el hacendado había envenenado a su esposa. ¿Entiende? La chica yugoslava había estado aquí haciendo prácticas de enfermera, y estaba en la casa cuando el coronel Blunt había envenenado a su primera esposa por el dinero. Y ella, la enfermera, había cogido la botella y la había escondido, y luego volvió para hacerlo víctima de un escándalo. Y por eso, claro, la mató. ¿Encaja esto, *monsieur* Poirot?

—¿Si encaja dónde?

—Con sus ideas —dijo la señora Oliver.

—En absoluto —dijo Poirot, pero se apresuró a añadir—: De todos modos, la felicito, señora. Estoy seguro de que la Persecución del Asesino era tan ingeniosa que nadie ganó el premio.

—Sí que lo ganaron —dijo la señora Oliver—. Ya muy tarde, a eso de las siete. Una vieja muy obstinada y a la que se tiene por medio tonta. Fue pasando de pista en pista y llegó a la caseta en actitud triunfal, pero claro, la policía estaba allí. Entonces se enteró del asesinato y me figuro que fue la última persona de la fiesta en enterarse. De todos modos, le dieron el premio —y añadió con satisfacción—: Aquel horrible joven de las pecas, que dijo que bebo tanto como un cosaco, no pasó del jardín de las camelias.

—Algún día, señora —dijo Poirot—, tiene usted que contarme desde el principio al fin y con todo detalle esa historia.

—En realidad —dijo la señora Oliver—, estoy pensando en convertirla en un libro. Sería una verdadera pena no aprovecharla.

Y diremos, de paso, que unos tres años más tarde, Hércules Poirot leyó «La mujer del bosque», de Ariadne Oliver, y al leerlo se preguntaba por qué algunos de los personajes y de los incidentes le parecían vagamente familiares.

Capítulo XVIII

Se ponía el sol cuando Poirot llegó a lo que era llamado oficialmente Mill Cottage y conocido por las gentes de la localidad como la «casa rosa» junto a la ensenada de Lawder. Dio unos golpecitos en la puerta y ésta se abrió tan repentinamente que retrocedió asustado. El joven de aspecto airado que apareció en la puerta se le quedó mirando un momento sin reconocerle. Luego se rio.

—Hola —dijo—. Si es el sabueso. Entre, *monsieur* Poirot. Estoy haciendo las maletas.

Poirot aceptó la invitación y entró en la casa. Estaba amueblada sencillamente. Y las cosas personales de Alec Legge ocupaban en aquel momento un espacio considerable de la habitación. Libros, papeles y prendas de vestir tirados por todas partes y en el suelo había una maleta abierta.

—Levantando la casa definitivamente —dijo Alec Legge—. Sally se ha marchado. Supongo que lo sabía usted.

—No, no lo sabía.

Alec soltó una risita.

—Me alegro de que haya algo que usted no sepa. Sí, se ha cansado de vivir conmigo. Va a unir su vida a la de aquel arquitecto insípido.

—Lo siento —dijo Poirot.

—No sé por qué ha de sentirlo usted.

—Lo siento —repitió Poirot, apartando dos libros y una camisa y sentándose en una esquina del sofá— porque no creo que vaya a ser tan feliz con él como lo sería con usted.

—No ha sido muy feliz conmigo, que digamos, en estos seis meses.

—Seis meses no son toda la vida —dijo Poirot—; es un espacio de tiempo muy corto, del que puede arrancar una larga vida en común.

—Está usted hablando como un cura.

—Puede que sí. No se ofenda si le digo, señor Legge, que si su esposa no ha sido feliz con usted, probablemente ha sido la culpa más suya que de ella.

—Ella, desde luego, lo cree así. Supongo que tendré yo la culpa de todo…

—De todo, no, pero sí de algunas cosas.

—Ah, bueno, écheme a mí toda la culpa. Lo mejor que podía hacer era tirarme al maldito río y acabar de una vez.

Poirot le miró pensativo.

—Me alegra ver —observó— que está usted ahora más preocupado por sus propios asuntos personales que por los del mundo.

—Me importa un bledo el mundo —dijo el señor Legge. Y añadió con amargura—: Parece que he hecho el tonto en toda regla…

—Sí —dijo Poirot—. Yo creo que su conducta ha sido más desgraciada que reprensible.

Alec Legge se le quedó mirando.

—¿Quién le pagó para que me espiara? —preguntó.

—¿Qué le hace pensar en eso?

—Bueno, oficialmente no ha ocurrido nada. Conque he sacado la conclusión de que me ha seguido usted particularmente.

—Está usted en un error —contestó Poirot—. Nunca le he espiado a usted. Cuando vine aquí, no tenía la menor idea de su existencia.

—Entonces, ¿cómo sabe usted si he sido desgraciado, si he sido el tonto o qué?

—Como resultado de la observación y la reflexión —dijo Poirot —. ¿Quiere que haga una pequeña conjetura y usted me dice si estoy en lo cierto?

—Puede usted hacer todas las conjeturas que guste —dijo Alec Legge—. Pero no espere que yo juegue con usted.

—Creo —dijo Poirot— que hace algunos años tenía usted interés y simpatía por cierto partido político. Igual que muchos jóvenes

dedicados a la ciencia. En su profesión, esas simpatías y esas tendencias son miradas con prevención, naturalmente. No creo que usted se comprometiera nunca en serio, pero *sí* creo que le presionaron para que consolidara su posición de un modo que usted no quería. Trató de retirarse y le amenazaron. Le dijeron a usted que se encontrara con determinada persona. No sé si llegaré a saber algún día el nombre de aquel joven. Para mí será siempre «el joven de la camisa de las tortugas».

De pronto, Alec Legge soltó una carcajada.

—Me figuro que aquella camisa debía ser todo un poema. En aquellos momentos no podía ver el lado cómico de las cosas.

Hércules Poirot continuó:

—Con su preocupación por los destinos del mundo y por lo difícil de su propia situación, permítame que le diga que se convirtió usted en un hombre con el que era casi imposible que ninguna mujer pudiera ser feliz. No se confió usted a su esposa. No hizo usted bien, porque su esposa era una mujer leal, y si hubiera sabido lo desgraciado y desesperado que estaba usted, se hubiera puesto a su lado de todo corazón. Pero, en vez de eso, empezó a compararle a usted con un antiguo amigo suyo, Michael Weyman, comparación de la que usted salía un tanto perjudicado.

Se puso en pie.

—Yo le aconsejo, señor Legge, que termine usted de hacer su equipaje lo más pronto posible, que siga a su esposa a Londres, que le pida que le perdone y le cuente todo lo que ha pasado usted.

—¡Conque me aconseja usted todo eso! —dijo Alec Legge—. ¿Y a usted qué diablos le importa?

—Nada —dijo Hércules Poirot dirigiéndose a la puerta—. Pero siempre tengo razón.

Se produjo un silencio momentáneo. Luego Alec Legge empezó a reír a carcajadas.

—¿Sabe usted —dijo— que creo que voy a seguir su consejo? El divorcio es carísimo. Además, resulta un poco humillante el conseguir a la mujer que se quiere y no ser capaz de retenerla. Voy a subir a su piso de Chelsea y como encuentre allí a Michael le cojo por el cuello de pajarita que lleva y le aprieto hasta que reviente. Voy a pasar un buen rato haciéndolo. Sí, un rato memorable.

De pronto, su rostro se iluminó con una sonrisa

extraordinariamente atractiva.

—Perdone mi endiablado carácter —dijo—, y muchas gracias.

Golpeó a Poirot amistosamente en el hombro. Bajo la fuerza del golpe, Poirot vaciló y estuvo a punto de caerse.

Decididamente, la amistad del señor Legge era más dolorosa que su enemistad.

—Y ahora —dijo Poirot al salir de Mill Cottage con los pies doloridos y mirando al cielo, que iba oscureciéndose—, ¿adonde voy?

Capítulo XIX

El jefe de policía y el inspector Bland levantaron la vista con viva curiosidad al ser introducido en la estancia Hércules Poirot. El jefe de policía no estaba precisamente de muy buen humor. Sólo por la insistencia tranquila de Bland había accedido a anular un compromiso que tenía para cenar aquella noche.

—Ya lo sé, Bland, ya lo sé —había dicho, irritado—. Puede que el pequeño belga fuera un mago en sus tiempos… pero, amigo mío, se le pasó la época. ¿Qué edad tiene?

Bland soslayó con diplomacia el tener que contestar a una pregunta que, en cualquier caso, no hubiera podido contestar. El propio Poirot era muy reticente en lo que se refería a su edad.

—El caso es, señor, que él se encontraba *allí*, en el lugar del crimen. Y no hemos avanzado nada por ningún otro camino. Estamos en un callejón sin salida.

El jefe de policía se sonó irritado.

—Lo sé. Lo sé. Ya estoy empezando a creer en el degenerado homicida de la señora Masterton. Incluso estaría dispuesto a emplear sabuesos, si hubiera donde emplearlos.

—Los sabuesos no pueden seguir un olor a través del agua.

—Sí. Ya sé lo que ha pensado usted siempre, Bland. Y me siento inclinado a pensar como usted. Pero es que no hay el menor motivo, ni el más insignificante motivo.

—Puede ser que el motivo esté allá, en las islas.

—¿Que a lo mejor Hattie Stubbs sabía algo de De Sousa? Dada su mentalidad, puede ser razonable lo que usted dice. Era una simple, todo el mundo coincide en ello. Podía soltar lo que sabía a cualquiera y en cualquier momento. ¿Es así cómo lo ve usted?

—Algo así.

—En ese caso, esperó mucho tiempo para cruzar el mar y tomar cartas en el asunto.

—Puede ser, señor, que no supiera con exactitud lo que se había hecho de ella. Él dijo que había visto una nota en una revista de sociedad, donde hablaba de Nasse House y de su hermosa castellana y puede ser que sea cierto y que hasta entonces no supiera dónde estaba o con quién se había casado.

—Pero, al enterarse, vino corriendo en su yate para asesinarla, ¿eh? Me parece muy traído por los pelos, Bland.

—Pero es posible, señor.

—¿Y qué demonios podía saber esa mujer?

—Recuerde lo que le dijo a su marido: «Mata a la gente».

—¿Que recordara un asesinato? ¿Desde los quince años? ¿Y probablemente sin otra prueba que su palabra? Él no le hubiera dado la menor importancia.

—No conocemos los hechos —dijo Bland testarudo—. Ya sabe usted, señor, que cuando uno sabe *quién* hizo algo, se buscan pruebas y se encuentran.

—¡Hum! Hemos hecho averiguaciones acerca de De Sousa… discretamente, por los medios de costumbre, y no conseguimos nada.

—Precisamente por eso, señor, es posible que ese tipo raro haya tropezado con algo imprevisto. Estaba en la casa…, eso es lo que importa. *Lady* Stubbs habló con él. Puede que algunas de las cosas que le haya dicho se hayan compaginado y tengan sentido para él. En cualquier caso, lleva en Nassecombe la mayor parte del día.

—¿Y le llamó por teléfono para preguntarle qué clase de yate tenía Étienne De Sousa?

—Sí, cuando me llamó por primera vez. La segunda vez fue para concertar esta reunión.

—Bueno —el jefe de policía consultó el reloj—. Si dentro de cinco minutos no ha venido…

Pero en aquel preciso instante Poirot fue introducido en la habitación.

Su aspecto externo no era tan inmaculado como de costumbre. Sus bigotes, afectados por el aire húmedo de Devon, estaban fláccidos, sus zapatos de charol cubiertos de fango, cojeaba y llevaba el cabello revuelto.

—¡Bueno, *monsieur* Poirot, conque aquí está usted! —el jefe de policía le estrechó la mano—. Estamos todos excitados e impacientes por escuchar lo que tiene usted que decirnos.

Las palabras tenían cierto matiz irónico, pero Poirot, aunque un poco apabullado exteriormente, no estaba de humor de dejarse apabullar en su interior.

—No me explico —dijo— cómo no vi antes la verdad.

El jefe de policía recibió sus palabras con cierta frialdad.

—¿Debemos entender que ahora ve usted la verdad?

—Sí, faltan algunos detalles…, pero la línea general está clarísima.

—Necesitamos algo más que una línea general —dijo el jefe de policía agriamente—. Necesitamos pruebas. ¿Tiene usted pruebas, *monsieur* Poirot?

—Puedo indicarle dónde encontrarán ustedes las pruebas.

—¿Cómo por ejemplo…? —preguntó el inspector Bland.

Poirot se volvió hacia él y le hizo una pregunta.

—Me figuro que Étienne De Sousa habrá abandonado el país, ¿no es así?

—Hace dos semanas —y añadió amargamente—: No será fácil hacerle volver.

—Podría convencérsele.

—¿Convencérsele? ¿Entonces no hay pruebas suficientes para una orden de extradición?

—No se trata de una orden de extradición. Si se le presentan los hechos…

—Pero ¿*qué* hechos, *monsieur* Poirot? —el jefe de policía habló con cierta irritación—. ¿Cuáles son esos hechos de los que habla usted tan alegremente?

—El hecho de que Étienne De Sousa vino aquí en un yate de lujo, equipado en grande. Lo cual prueba que su familia es rica; el hecho de que el viejo Merdell era abuelo de Marlene Tucker (lo que no supe hasta hoy); el hecho de que a *lady* Stubbs le gustaba llevar sombreros de estilo chino; el hecho de que la señora Oliver, a pesar de su imaginación desenfrenada y poco digna de confianza, es, sin que ella misma lo sepa, muy aguda al juzgar a las personas; el hecho de que Marlene Tucker tenía barras de labios y botellas de perfume escondidas en el fondo del cajón de su mesa; el hecho de

que la señorita Brewis sostiene que fue *lady* Stubbs quien le pidió que llevara a Marlene a la caseta de los botes una bandeja con un refrigerio.

—¿Hechos? —el jefe de policía se le quedó mirando—. ¿Llama usted hechos a eso? Pero si no hay nada nuevo en todo eso.

—¿Prefiere usted pruebas, pruebas terminantes, como por ejemplo, el cadáver de *lady* Stubbs?

Entonces fue Bland el que le miró fijamente.

—¿Ha encontrado usted el cadáver de *lady* Stubbs?

—No es que lo haya encontrado precisamente, *pero sé dónde está escondido*. Vayan ustedes allí, y cuando lo encuentren tendrán ustedes pruebas, todas las pruebas que necesitan. Porque únicamente una persona pudo haberlo ocultado allí.

—¿Y quién es esa persona?

Hércules Poirot sonrió, con la sonrisa satisfecha del gato que acaba de lamer un plato de crema.

—Quien suele ser —dijo suavemente—, *el marido*. *Sir* George Stubbs ha asesinado a su mujer.

—Pero es imposible, *monsieur* Poirot. *Sabemos* que es imposible.

—No, no —dijo Poirot—. ¡No tiene nada de imposible! Escuchen y se lo contaré.

Capítulo XX

Hércules Poirot se detuvo un instante ante las grandes puertas de hierro forjado. Contempló la calzada en curva que se extendía ante su vista. Las últimas hojas doradas habían caído de los árboles. Los ciclámenes habían muerto.

Poirot suspiró. Se volvió hacia la casa de las columnas blancas y golpeó suavemente la puerta.

Tras una corta espera, oyó pasos en el interior, aquellos pasos lentos y vacilantes. La señora Folliat abrió la puerta. Ya no le sorprendió verla tan vieja y tan frágil.

—¿Otra vez usted, *monsieur* Poirot? —dijo ella.

—¿Puedo pasar?

—Naturalmente

Él la siguió.

La señora Folliat le ofreció té, que él rechazó. Luego le preguntó en voz baja:

—¿Por qué ha venido?

—Creo que puede usted adivinarlo, señora.

Su respuesta fue indirecta.

—Estoy muy cansada —dijo.

—Lo sé —dijo Poirot, añadiendo—: Ha habido ya tres muertes: Hattie Stubbs, Marlene Tucker y el viejo Merdell.

Ella dijo vivamente:

—¿Merdell? Eso fue un accidente. Se cayó del embarcadero. Era muy viejo, medio ciego y había estado bebiendo en la taberna.

—No fue un accidente. Merdell sabía demasiado.

—¿Qué era lo que sabía?

—Podía reconocer un rostro, un modo de andar, una voz… algo por el estilo. Hablé con él el día de mi llegada aquí. Me dijo

entonces muchas cosas sobre la familia Folliat, sobre su suegro y su marido y sus hijos, muertos en la guerra. Sólo que… no murieron los dos, ¿verdad? Su hijo Henry se hundió en su barco, pero su hijo segundo, James, no murió. Desertó. Puede que al principio se le diera por «desaparecido» y, más tarde, dijo usted a todo el mundo que había muerto. Y a nadie le interesaba desmentir esta afirmación. ¿Por qué iba a interesarle a nadie? No tenía nada de particular.

Poirot hizo una pausa, continuando luego:

—No crea usted, señora, que no cuenta ahora con mi simpatía. Ya sé que la vida ha sido dura para usted. Usted no podía hacerse ilusiones sobre su hijo menor, pero *era* su hijo y lo quería. Hizo usted todo lo que pudo por proporcionarle una nueva vida. Tenía usted a su cargo una chica joven, una chica de inteligencia por debajo de lo normal, pero muy rica. ¡Ya lo creo que era rica! Propaló usted la noticia de que sus padres habían perdido toda su fortuna, que ella era pobre y que usted le había aconsejado se casara con un hombre rico, mucho mayor que ella. Tampoco le importaba eso a nadie. Sus padres y parientes próximos habían muerto en una catástrofe. Una firma francesa de procuradores actuó según las instrucciones de los procuradores de San Miguel. Al casarse, ella entró en posesión de su fortuna personal. Era, como usted me dijo, dócil, afectuosa, sugestionable. Firmaba todo lo que su marido le decía que firmara. Probablemente, los valores fueron cambiados y revendidos varias veces, pero finalmente se alcanzó el objetivo económico que se perseguía: *sir* George Stubbs, la nueva personalidad adoptada por su hijo, se había convertido en un hombre rico y su esposa en una pobre. No es delito el llamarse a sí mismo «*sir*», a menos que sea con el fin de obtener dinero con engaños. Un título inspira confianza; evoca, si no la nobleza de cuna, por lo menos opulencia económica. Y así, el acaudalado *sir* George Stubbs, más viejo, muy cambiado en su aspecto y con barba, compró Nasse House y vino a vivir al lugar de donde provenía, aunque hubiera faltado a él desde que era un chiquillo. Después de las ruinas de la guerra, no era fácil que quedara nadie que pudiera reconocerle. Pero el viejo Merdell le reconoció. No se lo comunicó a nadie, pero cuando me dijo a mí, con malicia, que «siempre habría algunos Folliat en Nasse House», estaba riéndose para sí.

»Todo había resultado bien, o así se lo parecía a usted. Estoy firmemente convencido de que su plan no iba más lejos. Su hijo era rico, dueño del hogar de sus antepasados y, aunque su esposa no era inteligente, era una chica hermosa y dócil, y usted esperaba que él se portara bien con ella y la hiciera feliz.

La señora Folliat dijo en voz baja:

—Eso creía yo que ocurriría. Yo miraría por Hattie y la cuidaría. No podía suponer…

—No podía suponer… y su hijo tuvo bien cuidado de no decírselo a usted, que cuando se casó con Hattie *estaba ya* casado. Ah, sí…; hemos buscado en los registros lo que sabíamos teníamos que encontrar. Su hijo se había casado con una chica en Trieste, una chica de los bajos fondos del crimen, con la que se ocultó después de su deserción. Ella no tenía intención de separarse de él, como tampoco la tenía él de separarse de ella. Consintió en casarse con Hattie para conseguir su fortuna, pero desde el primer momento sabía lo que quería.

—¡No, no, no lo creo! No puedo creerlo… Fue esa mujer, esa malvada…

Poirot continuó, inflexible:

—Quería asesinarla. Hattie no tenía parientes y muy pocos amigos. Al regresar a Inglaterra, la condujo aquí en seguida. Los criados apenas pudieron verla aquella noche, *y la mujer que vieron a la mañana siguiente no era Hattie*, sino su esposa italiana, arreglada como Hattie y comportándose en general como Hattie se hubiera comportado. Y ahí pudo haber terminado la cosa. La falsa Hattie hubiera vivido como si fuera la verdadera Hattie, aunque, sin duda, su inteligencia hubiera mejorado inesperadamente, gracias a lo que llamarían vagamente «un nuevo tratamiento». La secretaria, señorita Brewis, se había dado cuenta de que el desarrollo mental de *lady* Stubbs no tenía nada de anormal.

»Pero entonces ocurrió algo completamente imprevisto. Un primo de Hattie escribió que venía a Inglaterra en un yate y, aunque hacía muchos años que no la veía, no era probable que se dejara engañar por una impostora.

»Es extraño —dijo Poirot, interrumpiendo su relato— que aunque me pasó por la imaginación la idea de que De Sousa no fuera De Sousa, no se me ocurrió que la verdad pudiera ser todo lo

contrario, es decir, que Hattie no fuera Hattie.

Continuó:

—Había varios modos de afrontar la situación. *Lady* Stubbs podía haber evitado el encontrarse con él, pretextando hallarse enferma, pero si De Sousa continuaba durante algún tiempo en Inglaterra, le hubiera sido muy difícil evitarlo. Y había otra complicación. El viejo Merdell, que con los años se había vuelto muy charlatán, tenía la costumbre de hablar con su nieta. Lo probable es que su nieta fuera la única persona que se molestaba en escucharle, e incluso ella rechazaba la mayor parte de lo que decía, porque le creía «tocado». Sin embargo, algunas de las cosas que dijo acerca de «haber visto un cadáver de mujer en el bosque» y de que «*sir* George era en realidad el señorito James» le hicieron suficiente impresión como para insinuárselo a *sir* George, a modo de tanteo. Al hacerlo así, naturalmente firmó su propia sentencia de muerte. *Sir* George y su mujer no podían arriesgarse a que circularan noticias como ésas. Supongo que él le daría a Marlene pequeñas cantidades de dinero para hacerla callar, y procedió a preparar sus planes.

»Lo planearon todo con el mayor cuidado. Sabían la fecha en que De Sousa pensaba llegar a Helmmouth. Coincidía con el día fijado para la fiesta. Prepararon su plan de modo que Marlene fuera asesinada y *lady* Stubbs «desapareciera» en condiciones que arrojaran vagas sospechas sobre De Sousa. De ahí el referirse a él como si fuera «un hombre malo» y la acusación de que «mataba a la gente». *Lady* Stubbs desaparecería para siempre (posiblemente *sir* George identificaría como suyo algún cadáver lo bastante irreconocible que apareciera en alguna ocasión), siendo sustituida por una nueva personalidad. En realidad, Hattie sólo tenía que adoptar de nuevo su propia personalidad de italiana. Lo único que tenía que hacer era interpretar los dos papeles durante poco más de veinticuatro horas. Con la complicidad de *sir* George, esto fue fácil. El día que llegué yo aquí, a *lady* Stubbs se la suponía en su habitación hasta la hora del té. Nadie la vio allí, a excepción de *sir* George. En realidad, lo que hizo fue escabullirse de su habitación, coger un autobús o un tren en Exeter y hacer el viaje de vuelta en compañía de una estudiante extranjera (en aquella época del año hay muchas por estas regiones), a la cual le contó la historia de una

amiga que había comido pastel de ternera y jamón en malas condiciones. Llega al albergue, alquila un cuartito y sale «a explorar el terreno». A la hora del té, *lady* Stubbs está en el salón. Después de cenar, *lady* Stubbs se va a la cama, pero la señorita Brewis la vio poco después salir sigilosamente de la casa. Pasa la noche en el albergue, pero sale temprano de allí y está de vuelta a Nasse, como *lady* Stubbs, a la hora del desayuno. Vuelve a pasar la mañana en su habitación, «porque le duele la cabeza», y durante ese tiempo se las compone para presentarse como una «intrusa» y recibir una reprimenda de *sir* George, quien, desde la ventana del cuarto de su esposa, se vuelve, pretendiendo hablar con ella. Los cambios de indumentaria no eran difíciles: unos pantalones cortos y una blusa abierta por debajo de uno de los complicados vestidos que le gustaban a *lady* Stubbs. Como *lady* Stubbs, se ponía un maquillaje muy blanco y un gran sombrero chino, que le protegía el rostro; como la chica italiana, un maquillaje tostado y un pañuelo alegre de campesina sobre sus rizos bronceados. Nadie hubiera sospechado que las dos eran la misma persona.

»Y así llegamos a la representación del último acto del drama. Un poquito antes de las cuatro, *lady* Stubbs le dijo a la señorita Brewis que le bajara a Marlene una bandeja con el té. Se lo dijo porque tenía miedo de que a la señorita Brewis se le ocurriera hacerlo y seria fatal que se presentara en la caseta inoportunamente. Puede ser que también sintiera cierto placer malsano en prepararlo todo para que la señorita Brewis estuviera en la escena del crimen aproximadamente a la hora en que fue cometido. Luego, escogiendo el momento en que estaba vacía, se deslizó en la tienda donde se leía el porvenir, salió por la parte de atrás y llegó al cenador, oculto en los matorrales, donde, guardaba la mochila de excursionista, con la otra ropa. Se deslizó por el bosque, le dijo a Marlene que la dejara entrar y estranguló a la confiada chica sin pérdida de tiempo. Tiró al río el gran sombrero chino, luego se cambió de traje y de maquillaje, metió en la mochila su vestido de georgette color ciclamen y sus zapatos de tacón alto… y poco después una estudiante italiana del Albergue Juvenil se reunía con otra chica holandesa en los puestos de la verbena, marchándose con ella en el autobús, según habían acordado. Dónde está ahora, no lo sé. Sospecho que en Soho, en cuyos bajos fondos

debe tener relaciones de su misma nacionalidad, que podrán proporcionarle los documentos necesarios. En cualquier caso, la policía no anda buscando a una chica italiana, sino a Hattie Stubbs, considerada por todos como una persona simple, deficiente mental, exótica.

»Pero la pobre Hattie Stubbs está muerta, como usted sabe muy bien, señora. Demostró saberlo cuando hablé con usted en el salón, el día de la fiesta. La muerte de Marlene había sido un golpe muy fuerte para usted… no tenía usted la menor idea de lo que se tramaba; pero usted reveló con claridad, aunque por entonces fui lo bastante estúpido para no verlo, que, al hablar de «Hattie», se refería usted a *dos personas distintas*; una, una mujer, a quien usted odiaba, que estaría «mejor muerta» y contra la cual me advirtió «no creyera ni una palabra de lo que dijera», y la otra una chica de quien usted hablaba en pretérito y a quien defendía usted con calor y afecto. Tengo la impresión, señora, de que quería usted mucho a la pobre Hattie Stubbs…

A las palabras de Poirot siguió una larga pausa.

La señora Folliat estaba sentada en su butaca, inmóvil. Por último se puso en pie y dijo con voz fría como el hielo:

—Toda esa historia es completamente fantástica, *monsieur* Poirot. Creo que debe estar usted loco… Todo son ideas suyas, no tiene usted la menor prueba.

Poirot se dirigió a una de las ventanas y la abrió.

—Escuche, señora, ¿oye usted?

—Estoy un poco sorda… ¿Qué es lo que hay que oír?

—*Los golpes de una piqueta*… Están deshaciendo la base de hormigón del templete… ¡Qué buen sitio para esconder un cadáver, el sitio donde un árbol había sido arrancado de cuajo por el temporal y la tierra estaba ya removida! Un poco más tarde, para que la seguridad fuera completa, poner hormigón encima y sobre el hormigón levantar un templete… —y añadió suavemente—: El templete de *sir* George… La locura del dueño de Nasse House[8].

La señora Folliat se estremeció, dejando escapar un suspiro.

—Un lugar tan hermoso —dijo Poirot—. Sólo tenía un defecto: el dueño.

—Sí —dijo la señora Folliat con su voz ronca—. Siempre lo he sabido… Incluso de niño me asustaba… Era cruel… No tenía

piedad… Ni conciencia… Pero era mi hijo y lo quería… Hubiera hablado, a la muerte de Hattie… Pero era mi hijo. ¿Cómo iba a ser *yo* quien lo entregara? Y así, por haberme callado, aquella pobre chica fue asesinada… Y tras ella el viejo y querido Merdell… ¿Cuándo se hubiera detenido?

—Un asesino nunca se detiene —dijo Poirot.

Ella inclinó la cabeza. Durante algún tiempo permaneció así, cubriéndose los ojos con las manos.

Luego, la señora Folliat de Nasse House, descendiente de una larga estirpe de hombres valientes, se enderezó. Miró de frente a Poirot, con voz ceremoniosa y distante.

—Gracias, *monsieur* Poirot —dijo—, por venir a decirme todo esto. ¿Quiere usted dejarme ahora? Hay ciertas cosas que tiene una que afrontar sola…

AGATHA CHRISTIE, (Torquay, 15 de septiembre de 1890 - Wallingford, 12 de enero de 1976). Nacida Agatha Mary Clarissa Miller, fue una escritora inglesa especializada en los géneros policial y romántico, por cuyo trabajo recibió reconocimiento a nivel internacional. Si bien redactó también cuentos y obras de teatro, sus 79 novelas y decenas de historias breves fueron traducidas a casi todos los idiomas, y varias adaptadas para cine y teatro. Sus clásicos personajes Hércules Poirot y *Miss* Marple fueron muy populares. Sus cuatro mil millones de novelas vendidas conforman una cifra solamente equiparable con la de William Shakespeare, habiendo sido traducidas a aproximadamente 103 idiomas. Hasta su muerte, recibió múltiples reconocimientos y honores que incluyen un premio Edgar, el Grand Master Award de la Asociación de Escritores de Misterio, diversos doctorados *honoris causa* y la designación como Comendadora de la Orden del Imperio Británico por la reina Isabel II.

Notas

[1] La señora Oliver emplea la palabra «folly», que en español significa «tontería, extravagancia», aunque también puede significar, como en este caso, «una especie de templete». En este último significado es muy poco corriente. < <

[2] Juego muy popular en Inglaterra, en esta clase de fiestas. Se colocan los cocos en lo alto de varios palos de diferentes tamaños y con bolas por las que se paga una pequeña cantidad se intenta derribarlos. Los cocos derribados son para el que logró la hazaña. < <

[3] Una especie de golf en miniatura. El campo de juego tiene la forma de un reloj, con un agujero en el centro. Con un palo de golf se tira la pelota desde cada uno de los números, tratando de introducirla en el agujero, y empezando en el número uno. La persona que lo consiga, tirando desde el número más bajo, es el que gana. < <

[4] «Mirad los lirios del campo cómo crecen, no se fatigan ni hilan. Y os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos». (Mateo, VI, 28, 29.) < <

[5] Hemos traducido libremente los versos que dicen en el original: «Sleeps after toyle, port after stormie sea, case after war, death after life, doth greatly please…». < <

[6] La cita procede de «The Vicar of Wakefield, de Goldsmith. When lovely women stoops to *folly* and knows to late that man betrays…». Se juega aquí una vez más con el doble significado de la palabra *folly*: locura y templete. < <

[7] Barrio de Londres donde suelen vivir los artistas. < <

[8] Véase la nota N.º1 < <